
MEMORIA de la HISTORIA

Tartessos y otros enigmas de la historia



Juan Eslava Galán



Un riguroso y ameno resumen
de los misterios más intrigantes de la Antigua

Planeta



Esta obra presenta un documentado resumen de una serie de misterios que desde siglos han sido objeto de las más variadas y pintorescas hipótesis: ¿Existió la Atlántida? ¿Dónde estaba situada? Su lejano y mítico recuerdo, ¿es una reminiscencia de la Antigua Tartessos? ¿Quiénes eran los fenicios?... De éstas y otras muchas cuestiones trata el autor, poniendo a nuestro alcance los últimos descubrimientos de la investigación histórica.



Juan Eslava Galán

Tartessos y otros enigmas de la historia

ePub r1.0

Jasopa1963 12.11.14

Título original: *Tartessos y otros enigmas de la historia*
Juan Eslava Galán, 1991
Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.2

más libros en epubgratis.org

El misterio de la Atlántida.

EL MISTERIO DE LA ATLÁNTIDA.

Hacia el año 590 a. de C, el sabio griego Solón visitó el santuario de la diosa Isis en Sais, la ciudad sagrada de Egipto. Allí un anciano sacerdote le refirió la historia de la Atlántida. De regreso en Atenas, Solón transmitió aquella historia a Critias, hijo de Drópides, y éste a su hijo también llamado Critias, por cuyo conducto alcanzó al filósofo Platón, el cual, sin sospechar la polvareda que iba a levantar, la legó a la posteridad en sus diálogos *Timeo* y *Critias*, escritos hacia el año 350 a. de C. De este único manantial, como el borbollón de agua clara machadiano, ha nacido el río caudaloso y turbio de la bibliografía Atlántida que lleva producidos, solamente en el último medio siglo, más de dos mil libros y unos diez mil artículos, la mayoría de ellos meras fantasías.

«Antiguamente el océano era navegable —dijo a Solón el sacerdote egipcio— y frente al estrecho que los griegos llamáis de las Columnas de Hércules se extendía una isla mayor que Libia y Asia juntas. Los viajeros podían cruzar de esta isla a las otras, y desde las otras al continente lejano que está circundado por el océano propiamente dicho».

Traducido a términos geográficos actuales, la Atlántida estaba frente al estrecho de Gibraltar, entonces conocido como Columnas de Hércules. Los griegos del tiempo de Platón llamaban Asia a la actual Asia Menor y Libia a las costas del Norte de África. Si el tamaño de la Atlántida excedía el de estas regiones, la isla donde se asentaba debía ser por lo menos del tamaño de Groenlandia. Si al de otro lado de ella se extendía un continente, éste era, obviamente, América, cuya existencia se supone que los griegos ignoraban. Los orígenes de la Atlántida son tan fabulosos como su propia historia. Según el relato de Platón, la isla fue creada por Poseidón, dios del mar, para albergar a su amada Cleito y a los diez hijos, cinco parejas de gemelos, que tuvo con ella. Los hijos de Poseidón fundaron en la isla sendas dinastías reales presididas por los descendientes de Atlas, el primogénito. El imperio de los atlantes se extendía hasta Libia y Egipto, y hasta Toscana. Poseidón no reparó en esfuerzos y convirtió la Atlántida en un verdadero paraíso terrenal. El clima era apacible; sus fértiles campos producían toda clase de frutos en gran abundancia y su subsuelo abundaba en los minerales y metales útiles al hombre. «La isla producía más de lo que exigían las necesidades diarias, comenzando por el metal fuerte y fusible extraído de las minas, que ahora es conocido sólo por el nombre, pero del que entonces había muchos yacimientos en la isla; me refiero al oricalco, el más precioso de los metales exceptuando el oro. Además la isla producía en abundancia toda la madera necesaria para los carpinteros; y muchos animales, tanto domésticos como salvajes. Aparte de esto, se criaban manadas de elefantes, ya que la abundancia de alimentos bastaba no sólo para los animales de las marismas, lagos y ríos, y de las montañas y llanuras, sino también para el elefante, que por su naturaleza es el más grande y voraz de todos».

En medio de esta privilegiada naturaleza floreció un pueblo culto e industrioso que vivía en ciudades maravillosamente urbanizadas y dotadas de cómodas viviendas; un pueblo que frecuentaba los baños fríos en verano y los templados en invierno y que, en sus festividades, cazaba toros y los sacrificaba en el templo. Era una sociedad ejemplar en la que cada cual ocupaba su lugar y todos estaban satisfechos.

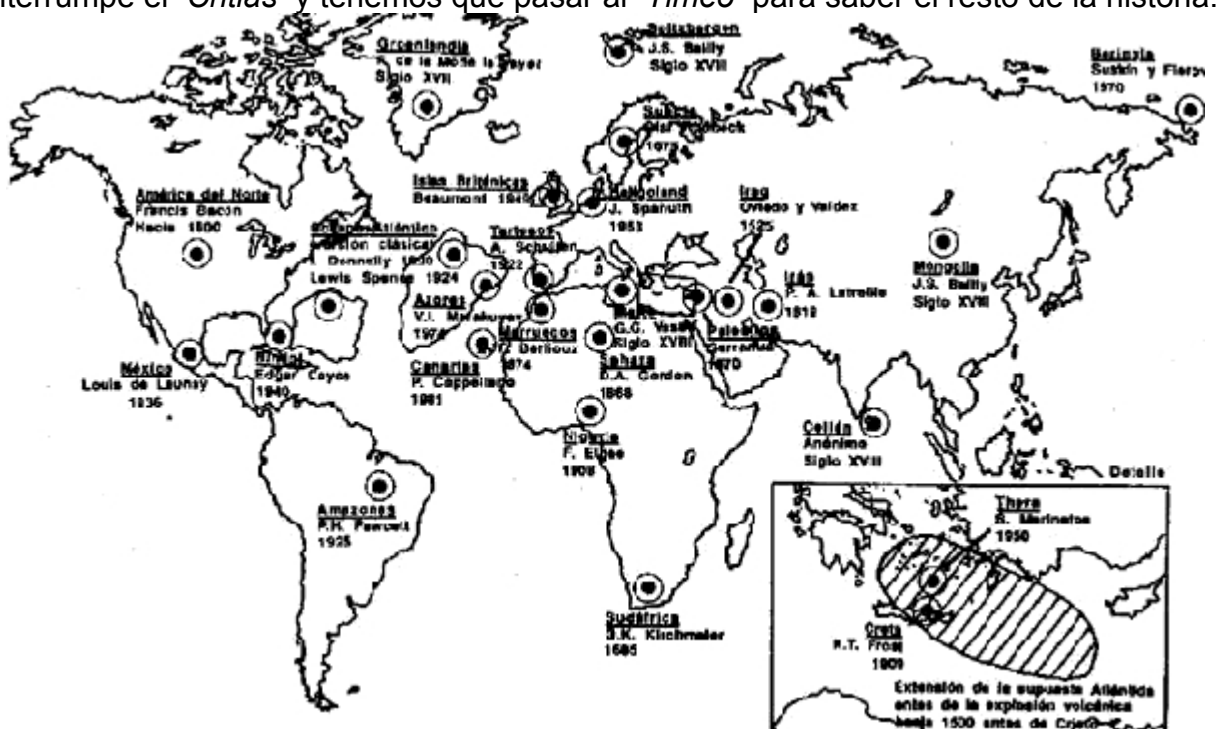
La capital de los atlantes era la ciudad ideal. Estaba situada en una fértil llanura, en el centro de la isla. En su propio diseño, participaba tanto de la tierra como del mar pues estaba formada por anillos alternos de tierra y agua concéntricamente dispuestos en torno a una isla central que a su vez comunicaba con el mar a través de un canal

navegable de medio kilómetro de anchura. La muralla exterior era blanca y negra, con torres y puertas en todas las entradas del canal. Dentro había otros recintos rodeados de muros ricamente decorados, uno de piedra roja; otro, forrado de bronce por fuera y de estaño por dentro; y el último, que rodeaba la acrópolis, revestido de oricalco brillante como el fuego.

En la cima de la colina central estaba el palacio real rodeado por un muro de oro. Era al propio tiempo un santuario porque en él se engendraron y nacieron los fundadores de las diez estirpes reales. Su templo, consagrado a Cleito y Poseidón, medía 182 metros de largo por 91 de ancho y estaba sólidamente construido. Sus torres estaban forradas de oro y el resto de los muros de plata. Por dentro los muros estaban cubiertos de oricalco y adornados con incrustaciones de marfil, oro y plata. Allí se veneraban las imágenes doradas de la divina pareja y de sus diez hijos, a cuyos pies se depositaban cada año las ofrendas. Había en el recinto sagrado una fuente de agua fría y otra de agua caliente.

En el anillo intermedio de la ciudad se erigieron hermosos edificios públicos: templos, jardines, gimnasios y hasta un hipódromo. Finalmente, en el anillo exterior, estaban los cuarteles y barracones de la guardia real y los arsenales de la marina, repletos de trirremes y aparejos. En el canal y el puerto mayor se mezclaban navíos mercantes, marinos y mercaderes procedentes de todo el mundo conocido.

La Atlántida nunca sufrió el azote de una guerra. Las sabias leyes de la confederación prohibían a sus reyes guerrear entre ellos y los obligaban a acudir en auxilio de cualquiera que estuviese en peligro así como a deliberar en consejo sobre los asuntos comunes y a respetar el voto de calidad de los descendientes de Atlas. Así sucedió con los primeros reyes, que fueron pacíficos, piadosos y obedientes de las leyes, pero más adelante, cuando los lazos con la divinidad se aflojaron, los reyes atlantes se corrompieron, se volvieron tiránicos y codiciosos y emprendieron la conquista del mundo. Ya habían sometido «partes de Libia y Europa hasta Tirrenia» y amenazaban a Egipto y a Grecia cuando el ejército ateniense logró vencerlos. Este revés coincidió con el castigo de Zeus, el padre de los dioses que, mientras tanto, había convocado consejo de dioses para deliberar sobre el futuro de la Atlántida. En ese punto se interrumpe el *Critias* y tenemos que pasar al *Timeo* para saber el resto de la historia.



Localizaciones de la Atlántida a lo largo de la historia (Según Lavilla).

El castigo de Zeus a la soberbia atlante fue terrible: «A poco —refirió a Solón el

anciano sacerdote egipcio— sobrevinieron violentos terremotos e inundaciones y en solamente un día y una noche de desgracia todos vuestros guerreros se hundieron como un solo hombre en la tierra, y la isla Atlántida desapareció en el piélago, por lo cual el mar es en estos sitios intransitable, pues aún subsiste la capa de fango que levantó el hundimiento de la isla».

Ésta es la historia de la Atlántida tal como nos la legó Platón. Es todo lo que sabemos del asunto; el resto son meras conjeturas edificadas sobre otras conjeturas y, en los tiempos modernos, adobadas con discutibles apoyos científicos.

Aristóteles, el discípulo de Platón, decretó que la historia de la Atlántida era una fábula de su maestro: «El hombre que la soñó la hizo desvanecerse». Esta sentencia del filósofo más influyente de la Antigüedad desacreditó la historia de la Atlántida durante muchos siglos. Otros reputados autores antiguos, entre ellos Estrabón, Plinio el Viejo y Plutarco, no estaban tan seguros, pero tampoco se atrevieron a apoyar la existencia histórica de la Atlántida. Así quedaron las cosas hasta que después de la Edad Media se puso en duda la autoridad de Aristóteles y se suscitó la discusión de la existencia histórica de la Atlántida, que dura hasta hoy.

ATLANTISTAS VERSUS ANTIATLANTISTAS

Algunos estudiosos se empeñan en demostrar que la Atlántida existió y que el relato platónico se basa en hechos reales, aunque quizá deformados por el tiempo. ¿Acaso no se había creído que Troya cuya guerra narró Homero en la Ilíada era una ciudad imaginaria hasta que Schiliemann, un testarudo visionario, dio con sus portentosas ruinas en la llanura turca? ¿Por qué no admitir la posibilidad de que la fabulosa capital de los atlantes, esta perfecta Pompeya oculta en las profundidades, como la llama Julio Verne, aguarda también a su descubridor? Los antiatlantistas no se dejan persuadir por tales argumentos. Están convencidos de que la historia de La Atlántida es una patraña ideada por Platón para sustentar sus tesis sobre la sociedad.

Casi todos los autores que defienden la existencia histórica de La Atlántida la han situado en el Atlántico como parece desprenderse del relato Platónico, pero no faltan los que la ubican en el Mediterráneo, en el Sáhara, en África del Sur, en el Cáucaso, en Brasil, en las islas Británicas, en Holanda, incluso en lugares más sorprendentes como más adelante veremos. Esta dispersión explica que en distintas épocas se haya considerado a los atlantes ascendientes de pueblos y colectivos tan distintos y distantes como los godos, los egipcios y los druidas.

UNOCASO DE LOS DIOSES

Es muy posible que la historia de La Atlántida no fuera tan fascinante de no acabar de forma tan trágica y espectacular. Pasaron los siglos y del cataclismo que hundió el mundo antiguo en la cerrada noche medieval solamente sobrevivieron un puñado de textos entre ellos los Diálogos de Platón que eran venerados y estudiados por un puñado de eruditos.

Lógicamente algunos de ellos, al toparse con el relato de La Atlántida se plantearon si la fantástica historia era real o inventada. Soplaban vientos cristianos y los estudiosos propendían a relacionar cualquier noticia curiosa con La Biblia. Kosmas Indikopleustes, historiador y viajero bizantino creyó que La Atlántida era en realidad el Paraíso bíblico y que las diez estirpes reales nacidas de Poseidón no eran sino las diez generaciones humanas que median entre Adán y Noé. En tal caso el hundimiento de La Atlántida en el océano no sería sino el eco paganizado del Diluvio Universal.

Casi todos los atlantistas proponen una localización muy amplia, capaz de satisfacer a todos y dan por seguro que la mítica isla se extendió desde la costa de Marruecos hasta la de Venezuela, incluyendo las islas Canarias y Azores y el mar de Los Sargazos.

Tanta vaguedad resta emoción al problema; quizá por eso muchos fervorosos atlantistas se han esforzado por localizar la fabulosa capital de Poseidón con toda

precisión:

En 1675 el sueco Olaus Rudbeck inauguró la larga serie de los que intentan ubicar La Atlántida lo más cerca posible de su gabinete de trabajo y se esforzó en demostrar que la ciudad sumergida estaba al sur de Suecia, enfrente mismo de Upsala. Sus razones no convencieron a Jean Baillo, que propuso una localización algo distinta, al norte de la península escandinava, ni a Jürgen Sapanuth, alemán, que la situó en el Atlántico Norte, frente a las tierras de los vikingos (que sería la «Atland» de las sagas nórdicas) ni a Jean Derruelle que la sitúa entre Inglaterra y Dinamarca. Finalmente los paleontólogos rusos Sushkin y Ferov la situaron aún más al norte bajo los hielos del Ártico, en Beringia, el puente de unión entre América y Asia a través del estrecho de Bering.

Casi al otro lado del globo tenemos La Atlántida de Georg Kaspar Kirchmaier, sumergida a la altura de África del Sur, y la de Delisle de Sales, que se inclinó por El Cáucaso.

Todavía no se había disparado la popularidad de La Atlántida y la discusión quedaba relegada a círculos científicos. Pero el asunto se desbordó y alcanzó al gran público cuando América apareció en el panorama atlantista dando lugar incluso a la creación de una Atlántida paralela en el Pacífico, el país de Mu. Veamos cómo ocurrió.

LA INCREÍBLE HISTORIA DE MU, EL CONTINENTE SUMERGIDO

Todo empezó por un franciscano español, fray Diego de Landa (1524-1579). El buen fraile pasó a México poco después de su conquista y observó que los indios, aunque simulaban haberse convertido a la religión de los conquistadores españoles, continuaban practicando sus cultos paganos de tapadillo. El celoso fraile reprimió tan intolerable herejía quemando imágenes de dioses y libros mayas sospechosos de contener doctrinas idolátricas y vigilando la ortodoxia de los indios. Como se arrogaba funciones inquisitoriales y episcopales sus superiores lo llamaron a España y lo procesaron. Pero resultó absuelto y hasta lo nombraron obispo del Yucatán y lo reexpidieron a América para que prosiguiera su tarea de erradicar el paganismo del territorio de Tabasco con renovados bríos.

Resulta irónico que el inquisidor que condenó a las llamas los tesoros inestimables de los archivos mayas sea hoy la principal fuente de lo poco que conocemos de la escritura maya en su obra *Relación de las cosas del Yucatán*. El mamotreto quedó inédito y fue olvidado en un estante de la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Madrid hasta que, en 1864, un excéntrico investigador de culturas indias americanas, Brasseur de Bourbourg, dio con él y editó su resumen.

De la obra en cuestión se deduce que fray Diego de Landa se esforzó en aprender la escritura maya aplicando a su estudio las convenciones propias de las escrituras fonéticas del español y otras lenguas europeas. Labor absolutamente improductiva por que la escritura maya era ideográfica y no fonética (una diferencia que explicaremos en este mismo libro, unos capítulos más adelante). No obstante, esforzado obispo identificó como letras veintisiete signos que se lo parecieron.

En el curso de sus investigaciones, Landa escuchó de los indios que su pueblo descendía de los supervivientes de una tierra que se había hundido en el mar. Landa no relacionó esta leyenda con el relato platónico de la Atlántida. En su calidad de religioso, estaba más familiarizado con la Biblia que con los escritos del pagano Platón; por lo tanto decidió que los mayas descendían de las Diez Tribus perdidas de Israel, una idea descabellada que fue aceptada por muchos científicos durante un tiempo.

Volvamos ahora a Brasseur de Bourbourg, el cual, armado con las notas que había obtenido de la obra del franciscano, se lanzó a traducir, a su manera, sin método científico alguno, el interesante manuscrito maya conocido como *Códice Troano*. El texto resultante describía una catástrofe volcánica en una tierra que Brasseur denominó, arbitrariamente, Mu, simplemente porque en el código aparecían dos signos

levemente parecidos a estas letras del alfabeto latino propuesto por Landa. Brasseur, ni corto ni perezoso, decidió que fueron el nombre de aquella tierra totalmente imaginaria. La historia de la catástrofe que Brasseur creyó encontrar en el *Códice Troyano* se parecía tanto a la de la Atlántida que forzosamente acabó relacionándola con ella. En estos textos supuestamente traducidos por Brasseur se basan todas las especulaciones sobre Mu, el continente perdido en el Pacífico.

Desde entonces otros investigadores más serios han conseguido descifrar parcialmente los ideogramas mayas y han establecido una lectura más fiable del *Códice Troano*. En realidad se trata de un tratado de astrología y no tiene nada que ver con catástrofes naturales ni, por supuesto, menciona ningún continente perdido que se llame Mu o de cualquier otra forma.

Pero la obra de Brasseur creó una escuela que dio a luz destacados discípulos, tan disparatados como el maestro, entre los que cabe mencionar al médico y arqueólogo francés Augustus Le Plongeon, investigador de las ruinas mayas del Yucatán, y al abogado de Filadelfia Ignacio Donnelly, autor de varios fantasiosos libros sobre la Atlántida que alcanzaron gran éxito de ventas. Este éxito sería revalidado, ya en los años veinte de nuestro siglo, por otro escritor de libros para mitómanos, James Churchward, el cual, yendo más lejos que todos sus antecesores, aseguró haber viajado a la India misteriosa y haber descubierto, en un monasterio, unas tabletas inscritas, hasta entonces celosamente custodiadas por los sacerdotes, en las que se conservaba más información sobre Mu. El paralelo con el sabio Solón de los diálogos platónicos está claro. De la lectura de estas tabletas, que nuestro americano realizó sin dificultad aparente, se deducía que el Paraíso Terrenal no estuvo en Asia sino en un continente hundido en el océano Pacífico. «La historia bíblica de la Creación, el relato de los siete días y las siete noches en que Dios creó el mundo, no se originó, por lo tanto, en los pueblos del Nilo y el Éufrates sino en este continente sumergido, la verdadera cuna de la Humanidad».

James Churchward es un notable precursor de la historia-ficción, este subgénero literario que florece en nuestro tiempo, y que no hay motivo para rechazar siempre que no se intente confundir con la historia. Churchward se oponía a la teoría darwinista de la evolución y publicó una serie de libros sobre el origen del hombre en aquel continente perdido. Sus textos abruman al lector con multitud de datos arqueológicos o procedentes de la tradición ocultista, de la especulación y de la pura fantasía, con mucha nota a pie de página que remite al lector a libros desconocidos o a imaginarios códices a los que solamente Churchward parece haber tenido acceso. Leemos, por ejemplo: «En aquel tiempo las gentes de Mu eran civilizadas y cultas. No existía la violencia en la faz de la tierra, puesto que todos los pueblos eran hijos de Mu y acataban la soberanía de su tierra de origen». Naturalmente los habitantes de Mu eran blancos: «Blancos y notablemente hermosos, con ojos grandes y de mirada suave y cabello negro y lacio. Había también otras razas con la piel negra, amarilla o tostada, pero éstas no dominaban». El mismo tufillo racista advertimos en Karl Zschaetzsch que, en 1922, cuando ya Hitler estaba incubando su serpiente, predicó una Atlántida poblada por una raza aria y vegetariana a la que corrompió una especie de Eva llegada del mundo exterior con la fórmula de la fermentación de las bebidas alcohólicas. Después de esta caída, la Atlántida fue aniquilada por la cola de un cometa que pasó demasiado cerca de la Tierra.

Regresemos a las ensoñaciones de Churchward. ¿Cuál fue la causa de la decadencia de Mu? Una catástrofe sólo achacable a causas naturales: «El subsuelo estaba lleno de cavernas en las que se había acumulado gas volcánico. Estos depósitos letales fueron los asesinos de Mu: el gas escapó a través de los volcanes, y las grutas se hundieron al bajar la presión, lo cual provocó la inmersión en el mar de todo el continente Mu. Sus hijos supervivientes, desperdigados por toda la Tierra, dieron origen

a las civilizaciones que conocemos».

UN SCHLIEMANN EN TROYA

El lector recordará la apasionante historia de Heinrich Schliemann (1822-1890), el millonario aficionado a la arqueología que se empeñó en descubrir Troya siguiendo las pistas de la *Ilíada*, el poema homérico cuyo valor científico los historiadores menospreciaban. Schliemann se salió con la suya y consiguió el descubrimiento arqueológico más portentoso de nuestro tiempo. El soberbio patinazo de la ciencia oficial en el caso de Troya ha suministrado un poderoso argumento a los atlantistas porque demuestra que los historiadores también yerran y que un visionario despreciado por la universidad puede acertar. ¿Por qué no ha de repetirse el caso de Troya con la Atlántida?

El terreno parecía abonado para que Paul Schliemann, nieto del famoso descubridor, explotara el prestigio de su abuelo anunciando al mundo, en 1912, que además de Troya y las tumbas micénicas había descubierto la Atlántida. El nieto aseguraba haber heredado un legajo con documentos secretos sobre la Atlántida. Era condición testamentaria del legendario descubridor de Troya que el miembro de su familia que quisiera obtener la propiedad de aquel legado debería comprometerse previamente a consagrar su vida a la exploración de la Atlántida como él había consagrado la suya a la de Troya. Evidentemente el avisado nieto había aceptado llevar sobre sus hombros el pesado fardo de tan magna responsabilidad. Abierto el informe apareció un nuevo pliego de instrucciones. Lo primero que el abuelo ordenaba desde el otro mundo era romper cierto recipiente del lote, el que tenía dibujada una cabeza de lechuza. Lo rompieron y en su interior aparecieron algunas monedas de platino, aluminio y plata y una placa de metal cuya inscripción en fenicio decía «Acuñada en el Templo de los Muertos Transparentes». Como prueba irrefutable de la veracidad de lo que estaba contando, Paul mostró a los periodistas las monedas y el medallón. La noticia apareció en los diarios de medio mundo y dio tema para charlas de casino durante unos días. Era tan fantástica que poca gente la tomó en serio. Paul Schliemann volvió a la carga y prometió dar a la luz, muy pronto, el resultado de nuevas investigaciones. Luego, en vista de que su patraña no obtenía el eco esperado, se olvidó del tema.

LA CABALGATA DE LOS ATLANTES

Mientras tanto, otros atlantistas proseguían con sus investigaciones. Leo Frobenius, explorador alemán, declaró haber hallado descendientes de atlantes en Benín, los *yourba*, una pequeña tribu completamente distinta a las del entorno, cuyo dios, Olokoum, procedía de una gran isla. Entre los *yourba* son objetos sagrados ciertas tablillas con signos astronómicos cuya utilidad desconocen. Además, practican ritos típicamente mediterráneos tales como la adivinación por las entrañas de los animales. ¿Eran descendientes de atlantes? Lo cierto es que las peculiaridades culturales de la comunidad podrían tener una explicación más plausible, aunque igualmente fabulosa. Podían ser descendientes de fenicios o cartagineses que exploraron las costas de África en la Antigüedad. El lector encontrará extensa información sobre este viaje unas páginas más adelante, en el capítulo dedicado a los fenicios.

TARTESSOS Y LAS OTRAS ATLÁNTIDAS

La Atlántida americana a uno u otro lado del continente no logró acallar el coro de voces europeas que la seguían reclamando en diferentes predios del viejo mundo. Surgió, por ejemplo, la Atlántida británica, una teoría debida a Geoffrey Ashe que se basa en un supuesto contacto existente entre las islas Británicas y el Egeo en la Edad del Bronce, cuando se construyó Stonehenge. Después de este episodio cultural los lazos entre las dos regiones se aflojaron y los recuerdos cada vez más deformados de aquella tierra pudieron dar origen a la leyenda en la que se mezclan las confusas noticias de Gran Bretaña, una isla cercana a un continente, con su gran templo a Apolo (quizá Stonehenge) y su raza de hombres cultos y civilizados, quizá los hiperbóreos.

Demasiados quizás sólo por acomodar en casa el mito de la Atlántida. Schulten, García Bellido, Richard Henning y Sprague de Camp-Willy Ley sugieren por su parte que el modelo que inspiró la Atlántida fue Tartessos, el reino situado en el sur de la península Ibérica, o la memoria que de Tartessos podía tener entonces un griego culto. Basan sus argumentos en la multitud de detalles coincidentes entre la Atlántida mítica y la Tartessos histórica: la situación en el extremo de las Columnas de Hércules, las fabulosas riquezas en metales y productos agrícolas, la intensa actividad comercial, el templo central con dos fuentes de agua, caliente una y fría la otra (en la Atlántida sería el dedicado a Poseidón, en Tartessos a Hércules), el mar de barro que hace peligrosa la navegación (presumiblemente referido a las barras de la desembocadura del Guadalquivir). La arqueología no desmiente el paralelismo, puesto que la cronología de las industrias micénicas del Bronce, en cuyo ambiente parece inspirarse la Atlántida, vienen a coincidir con la cultura Mastiena del Algar en la península Ibérica. A esto hay que añadir, como apunta Nuria Sureda, que en aquella época existieron ciertos vínculos comerciales entre los dos extremos del Mediterráneo.

Más recientemente un investigador alemán, Eberhard Zagger, ha defendido que el mito de la Atlántida fue inspirado por la caída y destrucción de Troya, cuya destrucción cantó Homero en la *Ilíada*. Argumenta el teutón que en la Antigüedad no hubo uno sino dos estrechos denominados Columnas de Hércules: el de Gibraltar y el de los Dardanelos, que separa Europa de Asia. Aduce el testimonio de un autor romano del siglo IV que escribe: «Pasamos entre las Columnas de Hércules tanto en el mar Negro como en España». Más allá de las Columnas de Hércules del mar Negro, en la actual Turquía, estaba Troya, la inspiradora de la Atlántida según Zagger. El alemán se esfuerza en probar su teoría haciendo un exhaustivo recuento de las características físicas de la antigua Troya y el territorio que la circunda y comparándolas con las de la Atlántida que, según él, se inspiró en ella: una llanura rodeada de montañas donde el viento dominante sopla del Norte; dos manantiales, de agua fría y caliente respectivamente, que también menciona Homero. Además, la estirpe troyana descendía de Electra, hija de Atlas. Una de las Troyas superpuestas allí excavadas fue, según Zagger, destruida por las inundaciones de ríos desbordados y ello motivaría el mito.

Parecía que los argumentos históricos y geográficos en pro o en contra de la existencia de la Atlántida se habían agotado cuando la ciencia geológica vino a renovar la discusión trasladándola a nuevos campos. En 1882, Ignacio Donnelly propuso que las montañas más altas de este continente sumergido constituían una cresta atlántica de la cual asoman, sobre la superficie, algunas cumbres, entre ellas las islas Azores y las Canarias. Ciertamente existe una cordillera submarina, la Dorsal Mesoatlántica, que recorre el centro del Atlántico de Norte a Sur asomándose acá y allá en sus cumbres mayores para formar las islas de Cabo Verde, Santa Elena, Ascensión o Islandia y en algunas de estas islas la actividad volcánica es intensa.

También señaló Donnelly que ciertas formaciones rocosas submarinas sólo podrían haberse producido al aire libre, lo que atestigua que aquellas tierras formaron parte de un continente. Recientemente los partidarios de esta teoría pretenden confirmarla con nuevos datos. Aducen, por ejemplo, que en 1988 se extrajo del océano un trozo de taquilita, lava volcánica que sólo puede producirse cuando el magma se enfría al aire libre, nunca bajo el agua. ¿Demuestra esto que aquel fondo submarino fue en su día una isla?

A pesar de todo, las investigaciones geológicas modernas han arrojado un jarro de agua fría sobre la tesis de Donnelly al señalar que la Dorsal Mesoatlántica se formó bajo la superficie marina y que el océano lleva varios millones de años sin experimentar cambios sustanciales. Esto viene a descalificar también la teoría del cataclismo defendida por Otto Muck según la cual el hundimiento de la Atlántida fue debido al

impacto de un gigantesco meteorito caído sobre el Atlántico occidental que produjo, además de inmensas olas, erupciones volcánicas y alteraciones del fondo marino. Señalaba Muck que los mitos del diluvio transmitidos por las más distantes culturas son el desvaído recuerdo de esta catástrofe en la memoria universal.

La explicación del meteorito gigantesco ha creado escuela entre los atlantólogos que prefieren situar el mítico continente sumergido en el océano Índico. Éstos basan sus especulaciones en el hecho de que en las leyendas de los pueblos ribereños aparezca una Tierra de Gondwana que desapareció en un cataclismo. Velikovsky es admirablemente preciso cuando sugiere que el meteorito en cuestión chocó con la tierra hacia el 2000 a. de C. Los restos del continente chafado serían las costas del sur de la India y las islas de Madagascar y Sumatra. Lamentablemente los análisis geológicos y sedimentológicos del fondo oceánico no confirman las fantasías de Velikovsky.

En el último tercio del siglo XIX algunos geólogos empeñados en explicar la evolución de la tierra inventaron un continente hipotético al que denominaron Lemuria. Poco después *madame* Blavatsky, la famosa fundadora de la teosofía, relacionó esta Lemuria con la Atlántida. Para *madame* Blavatsky, la Tierra fue poblada por siete razas originarias, la tercera de las cuales se estableció en Lemuria y la cuarta en la Atlántida. No está claro dónde estuvo la pretendida Lemuria, si en el océano Índico o en el Pacífico.

Las pretensiones de los ocultistas empeñados en fabricar mitologías atlánticas reciben a veces el inesperado refuerzo de observaciones procedentes de la comunidad científica. En 1979 la prensa sensacionalista difundió la noticia de que los rusos habían descubierto la Atlántida. Cinco años antes un buque oceanográfico soviético había captado imágenes submarinas de una muralla ciclópea y tres terrazas escalonadas en el archipiélago de la Herradura a unos quinientos kilómetros al oeste de Gibraltar. El descubrimiento fue divulgado por Andrei Aksynov, director del Instituto Soviético de Oceanografía. Otra expedición rusa exploró la misma zona y descubrió unas estructuras «que pueden ser ruinas sumergidas». A poco las potencias occidentales comenzaron a sospechar que el súbito interés arqueológico de los soviéticos no era más que una coartada para disimular exploraciones en busca de refugios naturales para sus submarinos nucleares. Las noticias se divulgaron sólo parcialmente por ser objeto de secreto militar.

Hoy la geología no toma en cuenta estas especulaciones y da por sentado que las tierras que emergen del mapamundi constituyen un puzzle natural donde no faltan piezas que justifiquen la invención de islas perdidas y continentes sumergidos. Hace más de 300 millones de años sólo existía un continente (denominado Pangea por los geólogos), rodeado por un único océano, al que llaman Pantalasa. Esta masa terrestre se dividió, hace unos 150 millones de años, en dos núcleos: Laurasia y Tierra de Gondwana (que toma el nombre de la leyenda Índica). Los continentes e islas que hoy aparecen en el globo terráqueo son fragmentos resultantes de sucesivas particiones de aquellas tierras. Estas particiones ocurren porque, en realidad, el interior de la tierra es una masa incandescente sobre la que derivan los continentes y mares, aunque lo hacen muy lentamente, unos cinco metros por siglo. Los volcanes y los terremotos son consecuencia de ese movimiento.

La ciencia parece descartar la teoría del cataclismo y ahora los atlantólogos partidarios de la inmersión del mítico continente se aferran a la teoría de Vladimir Scherbajov quien, a finales de los ochenta, señaló que la Atlántida no se sumergió por un cataclismo geológico propiamente dicho sino que fue simplemente inundada por las aguas cuando la fusión de los casquetes polares elevó el nivel de los océanos. Los restos de aquel naufragio siguen siendo las islas Azores, Canarias, Madeira, Cabo Verde y Bermudas.

LOS PARALELOS ENTREDOS MUNDOS

La geología se muestra adversa a los devotos de la Atlántida pero ellos, lejos de darse por vencidos, trasladan su batalla a los terrenos mucho más aventurados de la arqueología, de la antropología, de la etnología y de las religiones comparadas. Parten de la hipótesis de que la Atlántida, cuando estaba en la cumbre de su grandeza, irradió su cultura sobre las tierras del entorno, a uno y otro lado del Atlántico, o bien que una serie de atlantes supervivientes del cataclismo final se refugiaron en estas tierras llevando la luz de la civilización a los atrasados nativos que hallaron en ellas. En cualquier caso se intenta demostrar que las más brillantes culturas del viejo mundo y del nuevo —el Egipto faraónico, los mayas y los incas americanos— derivan de la civilización atlante.

Para Thor Heyerdahl «hay una memoria humana común a todas las culturas y esa memoria se inicia precisamente en la Atlántida». No le parece casual que sea precisamente hacia el año 3100 a. de C. cuando «se inició el primer imperio faraónico, la primera cultura sumeria, la de Mohenjo-Daro, en el valle del Indo y algunos calendarios mesoamericanos, entre ellos el maya, más preciso que el nuestro, que se inicia exactamente en el 3113 a. de C». Para el noruego «hacia el año 3100 se ha producido un gran cataclismo que ha dado origen a nuevos calendarios, que ha creado migraciones marinas y cambios de centros de cultura (...) Creo que hubo un diluvio, una catástrofe biológica y geológica que cambió el mundo y el clima en esa fecha».

El procedimiento seguido por los atlantólogos para llegar a tales conclusiones es relativamente simple y se repite constantemente en los libros de ficción histórica. Se trata de ir rastreando datos arqueológicos o etnológicos y seleccionar aquéllos que coincidan con los de una cultura distinta desechando el resto. También procuran hacer hincapié en aquellos datos para los que la ciencia oficial, con su proverbial falta de imaginación, no haya encontrado todavía una explicación satisfactoria. Al final el lector crédulo se convence, abrumado por la avalancha de argumentos del atlantólogo. Se señala, por ejemplo, que a uno y otro lado del Atlántico existen antiguas leyendas que hablan de un gran cataclismo marino y del hundimiento de una pujante civilización. Se señala, también, la presencia de pirámides o monumentos similares a uno y otro lado del Atlántico, desde los zigurats mesopotámicos y los monumentos egipcios de la llanura de Gizeh hasta los americanos del Yucatán, Guatemala y El Salvador pasando por las estructuras piramidales tinerfeñas de Güimar, en las islas Canarias, a las mismas orillas del mar atlante.

Luego están las extrañas coincidencias entre las culturas incaica y egipcia. Tanto el calendario egipcio como el peruano constan de dieciocho meses de veinte días, a los que se añaden otros cinco festivos. Por si esto fuera poco, las dos culturas adoran al Sol y tanto el inca peruano como el faraón egipcio son considerados hijos del Sol.

Rastreando indicios comparables entre antiguas culturas a uno y otro lado del Atlántico se puede llegar muy lejos. Los atlantólogos son especialmente aficionados a indagar en los historiadores antiguos dado que los datos que ofrecen raramente pueden ser contrastados por los modernos. De este modo, y añadiendo la necesaria dosis de imaginación, se encuentran huellas atlantes en el Sahara partiendo de la mención que hace Heródoto de cierta tribu del desierto. Los indígenas que plasmaron las pinturas de Tassili serían los faramantes descendientes de los atlantes de los que a su vez descienden hoy los tuaregs.

Por este camino, y teniendo en cuenta que las fantasías de los atlantólogos son acumulativas y crecen al transmitirse de unos a otros, se puede llegar a una interpretación aparentemente coherente de cualquier civilización sobre la pauta de una influencia atlante. El mejor ejemplo de lo que decimos nos lo suministran las publicaciones del desafortunado atlantólogo Albert Slosman desde finales de los setenta. Según él en las inscripciones egipcias de los templos de Karnak, Abu Simbel y el

«misterioso sagrado y secreto» de Dendera aparecen repetidamente menciones de la Atlántida con el nombre de Aha-Men-Ptah o *Primogénito Dormido de Dios*. Slosman las interpreta a su manera y las relaciona con el relato básico de la mitología egipcia: hubo un matrimonio real formado por Nout y Geb del que nacieron dos hijos, Osiris y Set, también conocidos por Ousir y Ousit respectivamente, cuya enemistad escindió el reino en dos bandos rivales. Cuando Set asesinó a Osiris, la cólera de Dios provocó el cataclismo que destruyó la civilización atlante. Algunos atlantes lograron ponerse a salvo en sus navíos *mandjit*, desembarcaron en Marruecos y colonizaron nuevas tierras. Obra suya son los frescos de Tassili que reflejan las luchas fratricidas de los clanes atlantes, los herreros de Horus y los rebeldes de Set. Después de un exilio de quince siglos, siempre guiados por una especie de brújula sagrada (sin duda hubieran tardado menos si prescindían de ella) llegaron al Nilo, la tierra prometida.

LAS CANARIAS ATLANTES

Algunos autores están convencidos de que las islas Canarias formaron parte de la desaparecida Atlántida o, al menos, recibieron su influencia directa. Después del hundimiento de la Atlántida, las cumbres de sus montañas más altas formaron las islas del archipiélago canario. Stephanie Dinkins y sus seguidores señalan que los indígenas guanches que poblaban las islas en 1402, cuando llegaron los conquistadores europeos, eran descendientes de los atlantes, a los que la inundación no afectó por ser un pueblo de la montaña que vivía del pastoreo. Esto explica que los guanches desconocieran la navegación y vivieran de espaldas al mar a pesar de vivir en la costa, y que, teniendo una cultura propia del Neolítico, estuvieran, al propio tiempo, dotados de una organización social inusitadamente compleja. Además hay que tener en cuenta sus curiosos paralelos con la cultura egipcia: la momificación de los muertos, la práctica de la lucha canaria, similar a la egipcia, y la construcción de pirámides.

¿PIRÁMIDES EN LAS CANARIAS?

Pues sí: pirámides en las Canarias. Hace unos años, los cuatro entusiastas miembros del grupo local autodenominado Confederación Internacional Atlántida se hallaban recorriendo la isla de Tenerife en busca de presuntos asentamientos templarios, cuando toparon, a las afueras del pueblo de Güimar, con unas extrañas estructuras piramidales truncadas o escalonadas, construidas con mampuestos sueltos de origen volcánico, que recordaban vagamente a las pirámides escalonadas americanas y egipcias.

¡Pirámides en las Canarias! ¿Eran el eslabón perdido que permitiría a los atlantistas vincular las pirámides egipcias y mesoamericanas con la desaparecida Atlántida? Los habitantes del pueblo de Güimar no mostraron entusiasmo alguno por las supuestas pirámides: son majanos, decían. ¿Majanos? Sí, hombre, las piedras que se sacan del campo cuando se despiedra para cultivarlo. Y el alcalde no se mostró nada propicio a colaborar en la investigación: «Incluso nos acusa de querer hacer del municipio un cachondeo». El escéptico edil insistía en que las pretendidas pirámides no eran sino majanos pero esta explicación, aunque emanada de la máxima autoridad local, no convenció a los entusiasmados descubridores: a nadie se le ocurre disponer tan cuidadosamente miles de piedras en forma escalonada, con desagües y todo. Convencidos de haber realizado un importante descubrimiento se dieron a la labor de estudiar científicamente las insólitas estructuras: en un área de cien metros de largo por cuarenta de ancho se inscriben tres pirámides escalonadas, dos de ellas alineadas frente al mar, dejando un espacio rectangular intermedio, y una tercera situada sobre una colina. Todas están dotadas de toscas y desgastadas escaleras de acceso a la terraza superior. Hay además otra pirámide en Icod, en el interior de la isla, en un lugar denominado La Mancha y otra más en el Paso, isla de Palma.

Los entusiasmados miembros de la Confederación Internacional Atlántida prepararon un detallado informe que incluía planos, fotografías y dibujos, y lo enviaron a Thor

Heyerdahl. Los lectores recordarán a este arqueólogo y aventurero noruego que en 1947 cruzó el Pacífico en la balsa *Kon-Tiki*, para demostrar que la Polinesia había sido poblada por amerindios, y en 1970 cruzó el Atlántico en una embarcación de papiro, la *Ra II*, para demostrar que los egipcios pudieron llegar a América. Pues bien, Thor Heyerdahl estaba a la sazón empeñado en la ardua tarea de probar la existencia histórica de la Atlántida y que las culturas más antiguas de México y Perú tienen un origen atlante. El informe de los devotos atlantistas canarios lo sorprendió en Perú, en el remoto valle de Lambayeque, excavando un grupo de veintiséis pirámides de adobe, algunas de hasta cuarenta metros de altura, en cuyo interior se encuentran cuerpos momificados encerrados en sacos de algodón. El noruego se interesó de tal modo por las pirámides de Güimar que no dudó en abandonar sus pesquisas peruanas para trasladarse a Tenerife y reconocer *in situ* aquellas misteriosas estructuras. Su posible escepticismo se disipó en cuanto recorrió Güimar. Las pirámides lo entusiasmaron tanto que al poco tiempo regresó con algunos colaboradores y alquiló una casa en el pueblo para estudiar detalladamente aquellas piedras. El investigador noruego sondeó el subsuelo con georradars ultrasónicos que le revelaron, según declaró, que «allí hay algo más que lava y tierra». La imaginación de los lugareños se ha desbocado. Se habla de cámaras secretas y túneles uno de los cuales conduce al cercano Barranco de Badajoz, a cuya entrada existe otra pirámide escalonada, en el lugar llamado Fuga de los Cuatro Reales, donde se asegura que aparecen misteriosas luces blancas. Heyerdahl señala que el patio ceremonial existente entre las dos pirámides de Güimar que miran al mar se observa también en el conjunto arqueológico peruano de Chavín, fechado hacia el año 1000 de nuestra era.

Para Heyerdahl «los guanches pertenecieron posiblemente a la misma raza de gentes blancas y barbudas que aparecen en las leyendas de México y Perú, de Quetzacóatl y Viracocha. De ser así puede asegurarse que hubo en América una presencia transatlántica anterior a Colón. Y no se trata de los vikingos —asegura—, porque no tienen nada que ver con las culturas americanas. Los vikingos no son los únicos blancos en el mundo. La población original preárabe de la costa norteafricana eran los bereberes, en buena parte muy blancos, rubios y con barba. Estoy convencido de que los guanches son descendientes directos de los bereberes».

Heyerdahl señala el origen común de los ritos sepulcrales guanches y egipcios así como de las técnicas de trepanación de cráneos que se observan en América y Egipto. «Todo ello pone de manifiesto la existencia de un pueblo con nivel bastante alto de cultura, que ha estado antes en alta mar. Y, por supuesto, también ha estado en las Canarias».

La bibliografía sobre las pirámides de Güimar crece de día en día no sólo a nivel nacional, sino internacional. Algunos autores conceden al conjunto una antigüedad de 12 000 años y lo atribuyen a supervivientes de la Atlántida «que habrían arribado a las islas llevando consigo sus conocimientos sobre temas solares, astrales, mágicos y telúricos». Más recientemente dos investigadores del Instituto Astrofísico de Canarias, J. A. Belmonte y A. Aparicio, han sugerido que estas construcciones fueron «utilizadas como estación astronómica para la predicción de fechas clave del ciclo agrícola y, en consecuencia, para establecer un calendario» dado que «el eje principal del complejo en el que las pirámides se hallan insertas, así como la mayor de ellas, se encuentran orientados, con extrema precisión, a la puesta del sol en el solsticio de verano; además, un segundo eje apunta hacia la salida del sol, seis meses más tarde, en el solsticio de invierno». Por lo tanto las pirámides se construyeron «con una maravillosa y perfecta orientación astronómica, tan bien definida que resulta difícil creer que sea debida a la mera casualidad».

José León Cano, otro estudioso de las pirámides tinerfeñas, apunta sus «relaciones directas con la situación en el firmamento de la Luna, Venus y la Osa Mayor».

LA ISLA QUE VOLÓ POR LOS AIRES

A principios del siglo XX Evans excavó en Creta los palacios y ciudades de la civilización minoica hasta entonces desconocida. Los historiadores A. Nicasie (1885), y K. T. Frost, (1907 y 1913), llegaron a la conclusión de que la Atlántida no fue otra cosa que el imperio marítimo de la Creta minoica que dominó el mar Egeo en la Edad del Bronce ya que «toda la descripción de la Atlántida contenida en el *Timeo* y en el *Critias* tiene características tan perfectamente minoicas que ni siquiera Platón pudo haber inventado tantos hechos insospechados (...) cuando leemos cómo el toro es cazado en el templo de Poseidón sin armas, pero con varas y lazos corredizos, tenemos una inequívoca descripción de la plaza de toros de Cnosos, aquello que tanto sorprendía a los extranjeros y que dio origen a la leyenda del Minotauro».

En efecto, el imperio minoico había florecido hacia el año 2000 a. de C. Su influencia se extendía por las islas Cícladas, por el sur de Grecia e incluso por muchas otras riberas mediterráneas con las que mantenía activo comercio. De manera aparentemente inexplicable, hacia 1500 a. de C, cuando todo parecía marchar viento en popa, sobrevino una rápida decadencia y su resplandor se apagó casi súbitamente.

El joven Frost murió en la primera guerra mundial pero su identificación del imperio minoico con la Atlántida, reforzada por los nuevos testimonios arqueológicos que desde entonces han ido apareciendo, fue abriéndose paso hasta constituir la tesis más comúnmente aceptada por los historiadores.

Los defensores de esta teoría se han esforzado en justificar las discrepancias entre el texto platónico y la realidad del imperio minoico, principalmente lo tocante a la localización de la isla, sus dimensiones continentales y la fecha de su destrucción. En este sentido parece que las pruebas lingüísticas tienden a refrendar las arqueológicas. Luce ha señalado que el nombre antiguo de Creta era *Keftiu* que significa «columna» o «soporte». En la mitología egipcia de la Edad del Bronce, la cúpula del cielo está sostenida precisamente por una roca que brota del centro de una isla. Pudo ocurrir que los griegos conocedores de esa leyenda egipcia la relacionaran con su propia leyenda de Atlas, el gigante que sostiene el mundo sobre su cerviz, y tradujeran el nombre de Creta, *Keftiu*, como *Isla de Atlas*, es decir, *Atlántida*.

La lengua explica también el sentido de la extraña ubicación, en medio del océano, de la mítica Atlántida. Pudiera tratarse simplemente de un despiste de Platón debido a su lectura defectuosa de algún texto que no ha llegado hasta nosotros. La palabra griega «a medio camino» se parece bastante a la que significa «más grande que». Es posible que donde Platón leyó «más grande que Libia y Asia juntas», pusiera en realidad «a medio camino entre Asia y Libia».

En cuanto a la localización de la tierra de los atlantes «más allá de las Columnas de Hércules», quizá Platón se dejó llevar por una tendencia griega a situar todas las historias míticas más allá de los confines del Mediterráneo.

Más dificultad entraña concordar las fechas platónicas con las minoicas. Según el relato de Platón la Atlántida existió unos 9600 años a. de C, época que en términos arqueológicos correspondería al Mesolítico. Sin embargo, la sociedad atlante descrita por Platón se inscribe claramente en una cultura mediterránea de la Edad del Bronce en torno a mediados del segundo milenio a. de C. Si aceptamos la posibilidad de que el relato griego utilizado por Platón provenga de una fuente egipcia, el desfase de fechas pudiera deberse a una lectura defectuosa del pictograma egipcio de la cifra *cien*, que se confunde fácilmente con el de *mil*. Aplicando la corrección pertinente resulta que la Atlántida habría sucumbido nueve siglos antes de Solón, fecha bastante razonable que vendría a coincidir con la liquidación del imperio minoico, hacia 1500 a. de C. En el ambiente histórico mediterráneo de este tiempo es plausible que un poder marítimo egeo rivalizara con Atenas y Egipto. Otros datos corroboran esta teoría: si, como dice Platón, el ejército ateniense sucumbió en la catástrofe que destruyó la Atlántida, es

evidente que el desastre tuvo que ocurrir relativamente cerca de Grecia porque es impensable que un ejército griego estuviese operando más allá del estrecho de Gibraltar hacia 1500. Tampoco es plausible que la fuente de la Acrópolis ateniense que se secó como consecuencia del cataclismo resultara afectada si la catástrofe hubiera sucedido en medio del Atlántico, a muchos miles de kilómetros de distancia.

Quizá el sentido común ratifique la teoría de una Atlántida minoica sin necesidad de acudir a tan menudas pruebas. Consideremos que las noticias tienen tendencia a aumentar cuando se transmiten oralmente, de padres a hijos. Quizá Platón exageró algo, o concedió crédito a una historia previamente exagerada.

Las pruebas históricas apuntaban a una abrupta decadencia del imperio minoico pero faltaba encontrar sus causas. Así estaban las cosas cuando, en 1932, Spyridón Marínalos, a la sazón jefe del servicio arqueológico griego, se encontraba excavando cerca de Heraklion y no dejaba de interrogarse sobre las causas de la súbita decadencia minoica. Un potente muro desplomado que encontró en Amissos le hizo sospechar que la causa de caída pudo ser el impacto de una ola gigantesca provocada por la explosión de la isla de Thera, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Era sólo una hipótesis, pero si lograba probarla quedaría demostrado que la leyenda de la Atlántida se había inspirado en el fin del imperio minoico. El asunto era tan complejo que no dudó en recabar la ayuda de un equipo interdisciplinar que incluía a los geólogos B. C. Heenen y Ninkovitch y, a partir de 1966, a A. Galanopoulos, jefe del gabinete sismológico de la Universidad de Atenas. Éste señaló la causa de la súbita destrucción del imperio minoico «en un día y una noche» como la Atlántida de Platón: fue debida a una devastadora explosión volcánica que ocurrió en la isla de Thera, conocida también en la Antigüedad como Kalliste («la más perfecta») y Strongyle («la redonda»). Hoy se llama Santorinos y está, lo que quedó de ella, a ochenta millas de Creta.

El interés científico por la explosión de Thera comienza en el año 1879, cuando apareció el libro de F. Fouqué, *Santorin et ses éruptions*, que describe el volcán peleano de la isla. Estos volcanes manan una lava tan espesa que tiende a taponar la chimenea de manera que la erupción se produce por violenta explosión de gases y sustancias comprimidos en la caldera. A la explosión sigue un diluvio de rocas o pumitas de piedra pómez, y un flujo de lava.

¿Qué ocurrió en Thera? Antes de la erupción que la destruyó, era una isla de unos dieciséis kilómetros de diámetro en cuyo centro se erguía una montaña volcánica de lava solidificada de un kilómetro y medio de altura. Hacia el año 1470 a. de C. (la fecha se deduce del análisis por radiocarbono de un trozo de madera que quedó engastado en la lava) la montaña, sometida a enorme presión, estalló. Más de veintidós kilómetros cúbicos de rocas saltaron por los aires. Se calcula que volaron ciento diez kilómetros cuadrados, unos dos tercios de la isla, y que el estampido de la explosión fue percibido en Escandinavia. La materia expulsada por el volcán, en forma de chorro de magma incandescente, piedra pómez y ceniza, cubrió la parte restante de la isla. Casas y cultivos quedaron sepultados debajo de un enorme sedimento de sesenta metros de espesor. Estos materiales son hoy cantera inagotable de puzolana.

La ola que levantó la explosión de Thera alcanzó unos cien metros de altura. Éste debió ser el «toro venido del mar» que derrotó a los reyes minoicos. Podemos imaginarnos lo que supuso esta catástrofe porque en 1883 se produjo una explosión similar, aunque no tan violenta, en el volcán de Krakatoa, una isla del Pacífico situada entre Sumatra y Java. La erupción del Krakatoa originó una ola de treinta y seis metros de altura que arrasó aldeas costeras a cientos de kilómetros del lugar Produciendo unas cuarenta mil víctimas. La explosión, cuyo estampido se percibió a cuatro mil kilómetros de distancia, en la ciudad australiana de Alice Spring, levantó una nube de gases y cenizas tan potente que incluso en Europa, situada en la otra parte del globo

terráqueo, se alteró el color de los ocasos (el sol y la luna aparecían verdiazules) y las aguas del canal de la Mancha se elevaron cinco centímetros. Las costras de lava arrojadas por el volcán cubrieron Sumatra y Java. Las cenizas oscurecieron vastas extensiones durante tres días, ocasionando violentos cambios climáticos. La piedra pómez flotante en el océano Índico era tan abundante que dificultaba la navegación. Después de la catástrofe, lo que quedaba de la isla volvió a poblarse y aprendió a convivir con el volcán. Al principio Thera y Thirasia formaban un todo, pero una convulsión las separó en 236 a. de C. Hacia 196 a. de C. surgió el islote Hiera; en el año 46 d. de C, el islote Thia, que luego volvió a hundirse y desaparecer. Después de 1570 apareció en el centro del cráter una isla, la Pequeña Kameni, a la que siguió, en 1711, la Gran Kameni, que fue aumentada por el islote Aphroessa en 1866. Kameni significa «quemada». Estas dos islas centrales crecen cada año por elevación del cráter submarino empujado por nuevos materiales. En 1929 y 1956 ocurrieron sendos terremotos que dañaron algunas casas.



La isla Thera-Santorín y las excavaciones de Akrotiri (según Kurt Benesch).



Una de las pinturas murales descubiertas por el profesor Marinatos en Akrotiri (Según L. Palmer). Hoy la boca del volcán está sumergida y la parte visible de su boca forma el semicírculo de las islas Thera y Thirasia, amén de Aspronisi, que es sólo un islote

desierto. Las islas presentan un característico paisaje de roca volcánica roja, ocre y blanca y su torturada orografía que por la parte del cráter se despeña sobre el mar en acantilados vertiginosos. No hay en ellas manantiales: sus cinco mil habitantes dependen del agua que les traen en barco desde Grecia y de la que recogen en cisternas cuando llueve. La vegetación se reduce a pocos árboles y algunos arbustos. Los isleños viven un poco de la agricultura y un poco del turismo culto que acude a la isla por la curiosidad de su origen y por las excavaciones. También viven de la explotación de las canteras de piedra pómez (tefra). Toda la isla está cubierta de una capa de puzolana de un espesor variable entre 30 y 70 centímetros. La piedra se exporta al mundo entero. El canal de Suez, por ejemplo, está recubierto con placas de puzolana de Thera.

Spyridón Marinatos visitó Thera en 1960 y lo que vio le confirmó sus presentimientos. Dos años después, realizó una prospección aérea, desde un helicóptero, de la zona de Bronos, junto a la aldea de Akrotiri, y comenzó a excavar. Los restos arqueológicos confirmaban lo que Marinatos había supuesto. En sucesivas campañas de excavaciones, entre 1967 y 1972, salieron a la luz los restos de una ciudad importante que yacían sepultados bajo veinte metros de escoria volcánica. Allí había vivido, desde el segundo milenio a. de C, una rica comunidad que habitaba en edificios de hasta tres pisos, a veces profusamente decorados con suntuosos frescos. No aparecieron esqueletos ni tesoros como en Pompeya, también destruida por un volcán, seguramente porque sus habitantes advirtieron a tiempo la inminencia de la erupción y pudieron abandonar la isla y ponerse a salvo en Creta. Mientras Marinatos excavaba le iban llegando los informes complementarios del oceanógrafo norteamericano James W. Mayor que confirmaban sus teorías. Este americano era un hombre expeditivo e impaciente que sugirió explorar el yacimiento con excavadoras. Más adelante abandonó la empresa desilusionado al comprobar que lo que creyó ser su soñada Atlántida era un simple establecimiento minoico.

Durante unos años Marinatos desenterró las Casas, las grandes vasijas, las corralizas y los hermosos frescos que habían quedado reservados bajo las cenizas. Prosiguió sus trabajos hasta que en 1974 encontró la muerte, al despeñarse desde un talud de las excavaciones. Su colaborador Christospumas lo sucedió con menos entusiasmo.

Gracias a los trabajos de Marinatos y de sus continuadores podemos trazar un cuadro bastante completo del impacto histórico y medio ambiental que provocó la explosión de Thera. El puerto de Thera, probablemente uno de los principales enclaves estratégicos minoicos, quedó borrado de la faz de la tierra. El maremoto subsiguiente destruyó la flota, las instalaciones portuarias y hasta los pueblos de la costa oriental cretense. La arqueología cretense muestra señales evidentes de esta súbita destrucción: potentes niveles de cenizas volcánicas sobre los restos de habitación humana y muros desplomados en dirección opuesta al mar, como aplastados por la gigantesca ola levantada por la explosión. Solamente se salvó del desastre el palacio de Cnosos, porque está cinco kilómetros tierra adentro.

Ya hemos dicho que la catástrofe ocurrió hacia 1470 a. de C. Después de esta fecha, la actividad política y comercial de los minoicos se redujo a un nivel insignificante. Esto confirma que la explosión de Thera arrasó el poderío marítimo de los minoicos, los diezmó y los condenó al hambre y a la miseria, con las cosechas arrasadas y los campos improductivos a causa de las cenizas. Además dejó a la isla virtualmente indefensa. Las ciudades cretenses carecían de murallas pues confiaban en su potente marina para defenderse de cualquier agresor exterior. Después del desastre, Creta, desprovista de su flota, sucumbió fácilmente ante los invasores micénicos procedentes de Grecia.

El recuerdo de la catástrofe de Thera imprimió recuerdos permanentes en las tradiciones y mitologías del mar Egeo. Los Argonautas fueron víctimas de una lluvia de

pedras cuando penetraron en las tinieblas que rodeaban Creta; la leyenda griega de Deucalión se refiere a una inundación ocurrida hacia 1529 a. de C; Plutarco habla de la ola gigante que Poseidón envió contra la isla Lycia; en Samotracia se mantuvo durante siglos la costumbre de sacrificar cada año un animal en los altares que señalaban el máximo avance de la ola en una mítica inundación. Después de todo lo expuesto, la identificación imperio minoico= Atlántida parece sensata y sólidamente fundamentada. Pero el mundo está lleno de soñadores, algunos de ellos atlantólogos que defienden su derecho a imaginar una Atlántida sumergida, inmensos palacios e inescrutables misterios esperando que un arqueólogo afortunado, a lo mejor un loco como Schliemann, venga a desvelarlos. Uno de los que muestran su desacuerdo es S. C. Fredericks cuando señala que «la relación entre Thera y los diálogos platónicos es artificial e innecesaria» y basa su rechazo en que Platón nunca relacionó su Atlántida con Creta ni habló de volcán alguno. Además, Platón se refirió a una inmersión total de la isla y es evidente que un tercio del territorio de Thera quedó a flote, y aún queda, en la isla de Santorinos. Otros argumentan, cargados de razón, que quizá la explosión de Thera y el aniquilamiento del imperio minoico se parezcan mucho al fin de la Atlántida, pero esto no demuestra necesariamente que no existiera otra Atlántida, la verdadera, en el océano. Los partidarios de la isla atlántica aceptan que hacia 1470 a. de C. hubo erupción, hundimiento de islas y maremoto consiguiente en el norte de Creta, pero, aun así, insisten en que la verdadera Atlántida estuvo en el océano. Thera, una ciudad de treinta mil habitantes emplazada en una islita del Egeo, no pudo ser la cabeza de un imperio tan poderoso, argumentan. Por otra parte, si buscamos en el océano, encontramos también islas volcánicas como Tristan da Cunha o el Peñón de San Pablo, si bien tampoco son suficientemente grandes como para albergar poblaciones importantes.

Finalmente hay otros disidentes que dudan sistemáticamente de todo, entre ellos J. Rufus Fears, cuando señala que «no existe ninguna fuente egipcia antigua que hable de un imperio insular marítimo identificable con la Atlántida o con la Creta minoica y el mito de la Atlántida no aparece en otros autores griegos, ni siquiera en los contemporáneos de Platón». Incluso pudo ocurrir que Platón urdiera la fábula inspirándose en un terremoto que ocurrió en su tiempo y que levantó una ola tal que barrió la islita griega de Atalante (topónimo bastante parecido a Atlántida). Quizá Platón conocía el texto de Tucídides en su *Guerra del Peloponeso*, donde se narra el suceso en términos bastante similares a los que luego él usaría para referirse a la destrucción de la Atlántida: «En las proximidades de la isla de Atalante se produjo una inundación de tal magnitud que arrasó parte del fuerte ateniense que allí había y echó a pique uno de los dos barcos que estaban en la playa».

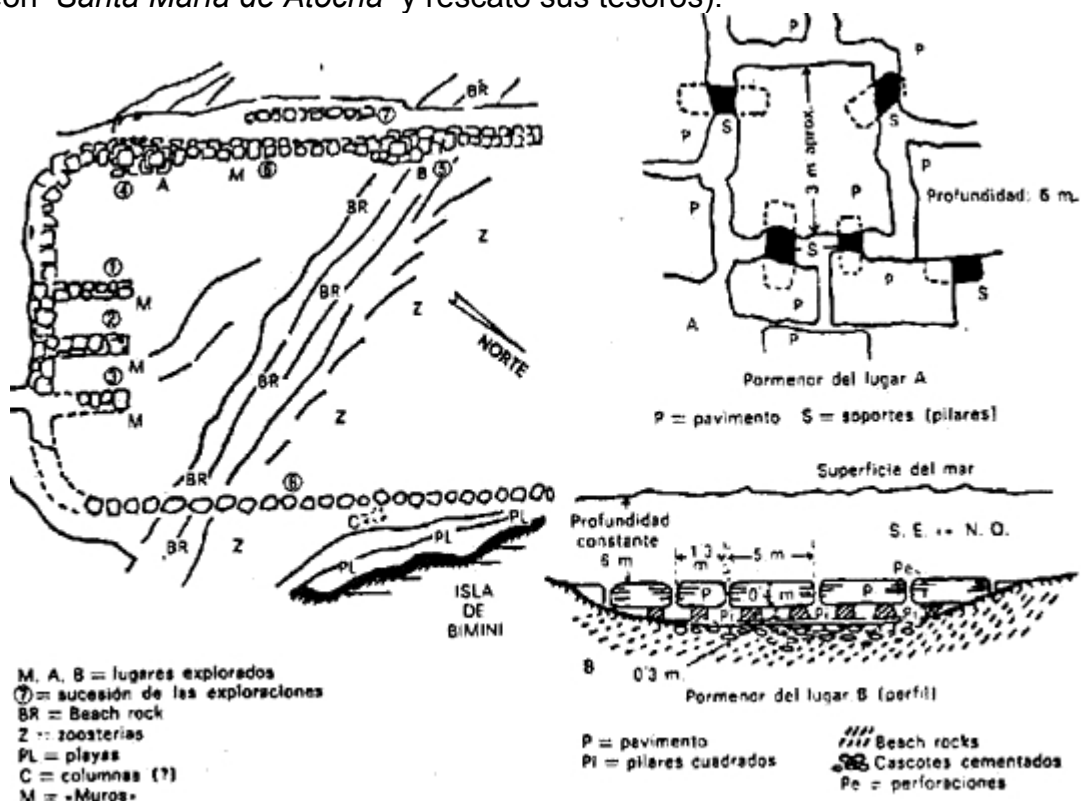
BIMINI

Dejemos ahora Thera para trasladarnos a la isla americana de Bimini, situada en el archipiélago de las Bahamas, a ciento cincuenta kilómetros de las costas de Florida. El nombre de Bimini nos resulta familiar desde que, en 1968, dos pilotos que sobrevolaban sus costas descubrieron, frente a las playas de la vecina islita de Andros, en aguas poco profundas, las presuntas ruinas submarinas de un edificio formado con grandes sillares cuadrangulares que era perfectamente visible desde el aire debido a las acumulaciones de algas y esponjas que lo silueteaban. Los pilotos, llamados Robert Brush y Trigg Adams, resultaron ser, casualmente, devotos seguidores de las doctrinas de Edgar Cayce (1877-1945), quien, en 1933, estando en estado de trance, profetizó: «Los templos atlantes yacen bajo el fango del mar en Bimini a lo largo de Florida» y declaró que la Atlántida sería descubierta cerca de este lugar en 1968. En América la secta que sigue las doctrinas de Edgar Cayce cuenta con unos veinte mil seguidores que creen a pie juntillas las revelaciones del profeta. Como es natural la noticia del hallazgo causó un tremendo impacto pero Brush rechazó varias ofertas de

universidades que querían explorar el lugar y se reservó el derecho de hacerlo personalmente por sus propios medios. Sus conclusiones concitaron la atención de otros fanáticos atlantistas y finalmente la de la prensa sensacionalista: las ruinas de Bimini corresponden a las hileras superiores de los muros del templo de la legendaria Atlántida. El resto se encuentra sepultado en la arena que las mareas han ido acumulando sobre él.

Poco después, Masón Valentine, arqueólogo del Museo de Miami, señaló que al noroeste de Bimini Norte había una formación submarina parecida a la sección de un muro de mampostería y un tramo de calzada de como medio kilómetro de largo.

Todas estas noticias atrajeron la atención de muchos atlantólogos y arqueólogos aficionados en general, lo que inevitablemente condujo a nuevos descubrimientos. Tengamos en cuenta que en la zona de Florida abundan los buscadores de tesoros. Incluso existen empresas comerciales dedicadas a explotar pecios de barcos naufragados, muy abundantes en aquellas aguas (una de ellas dio con los restos del galeón *Santa María de Atocha* y rescató sus tesoros).



Las estructuras submarinas de Bimini, (según D. Rebikoff).

Muy pronto surgió toda una literatura sobre los misterios de Bimini. Se hablaba de templos y puertos sumergidos, de caminos construidos con enormes losas, e incluso de ciudades enteras cubiertas por las aguas hace ocho o diez mil años. Los libros y artículos en torno al tema se ilustraban con borrosas fotografías y claros diagramas de muros, arcos y columnas. ¿Era la Atlántida? ¿Yacía la Atlántida bajo las aguas del Caribe o pertenecían aquellos vestigios a una civilización distinta que existió incluso antes de que se formara el estrecho de Florida?

La comunidad científica reaccionó con el previsible escepticismo, ignorando los presuntos descubrimientos o sugiriendo el origen natural de las presuntas ruinas.

Los que aceptan que en Bimini hay una ciudad sumergida no se ponen de acuerdo sobre su origen. Los seguidores de Edgar Cayce sostienen que se trata de la Atlántida pero otros piensan que lo que se ha encontrado es un puesto avanzado de la civilización maya, una fortificación de los colonizadores españoles hundida por la erosión o incluso una corraliza construida en el mar para el cultivo de productos

marinos. En estas especulaciones se excluye que lo que hay sea obra de los indios del Caribe, porque ellos no construían en piedra.

¿Cómo ha podido hundirse una ciudad? La costa, como es sabido, sufre cambios y a veces el mar invade espacios que antes fueron tierra firme. En el Mediterráneo es frecuente el espectáculo de puertos e incluso pueblecitos enteros sumergidos junto a la costa.

En 1971 Harrison lanzó un jarro de agua fría sobre los entusiasmados atlantistas al señalar el origen natural de los bloques calizos que suponían sillares ciclópeos y que lo que parecían muros y columnas eran en realidad formaciones rocosas naturales porque la naturaleza, como es sabido, imita al arte. El alto contenido cálcico del agua marina combinado con la circulación y evaporación de la zona favorece la formación de este tipo de bancos de caliza con sus características fracturas rectas. Las laminaciones sedimentarias, que coinciden de un bloque a otro y son siempre paralelas a la costa, demuestran que se trata de una formación natural. Harrison adujo, además, que algunos de estos bloques calizos contienen en su interior trozos de botellas y otra basura playera de origen claramente reciente. En cuanto a las estructuras que se habían tomado por fustes de columnas no eran sino bloques cilíndricos de cemento procedentes de barriles de madera llenos de este material que en tiempos recientes fueron arrojados al mar cerca de la entrada del puerto. Estas razones no desanimaron a los fervientes atlantólogos. En 1975 y 1976 las dos expediciones *Poseida* exploraron el fondo submarino y buscaron en vano cierta extraña columna estriada que un submarinista había fotografiado en 1957.

En 1978 Shinn completó la visión desmitificadora de Harrison al anunciar que la llamada «carretera de Bimini» no era sino un tramo del lecho rocoso de la playa. Su disposición geométrica en forma de estrecha formación que se alarga paralelamente a la costa es consecuencia del régimen de las mareas de la zona.

Naturalmente estas explicaciones que reducen a meros fenómenos naturales las curiosas formaciones geométricas de Bimini no son tenidas en cuenta por los partidarios de la Atlántida ni por los agentes turísticos de la zona. El misterio de Bikini es un poderoso imán que atrae muchedumbres de turistas aficionados al misterio, a la arqueología y a lo exótico. ¿Por qué viajar hasta Europa u Oriente Medio en busca de civilizaciones desaparecidas si se tienen al alcance de la mano en Estados Unidos, sin salir de casa? «Bucee sobre la carretera perdida de la Atlántida», propone un folleto turístico. En las librerías de los hipermercados de Florida abundan los libros y folletos de historia-ficción que ilustran a los veraneantes sobre los misterios de Bimini, sobre la Atlántida y sobre las navegaciones precolombinas a América, los fenicios, los vikingos, los egipcios, etc.

TRIÁNGULO DE LAS BERMUDAS

Los atlantólogos que atribuyen a los atlantes las presuntas construcciones de Bimini establecen a veces cierta relación entre los secretos de la Atlántida y las misteriosas desapariciones de barcos y aviones que se supone que ocurren en el llamado «triángulo de las Bermudas», una zona comprendida entre las Bermudas, la Florida y las Antillas. El submarinista buscador de tesoros Ray Brown asegura haber descubierto allí las ruinas de una ciudad sumergida en cuyo centro había una pirámide. La noticia atrajo varias expediciones financiadas por millonarios excéntricos, entre ellos el griego Ari Marshall, que han intentado dar con estos vestigios. Un reportaje aparecido en 1978 en algunas revistas del ramo ofrece borrosas imágenes submarinas, como captadas a gran profundidad, de una especie de perfil piramidal.

¿Estamos a punto de descubrir la Atlántida? Puestos a creerlo no hay mayor inconveniente en admitir que el descubrimiento del completamente fabuloso Mu puede estar también a la vuelta de la esquina. A finales de los años sesenta Robert J. Menzies, profesor del laboratorio marino de la Universidad de Duke, andaba

fotografiando moluscos con una cámara submarina a cincuenta y cinco millas de la costa del Callao, en Perú, cuando encontró columnas talladas e inscritas. El yacimiento se encontraba a gran profundidad y constaba de columnas de medio metro de diámetro que sobresalían del barro del fondo más de un metro. También fotografió lo que parecía un sillar perfectamente tallado. Como las presuntas ruinas estaban en el Pacífico supuso que pertenecían a Mu.

¿Ciudades sumergidas o simples estructuras naturales que despistan a crédulos submarinistas? ¿Existió la Atlántida? Ninguna de las pruebas aducidas por sus partidarios parece resistir un examen serio. Quizá fue solamente una invención de Platón para hacernos creer que la utopía política que propone en su famoso tratado *La República* había sido ya experimentada con éxito. Quizá pretendía enseñarnos que la historia humana es cíclica, que las civilizaciones ascienden y luego decaen. O quizá simplemente quería contrastar atenienses y atlantes elevándolos a la categoría de símbolo, para explicar lo que sería bueno o malo para Atenas: malo si Atenas se convierte en un Estado dominado por marinos y mercaderes; bueno si continúa siendo una sociedad rural de ganaderos y agricultores.

No está a nuestro alcance desentrañar el grado de invención que Platón introdujo en su historia de los atlantes pero desde luego tenemos que convenir, con Ramage, en que «resulta irónico que Platón, el filósofo que constituye el centro de nuestra tradición intelectual, haya apadrinado una creencia tan irracional».

BIBLIOGRAFÍA

- Ashe, Geoffrey, *Cameloland The Vision of Albion*, Heinemann, Londres, 1971.
- Berlitz, C., *The Mystery of Atlantis*, Avon Book, Nueva York, 1976. (Existe traducción española publicada por Ed. Planeta, Barcelona).
- Carnac, Pierre, *La historia empieza en Bimini*, Plaza y Janes, Barcelona, 1977.
- Cohen, Daniel, *Mysterious Places*, Dodd, Mead and Company, Nueva York, 1969.
- Corliss, William R., *Mysteries beneath the sea*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1970.
- Charlier, R. H., y Gesman, A. M., «Perennial Atlantis», *Sea Frontiers*, enero de 1972.
- Doumas, C. G., *Thera: Pompeii of the Ancient Aegean*, Thames and Hudson, Londres, 1983, pp. 151-156.
- Eslava Galán, Juan, *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, Ed. Planeta, Barcelona, 1992.
- Frost, «The Critias and Minoan Crete», *Journal of Hellenic Studies*, núm. 33, Londres, 1913, pp. 189-206.
- Furneaux, Rupert, *Los grandes enigmas del Universo*, Javier Vergara editor, Buenos Aires, 1977.
- G. Atienza, Juan, *Los supervivientes de la Atlántida*, Ed. Martínez Roca, Barcelona.
- Guerra Santos, Antonio, «Thera», *Revista de Arqueología*, núm. 15, pp. 24-33.
- Gómez Tabanera, José Manuel, «Thera y el enigma de la Atlántida», *Historia 16*, núm. 36, abril de 1979, pp. 123-132.
- Lavilla, Rafael, «Objetivo: localizarla Atlántida. Cuando el mito se convierte en ciencia», *Año Cero*, núm. 19, pp. 4-20.
- León Cano, José, «Tenerife, antesala de la Atlántida», *Año Cero*, núm. 11, junio de 1991, pp. 14-21.
- Luce, J. V. *The end of Atlantis*, Thames and Hudson, Londres, 1969.
- Lost Atlantis*, Mc. Graw-Hill. Book Company, Nueva York, 1969.
- Millward, G. E., y otros, «Atlantis modern Theories and Ancient Tales», *History Today*, julio de 1973.
- Platón, N. *Zakros*, 1971.
- Remage, E. S. y otros, *Atlantis: fact or fiction?*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1979.

Scrutton, Robert, *La otra Atlántida*, Editorial Edaf.

Sprague de Camp-Willy Ley, L., *De la Atlántida a El Dorado*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1967, pp. 13-47.

Sureda Carrión, Nuria, «La Atlántida, mito y realidad», *Historia y Vida*, núm. 261, Barcelona, diciembre de 1989, pp. 36-50.

Tomas, Andrew, *Los secretos de la Atlántida*, Plaza y Janes, Barcelona, 1979.

Zagger, Eberhard, *The Flood. Deciphering the Legend of Atlantis*, Londres, 1992.

El enigma de Tartessos. EL ENIGMA DE TARTESSOS

«**L**os habitantes de Focea fueron los primeros griegos que llevaron a cabo navegaciones lejanas; fueron ellos quienes descubrieron Iberia y Tartessos. Los foceos no navegaban en barcos redondos sino en penteconteras. Una vez llegados a Tartessos, hicieron amistad con el rey de los tartesios, llamado Argantonio. Este hombre reinó en Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Los focenses ganaron de tal forma su amistad que inmediatamente los invitó a dejar Jonia para establecerse en la región de su país que desearan. Además, cuando le contaron la presión que los persas ejercían sobre su territorio, les dio dinero para que fortificaran su ciudad con una muralla». Así nos da noticia Heródoto de los legendarios tartesios y de su magnífico rey. El mismo historiador cuenta que un notable antecesor griego de Cristóbal Colón descubrió por casualidad la existencia de Tartessos: «Una nave samia, cuyo capitán se llamaba Coleo, navegando con rumbo a Egipto fue desviada hacia Platea... y llevados por un viento afeliota que no cesó durante todo el viaje fueron arrastrados más allá de las Columnas de Hércules, y por providencia divina llegaron a Tartessos. En aquel tiempo, este mercado estaba intacto todavía; por eso los samios, al llegar a su país, obtuvieron por su cargamento mayores ganancias que ninguno de los griegos de quienes tengamos noticia cierta... Los samios tomaron seis talentos, la décima parte de sus beneficios, y construyeron en bronce una especie de crátera de Argos y la consagraron en el templo de Hera».

Heródoto escribió estas palabras hace dos mil quinientos años. Desde entonces su eco no ha dejado de alimentar el mito de una posible Edad de Oro, en una tierra privilegiada regida por un rey venerable, hospitalario, rico y generoso.

Pero no son éstos los únicos textos antiguos que nos hablan de Tartessos. En realidad podemos decir que es poco lo que tenemos de Tartessos, aparte de palabras. Trescientos años antes de que el griego redactara su obra, otro hombre de aquel extremo del Mediterráneo, esta vez judío, escribía: «Toda la vajilla de la casa del Bosque del Líbano era de oro fino; la plata no se estimaba en nada en tiempos del rey Salomón, porque el rey tenía una flota de Tarsis en el mar y cada tres años venía la flota trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales» (Reyes I; 10, 21-22). Cabe formular una posible objeción a este texto bíblico: ¿Era Tartessos la Tarsis que menciona? ¿No será la nave de Tarsis un tipo de embarcación más que un destino? Si fuera así, las naves no tenían que ir necesariamente a Tarsis. Es más, según todos los indicios, el puerto del que partían estaba en el golfo de Eliat, no en el Mediterráneo, y su destino, por los productos que enumera, parece más África que la península Ibérica. El profeta Ezequiel vuelve a mencionar una Tarsis hacia 586. Esta vez sí parece que se trata de Tartessos, pero un texto tan tardío no añade nada a las fuentes griegas más antiguas.

Sea como fuera, el nombre de Tartessos resonaba en los oídos de los mediterráneos orientales y ellos la tenían por la tierra de la abundancia, el país de la plata y del oro que tanto fascinaba, ya entonces, a los hombres.

Éstas y otras noticias de Tartessos han encendido durante los últimos siglos la imaginación de arqueólogos e historiadores. Con todo, la fiebre tartésica no hizo crisis hasta el siglo XIX cuando, en el breve plazo de unos pocos años, se sucedieron sensacionales descubrimientos arqueológicos. Inauguró la serie Schliemann, al que los arqueólogos profesionales tildaban de loco y charlatán, y sin embargo descubrió la legendaria Troya de los poemas homéricos. Unos años más tarde, lo siguió Evans al desenterrar los palacios de la legendaria talasocracia cretense. Con estos brillantes

precedentes se imponía pensar que en alguna parte del sur de España tenía que dormir sepultada la antigua capital del rey Argantonio en espera de que otro afortunado arqueólogo la descubriese y rescatase para la posteridad. Ésta fue la meta que se propuso Adolf Schulten (1870-1960), un alemán que había consagrado su vida al estudio de los antiguos habitantes de la península Ibérica (por los que, quizá convenga añadir, sentía una mezcla de atracción y repulsión pues aunque, desde su mentalidad cerrilmente teutona, admiraba el valor y la frugalidad que los hizo famosos, por otra parte abominaba de su indisciplina, de su rapacidad y de su inconstancia, defectos que —¡ay!— veía prolongados en los españoles de su tiempo).

Schulten estaba firmemente convencido de que los hados le habían reservado la gloria de encontrar una ciudad como Troya o un conjunto palaciego como Cnosos y de que, si perseveraba en su tarea, acabaría obteniendo los mismos halagüeños resultados de su compatriota Schliemann. Su otra ilusión era recibir la Gran Cruz de manos de Alfonso XIII.

Schulten era un hombre irascible, algo petulante y bastante interesado. Tuvo pocos amigos entre sus colegas y aun estos pocos no se atrevieron a contrariarlo en lo tocante a Tartessos. Basándose en las conclusiones del arqueólogo Gómez Moreno (1870-1970), que se había referido al pueblo tartesio pero nunca a Tartessos como ciudad capital de un reino, Schulten se lanzó a la búsqueda de la ciudad sin más base que una interpretación de textos tardíos de Avieno (siglo V a. de C).

Entre 1923 y 1925, el alemán estuvo excavando en el coto de Doñana, cerca de la desembocadura del Guadalquivir. Fracasó estrepitosamente y murió sin resolver el enigma al que consagrara buena parte de su vida. Su libro sobre Tartessos es hoy casi unánimemente menospreciado. Blanco Freijeiro lo llama «libro fantasioso (...) pero sugerente y atractivo para los dados a la novelería histórica». Con todo, este libro tuvo la virtud de divulgar el estudio de Tartessos hasta el punto de que a lo mejor hoy estamos cayendo en el error de tomar por «tartésico» cualquier cachivache oriental —y especialmente si se trata de objetos de bronce o joyas— que se desentierra en Andalucía. Schulten fue víctima del error contrario: no descubrió las huellas materiales tartésicas porque, debido a sus prejuicios difusionistas, cuando algún objeto refinado llegaba a sus manos, era incapaz de aceptar que fuera obra indígena e inevitablemente lo clasificaba como importación fenicia o cartaginesa.

El panorama cambió cuando J. M. Blázquez publicó, en 1968, su *Tartessos*: desde entonces han menudeado las excavaciones y se han publicado algunas monografías que han divulgado distintos aspectos de la cultura material tartesia. Esto quiere decir que los tartesios no continuaran importando objetos de lujo como, por ejemplo, los vasos egipcios de alabastro que aparecieron en los hipogeos de Almuñécar.

Puestos a revisar las teorías de Schulten lo primero que conviene preguntarse es si realmente existió una ciudad floreciente llamada Tartessos. Los textos más antiguos hablan de un río que desemboca «casi enfrente de la ilustre Erytheia» (es decir, de Cádiz). Un río cercano a Cádiz sólo puede ser el Guadalete o el Guadalquivir, pero también hay autores que sugieren el Tinto. Más tarde, Tartessos aparece como reino y como nombre de una región, nunca como ciudad en las fuentes contemporáneas. Sólo siglos después, desde el II a. de C, comienza a hablarse de la ciudad vagamente situada en la desembocadura del Guadalquivir o en la misma Cádiz o a dos días de Cádiz por barco (¿Huelva, Sevilla, Carteia, en la bahía de Algeciras?). Por esta zona del Bajo Guadalquivir sitúan el principal núcleo tartésico casi todos los modernos historiadores, pero la investigadora Nuria Sureda insiste en ubicarlo en la provincia de Murcia.

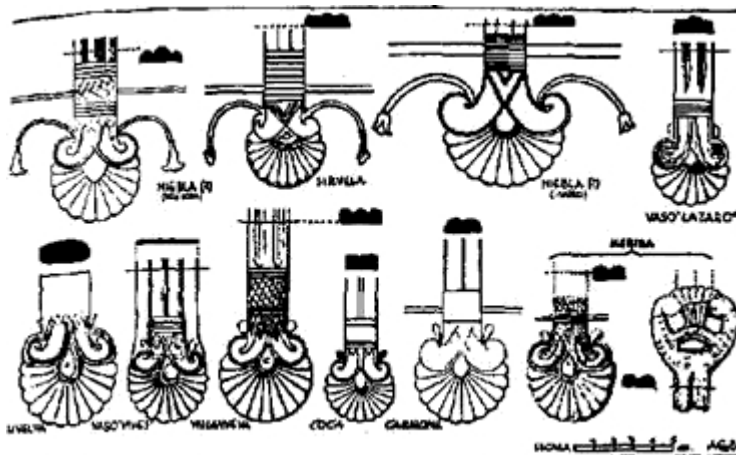
LAS COLONIZACIONES

Para comprender cabalmente el fenómeno de Tartessos hay que hablar primero de los metales y de las colonizaciones orientales, principalmente de la fenicia. De todos es

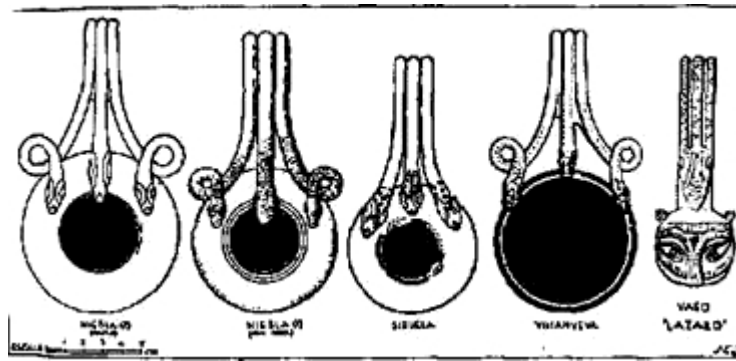
sabido que las primeras civilizaciones surgieron en el Fértil Creciente (el dibujo de una luna en creciente que, idealmente proyectado sobre el mapa de Oriente Medio, ocuparía las regiones fluviales de Mesopotamia, Palestina y Egipto; es decir, las cuencas del Tigris, el Éufrates y el Nilo). Estas civilizaciones se asentaban en regiones de rica agricultura pero pobres en metales. Estando ligado el progreso industrial y económico la obtención de metales, aquellas comunidades no tuvieron más remedio que desarrollar un activo comercio en torno a la prospección, explotación y transporte de los metales desde tierras muy lejanas. Con este comercio, el sur de la península Ibérica recibe de Oriente, desde el tercer milenio a. de C, un constante estímulo técnico y espiritual.

El principal atractivo de Tartessos y el principal motivo de su riqueza residía precisamente en su riqueza metalúrgica. Hoy día el despegue económico de un país desarrollado está íntimamente unido a su consumo de petróleo. Pero los países desarrollados son pobres en petróleo, y se ven obligados a adquirirlo de los productores, principalmente los países de Oriente Medio. Para las civilizaciones que se desarrollaron en el Fértil Creciente, los metales eran el petróleo de su progreso. Primero buscaron ávidamente plata y bronce (aleación de cobre y estaño); más tarde buscarían hierro y, en todas las épocas, lógicamente, oro. Tartessos era rico en metales. Producía gran cantidad de plata en Huelva, en Sierra Morena y en Cartagena; cobre en Huelva; estaño en Sierra Morena (aunque casi todo su estaño vendría de Galicia y de las islas Británicas, por vía marítima y terrestre).

Apurando el símil petrolífero, podríamos equiparar la aristocracia de Tartessos con los nuevos ricos que el petróleo produce en Oriente. Esos jeques, que no saben en qué gastar sus prodigiosos ingresos y que, en el espacio de una generación, han pasado directamente de las incomodidades de la jaima y el camello a la ostentación de palacios y fabulosos automóviles y yates, constituyen la réplica lejana de los aristócratas tartesios que posiblemente vivían en viviendas modestas, poco más que chozas, pero perdían la cabeza por los adornos lujosos y atesoraban kilos de preciosas joyas barroquizantes (petos, collares, brazaletes, pendientes) y se hacían importar lujosas vajillas orientales (jarros cincelados, páteras, objetos exóticos, adornos de marfil) desde los mejores talleres chipriotas o inspiradas en los modelos de estos talleres.



Palmetas decorativas de asas de vasijas da bronce tartésicas (según García Bellido).



Detalle del arranque del asa, con temas de serpiente, en vasijas de bronce tartésicas (según García Bellido).



Detalles decorativos de la orfebrería tartésica (según García Bellido). Tipología de los jarros de bronce típicos de la metalurgia tartésica (según García Bellido).

En vista de la estrechísima vinculación existente entre los tartesios y Oriente algunos historiadores se han preguntado si no serían estos pueblos el resultado de alguna emigración venida de aquellas tierras. De hecho es una cosa probada que el sufijo «ssos» procede de Asia Menor y también es cierto que muchos nombres de lugar de la costa andaluza parecen derivar de otros orientales. Se ha sugerido que quizá algunos contingentes de griegos micénicos huidos de la invasión de los llamados «pueblos del mar», hacia 1200 a. de C, pudieron establecerse en las zonas mineras de Huelva, o en Sevilla y dar origen a Tartessos. La amistad de Argantonio con los griegos ha llevado a sospechar la existencia de algún parentesco racial entre tartesios y griegos. Otra explicación sería que los tartesios se inclinaban hacia los griegos para equilibrar la creciente intromisión fenicia en sus fuentes de riqueza.

Para Schulten, los tartesios eran producto de una conjunción de cretenses y etruscos (los tirsenos). Estos últimos habrían fundado la ciudad de Tartessos hacia el año 1200 a. de C. Un siglo más tarde llegarían los fenicios olfateando fáciles ganancias y fundarían Cádiz expresamente para comerciar con Tartessos.

Otros historiadores creen que Tartessos es el resultado de la mutua incidencia de elementos foráneos y población aborigen. Los extranjeros pudieron ser algunos de aquellos «pueblos del mar», especialmente los mastienos, que guerreaban por Egipto y Palestina. Bruscamente, hacia el 1200 a. de C., se pierde su pista. Es posible que algunos grupos emigraran al sur de la península. Para otros autores esta explicación tampoco es satisfactoria: Tartessos es enteramente una creación indígena y prueba de ello son los ilustres precedentes a los que sucede. Para Gómez Moreno, Tartessos fue la continuidad de las herencias megalítica y argárica, y sus dignos sucesores fueron los turdetanos, un grupo étnico con memoria histórica. Nuria Sureda habla de la cultura mastiena del Algar, que corresponde a la Edad del Bronce micénica. No hay que olvidar que en la región tartésica se habían producido durante los milenios tercero y segundo a. de C, importantes focos culturales. Son los que se denominan Cultura de los Millares y Cultura del Algar (por dos núcleos excavados en la provincia de Almería). Éstos, que también se atribuyen en parte a la influencia de colonizadores procedentes de Oriente, consiguieron un notable desarrollo agrícola y minero. Sobre este sustrato indígena continúan incidiendo diversos colonizadores orientales (fenicios, griegos micénicos, mastienos, tirsenos...), y de la amalgama de todos esos elementos autóctonos y foráneos nacería, en el primer milenio, la cultura tartesia. Ésta es la opinión de Maluquer y Pierre Cintas.

MÍSERAS CHOZAS, AJUARES FABULOSOS

Otro misterio que plantea Tartessos, y no el menor, es el hecho de que no haya dejado rastro arquitectónico de alguna importancia. Al margen de la hipotética ciudad, que probablemente ni siquiera existió, lo que parece fuera de toda duda es que hubo un reino extenso y rico. Una entidad política de tal magnitud debiera haber dejado algún rastro monumental que atestiguara su prosperidad y grandeza. Pero no. Los únicos constructores conocidos en esa región antes de los romanos son anteriores a Tartessos (sepulcros megalíticos de Antequera, Málaga), o son posteriores (cámara sepulcral de Toya, Jaén). De la época tartésica propiamente dicha, que podemos situar entre principios del milenio y el siglo V, no hay rastro. Esta pobreza ornamental contrasta con los otros vestigios materiales que reflejan la riqueza y el refinamiento alcanzados por los habitantes de aquel reino.

El primer tesoro tartésico apareció en los años veinte. Desde entonces se han multiplicado los hallazgos. Especialmente famoso es el de El Carambolo, hallado a las afueras de Sevilla. Se compone de un conjunto de joyas de oro que pesa tres kilos. Su valor artístico supera en mucho al material: magníficos brazaletes, cinturones, pectorales y joyas de preciosa y barroca orfebrería. Otro tesoro similar se encontró en el cortijo de Ébora (Cádiz). Éste estaba compuesto por noventa y tres piezas de oro y algunas de cornalina.

Como vemos, la arqueología delata la existencia de una aristocracia enriquecida por la explotación y comercio de metales, aficionada al lujo y suficientemente refinada como para rodearse de estos sólidos testigos de su prosperidad y opulencia. Una aristocracia que, al principio, importa del oriente fenicio rica cerámica barnizada de color rojo, y luego consigue que los talleres indígenas fabriquen muy aceptables imitaciones tanto de esa cerámica como de algunos productos de orfebrería cuyos cercanos modelos están en el arte chipriota, en el hitita y en el asirio. El recurrente hallazgo de objetos de bronce suntuosos tales como braserillos, páteras y jarros testimonia claramente el refinamiento que alcanzaron.

En el siglo V a. de C, Tartessos desaparece del mapa un tanto bruscamente. Schulten imaginó que la ciudad fue conquistada y arrasada por los cartagineses. Después de la conquista de Tiro por los persas y el desplome de Fenicia, el comercio fenicio de Occidente había quedado principalmente en manos de Cartago, antigua colonia tiria. Los cartagineses no se contentaban con ejercer un colonialismo económico como los fenicios. Ellos aspiraban, además, al dominio de la tierra. Otros autores creen que el fin de Tartessos lejos de ser tan espectacular y desastroso se debió a una decadencia gradual. El sur de la península Ibérica había sufrido un proceso de orientalización bastante profundo en la época tartésica. Los fenicios se introdujeron en la vida económica de la región y controlaron su comercio e industria arrinconando al elemento indígena y relegando a sus individuos al estatus de obreros y campesinos. Quizá Argantonio quiso mitigar esta dependencia y diversificar sus proveedores liberando su economía del monopolio fenicio. Para conseguirlo procuraría pactar con los griegos de Kolaioi de Samos. Los que postulan la destrucción de Tartessos por las armas creen que esta política progreca provocó el ataque de fenicios o cartagineses, cuando vieron amenazados sus intereses económicos. Pero también es cierto que toda la explicación del arrasamiento de Tartessos por una guerra desprende un tufillo sospechoso. En los años en que esta hipótesis se incubaba, estaba de moda en Europa considerar la idea de la catástrofe como elemento decisivo en la historia de las civilizaciones, tal como lo había formulado Oswald Spengler. El arqueólogo e historiador Evans aceptó para la civilización cretense la seducción de un desastroso final no exento de acentos wagnerianos. Por otra parte, ¿no sucumbió así Troya, incendiada y arrasada por los griegos después de que Ulises y sus compañeros abrieran las puertas? Con estos precedentes no debe extrañarnos que Schulten y otros se hayan dejado seducir al son

de la misma música.

Ya hemos visto que el examen atento de los textos antiguos nos muestra que sólo muy tardíamente aparece la mención de Tartessos como referida a una ciudad. En los primeros testimonios, lo único que queda claro es que Tartessos es un reino y un río de «raíces argénteas» porque desciende de los montes de la Plata. La ciudad, si la hubo, y su reino se esfumaron por completo un tanto abrupta y misteriosamente y sólo quedaba rastro de ellos en la infiel memoria de los hombres. En otro lugar de este libro queda explicado que de sus cenizas, aún calientes, pudo Platón crear el mito de la Atlántida.

¿DÓNDE ESTABA TARTESOS?

Schulten situaba la capital de Tartessos en algún lugar del Coto de Doñana, ese privilegiado parque natural que se extiende por la desembocadura del Guadalquivir, entre Huelva y Cádiz. Pero hoy las teorías de Schulten han sido rebatidas por otros arqueólogos. Algunos coinciden en señalar la ría de Huelva como el lugar más probable del emplazamiento de la fabulosa ciudad. Ciertamente, en torno a esta ría se agrupan muchos yacimientos de lo que podríamos denominar mundo tartésico, entre ellos el barco naufragado con un cargamento de armas de bronce que apareció en el fondo de esa ría; además, en esta región estarían las principales minas tartésicas. Pero igualmente se podrían acumular argumentos a favor de otras candidaturas. Algunos lo han señalado en Sevilla, otros en la zona de Murcia, en Algeciras, en Tortosa, en Jerez, incluso en Túnez o en la costa atlántica marroquí. La identificación de Tartessos con la Baja Andalucía, iniciada en 1598, procede del hecho de que Estrabón llame también turdetanos a los pobladores de esta región. Para Nuria Sureda debe valorarse más la zona oriental de la Turdetania, entre los ríos Almanzora y Segura. «El Monte de la Plata —escribe— debe situarse más cerca de la osta mastiena, tal vez en el Cabezo Negro de Mazarrón». Esta hipótesis, asegura la autora citada, «muestra en conjunto una historia de Tartessos coherente, apoyada por las fuentes escritas».



Disco áureo tartésico procedente del sur de Portugal (según Maluquer).

Con los datos que la arqueología y la historia han aportado hasta ahora, nada concluyente se puede afirmar sobre la existencia de una ciudad de Tartessos. Lo único que parece libre de toda duda es que Tartessos fue un reino nacido de la aceptación,

por una serie de pueblos distintos, de una autoridad central necesaria para coordinar la explotación y comercio de la riqueza mineral y también agrícola de una amplia zona comprendida entre las cuencas fluviales del Guadiana y el Segura, es decir, Andalucía y Levante desde Huelva a Cartagena. Después de la época tartésica aquella tierra estuvo poblada por diversos pueblos iberos, entre ellos los turdetanos, asentados en el valle del Guadalquivir. Sí damos crédito a lo que Estrabón dice de ellos, concluiremos que sin duda merecen el título de herederos de la cultura tartésica: «Tienen fama de ser los más cultos de los iberos, poseen una gramática y tienen escritos de antigua memoria, poemas y leyes en verso que ellos dicen de seis mil años. Los demás iberos tienen también su gramática, pero menos uniforme». Esta «gramática» debe interpretarse como sistema de escritura. Pero el tema de la escritura ibérica será tratado más extensamente en el capítulo sexto de este libro. Aquí sólo cabe añadir que quizá del hallazgo de inscripciones reveladoras o incluso de verdaderos archivos —que todo ello puede depararnos el futuro, como ya deparó el pasado a muchas civilizaciones de Oriente— dependa el definitivo y satisfactorio esclarecimiento de ese enigma que se llama Tartessos.

BIBLIOGRAFÍA

Alvar, Jaime, y José María Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tartesos*, Ed. Cátedra, Madrid, 1993.

Alvarado, Javier, *Tartessos, Gárgoris y Habis*, Ed. Nueva Acrópolis, Madrid, 1984.

Maluquer de Motes, Juan, *Tartessos, la ciudad sin historia*, Destino, Barcelona, 1984.

Schulten, Adolf, *Tartessos*, Espasa Calpe, Madrid, 1972.

Sureda, Nuria, *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*, Universidad de Murcia, 1979.

Los Fenicios.

LOS FENICIOS

Fenicios, «los de la púrpura» los llamaron los griegos. Los tejidos teñidos con púrpura eran, en la Antigüedad, un artículo de lujo que sólo los potentados podían costearse. El tinte se extraía del molusco *murex*, que abundaba en las costas fenicias. De hecho la bíblica Canaán no es otra cosa que el «país de la púrpura».

Para los griegos, a cuyos textos tendremos que acudir reiteradamente, pues son los grandes cronistas de esta historia, la prosperidad fenicia, que en su día fue envidiada por todo el Mediterráneo, procedía del humilde *murex* a partir del cual se fueron amasando las primeras grandes fortunas que luego se invertirían en fletar orondos cargueros con los que los fenicios comerciaron por todo el mundo conocido e incluso por el todavía desconocido.

Pero el molusco *murex* no puede explicarlo todo. Además estaba la geografía. El fenicio, dice Heródoto, era un pueblo «botado al mar por su geografía». Podemos comprobarlo echando una leve ojeada al mapa. Los fenicios vivían en la fachada oriental del Mediterráneo, donde hoy está el Líbano. Su país era una débil franja costera aislada del continente por una cadena de montañas, los montes del Líbano, cubiertas entonces por espesos bosques de cedros. Lo que los fenicios necesitaban para construir sus excelentes naves, e incluso para suministrar madera de alta calidad y precio al Egipto faraónico, siempre tan necesitado de materiales de construcción. Por cierto que el símbolo del Líbano actual sigue siendo el cedro de sus montes, aunque de los bosques de la Antigüedad queda poco más que el recuerdo.

Doce siglos antes de Cristo, los países costeros del Mediterráneo oriental sufrieron la invasión de unos misteriosos «pueblos del mar». Reinos centenarios que parecían establecidos para la eternidad se vinieron abajo estrepitosamente en el plazo de unos años. La desaparición del imperio hitita por el Norte y el debilitamiento de Egipto por el Sur creó un vacío de poder en toda la fachada oriental del Mediterráneo, donde ahora están Israel, Líbano y Siria. En esta franja costera fueron germinando débilmente, a lo largo del siglo XI a. de C, una serie de estados independientes: al Norte, los fenicios; al Sur, los filisteos, y tierra adentro, arameos y hebreos.

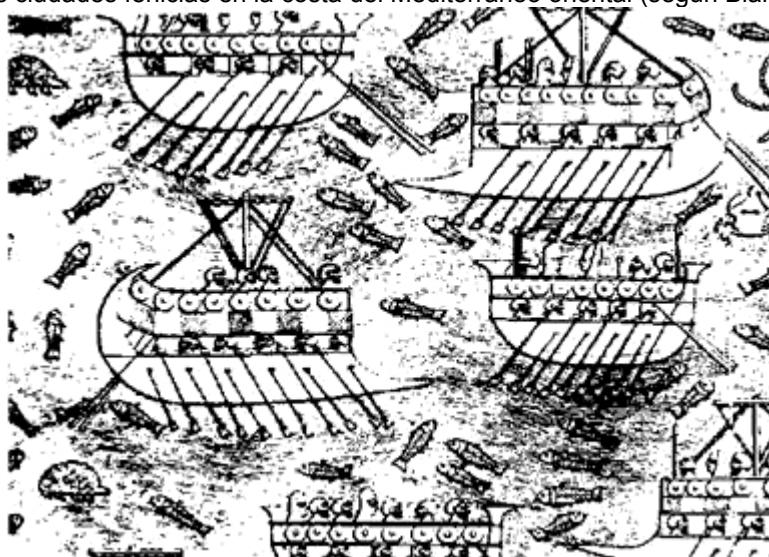
LAS CIUDADES DEL MAR

Fenicia nunca fue un Estado unificado en la moderna acepción del término. Era, simplemente, un conjunto de ciudades más o menos importantes cuyos habitantes vivían del comercio marítimo y de la industria relacionada con él, es decir, astilleros, factorías de artículos manufacturados y de elaboración de las materias primas que los barcos suministraban. Si pensamos en el papel del comercio inglés de la época victoriana, aspirante a monopolizar y explotar las fuentes de riqueza allá donde se encontraran, podríamos atrevernos a decir que los fenicios fueron los ingleses de la Antigüedad. «Fenicia fue ilustre —escribe Pomponio Mela— por los fenicios, raza de hombres hábiles y bien dotados para los oficios de la guerra y de la paz; ellos inventaron las letras y otras obras de la literatura y de las artes, como recorrer los mares con naves, combatir con escuadras y gobernar a los pueblos, así como el despotismo y la guerra». Para otro escritor clásico, Diodoros, «los fenicios allegaron grandes riquezas en el comercio de la plata. Gracias a este comercio, que realizaron durante mucho tiempo, crecieron hasta el punto de poder fundar colonias en Sicilia e islas cercanas, en África y Cerdeña y en Iberia». Incluso en su emplazamiento mostraban vocación marinera las ciudades fenicias. Procuraban construirlas sobre islas (Tiro, Arados) y, cuando no había isla, sobre penínsulas (Biblos, Sidón, Beritos —la moderna Beirut—). Podríamos añadir Cádiz a la lista, puesto que, aunque es probable

que estuviera poblada antes de la llegada de los fenicios, allí establecieron ellos su principal colonia de Occidente.



Las ciudades fenicias en la costa del Mediterráneo oriental (según Blanco).



Naves fenicias dotadas de espolón, según un relieve asirio del Siglo VII a. de C.

En ciertos aspectos estas ciudades eran sorprendentemente modernas. Como la condición insular limitaba la expansión del casco urbano, las ciudades tenían que crecer en altura a base de construir edificios de pisos rematados en terrazas. Algunos de ellos, probablemente los de las familias más pudientes, estaban dotados de esbeltas torrecillas desde las que se podía atalayar el mar, fuente de toda prosperidad. Estas terrazas estaban adornadas con plantas y emparrados, a usanza mesopotámica.

El emplazamiento insular de los fenicios no se explica sólo por su apego al mar. Era también una precaución: la ciudad marinera era fácil de defender de enemigos externos, particularmente si además contaba con una formidable escuadra. Por que Fenicia tenía la desgracia de estar rodeada de poderosos vecinos que envidiaban su riqueza y la esquilaban periódicamente: Asiria, Babilonia, Egipto, Israel, griegos y filisteos.

El gobierno de la ciudad estaba en manos de una oligarquía adinerada, un consejo de ancianos que no era otra cosa que un consejo de administración, aunque la cabeza visible fuera un rey representante de la familia más poderosa, erigida en dinastía a la usanza oriental.

Para el hombre mediterráneo de su tiempo, fenicio era sinónimo de excelente navegante, de comerciante astuto y sin escrúpulos e incluso de pirata. La piratería

estaba considerada otra forma de lucro relacionada con el mar. De todas esas actividades existía una tradición sólidamente establecida en el Mediterráneo oriental desde las talasocracias que precedieron a los fenicios, principalmente Creta y Micenas. Los fenicios nunca alistaron grandes ejércitos en tierra. A menudo se contentaban con pagar mercenarios que hiciesen el trabajo sucio. Pero en el mar procuraron contar siempre, junto a la flota comercial más potente de su tiempo, con otra flota de guerra que la protegiera. Eran barcos de estilizada línea, muy veloces y marineros, y dotados de un temible espolón de proa, que actuaba como ariete y servía para abrir grandes vías de agua y echar a pique las naves enemigas. Por cierto que este revolucionario invento, al que se atribuyó la supremacía naval fenicia, se continuaría usando en el Mediterráneo hasta después de la batalla de Lepanto, casi dos milenios y medio más tarde.

LA TIERRA DE PASO

La desgracia de Fenicia, y probablemente la del resto de los inquilinos que ha ocupado su privilegiado solar a lo largo de la historia, residía en la indefinición de sus fronteras y en su condición de tierra de paso estratégicamente situada entre tres continentes.

La potencia de Fenicia estaba en el mar; su debilidad en tierra. Las ciudades fenicias nunca supieron defenderse de sus belicosos vecinos. A la postre, su carencia de insularidad les dejaba a merced de las grandes potencias que se sucedían en el control de la región. En el siglo VIII a. de C. tuvieron que reconocer la autoridad de Asiría. A pesar de ello el comercio mediterráneo era tan boyante que las riquezas de las ciudades fenicias no dejaron de aumentar. En 701 a. de C, Senaquerib las conquistó, a excepción de Tiro. En 586 a. de C, fueron sojuzgadas por Babilonia. Otra vez la poderosa Tiro se resistió, pero acabaría sucumbiendo en el año 573 a. de C, después de un asedio de trece años. Cuando Nabucodonosor II terminó sus conquistas, el imperio babilónico entró en franca decadencia. En 539 a. de C. Ciro II conquistó Babilonia y la añadió a su imperio, junto con todas sus posesiones, ciudades fenicias incluidas. Dos siglos más tarde este floreciente imperio se incorporó al de Alejandro Magno. Toda Fenicia se entregó sin resistencia al nuevo señor de Oriente, excepto, lógicamente, Tiro. Pero Tiro sucumbiría en el año 332 a. de C, después de un asedio de siete meses del que hablaremos más adelante.

EL TEMPLO DE JERUSALÉN

Uno de los vecinos de Fenicia, Israel, había llegado a ser muy poderoso. Su rey David, en su origen un simple pastor, deseaba construir un palacio que estuviese a la altura de su condición de nuevo rico y prestase brillo a la dinastía que quería fundar. Pero Israel, pueblo nómada hecho a ir de un lado a otro en busca de pastos y pozos para sus rebaños, no poseía tradición constructiva alguna. Faltaban, por tanto, arquitectos y artesanos. El rey de Tiro, Hiram, no tuvo inconveniente en facilitárselos. Así pues los fenicios construyeron el palacio de David. Esta colaboración se prolongaría e intensificaría durante el reinado de Salomón, hijo y sucesor de David. Cuando Salomón (961-923 a. de C.) quiso levantar una digna morada para el exigente Jehová, Hiram le envió los mejores arquitectos y artífices de su ciudad.

El templo que levantaron los fenicios en Jerusalén seguiría el modelo de los *hitanis* o palacios hititas, un trazado que estuvo muy divulgado por Oriente Medio. Estaba precedido por dos imponentes columnas tan singulares que incluso tenían nombre propio: Joaquín y Boaz. Éstas y otros elementos del templo, del que sólo se conoce su descripción en uno de los libros de la Biblia, han suministrado durante siglos un ilustre origen a ciertas sociedades secretas que se proclaman herederas de los saberes de los constructores del templo de Salomón, entre ellas la Masonería. Por cierto que en otros templos fenicios seguimos encontrando las mismas notables columnas. Cuando Heródoto habla del templo erigido a Melkart en Tiro, escribe: «Entre las ricas ofrendas había dos columnas, la una de oro acendrado; la otra, de piedra esmeralda que de

noche resplandecía sobremanera».

Pero esto no fue todo. Salomón, rey de tierra adentro pero dotado de aspiraciones imperiales, anhelaba poseer una flota propia con la que comerciar con lejanas tierras. Hiram le facilitó técnicos que construyeran las naves y marinos que adiestraran a los suyos en las artes de la mar. La flota de Ofir regresó a Israel con casi quinientos talentos de oro; la de Tarsis regresaba cada tres años cargada de productos exóticos, de metales preciosos, de monos y pavos reales. Conociendo lo celosamente que los fenicios procuraban proteger sus monopolios, se hace difícil creer que el naviero fuera Salomón, aunque lo sostenga la Biblia.

LA VUELTA A ÁFRICA

Hacia el año 600 a. de C, el faraón Nekko II (también se escribe Neco) quiso hacer un viaje experimental para averiguar la extensión del continente que contenía las fuentes del Nilo. Se trataba de que una escuadra partiera de sus puertos del mar Rojo con rumbo Sur y circunnavegara África regresando por el Mediterráneo. Veamos lo que nos cuenta Heródoto: «Despachó en unas naves a ciertos fenicios con orden de que a la vuelta navegaran a través de las Columnas de Hércules (es decir, el estrecho de Gibraltar) y regresaran a Egipto por el Mediterráneo. Partieron, pues, los fenicios del mar Eritreo e iban navegando por el mar del Sur; cuando llegaba el otoño desembarcaban en cualquier punto de África, sembraban y aguardaban el tiempo de la siega. Recogida la cosecha, se hacían nuevamente a la mar de suerte que, pasados dos años, al tercero doblaron las Columnas de Hércules y llegaron a Egipto. Y contaban lo que para mí no es creíble, aunque para otros quizá sí: que navegando alrededor de África habían tenido el sol a la derecha».

Conmovedora prudencia la de Heródoto al comunicarnos sus reservas sobre este curioso dato que, paradójicamente, es el que acaba de confirmarnos la veracidad de la hazaña fenicia. En efecto, al subir por las costas atlánticas de África debieron tener el sol a la derecha, lo que, a unos marinos que desconocían la brújula y nunca se habían arriesgado fuera del Mediterráneo, les debió parecer cosa maravillosa.

Tiempo después, en el siglo V a. de C. otro explorador fenicio (en puridad cartaginés, pero Cartago era colonia fenicia) volvió a explorar las costas africanas y dejó escrita una narración de su experiencia, *El periplo de Hannon*. El objeto de esta expedición era fundar colonias cartaginesas en las costas del misterioso continente. Para ello fletaron sesenta navíos pesados, de los denominados penteconteras, en los que embarcaron tres mil colonos de uno y otro sexo con abundantes pertrechos y provisiones. La flotilla descendió por las costas atlánticas hasta el Senegal pero fracasó en su propósito y hubo de regresar a Cartago cuando se acabaron las provisiones llevando, entre otros recuerdos de África, las pieles de algunos gorilas que habían cazado creyendo que se trataba de mujeres nativas.

Las navegaciones de los fenicios no eran tan arriesgadas como serían, muchos siglos después, las de los exploradores portugueses y españoles. Los fenicios practicaban una navegación de cabotaje, es decir, siguiendo la costa y procurando no perderla de vista. Incluso solían pernoctar en tierra, al abrigo de puertos o refugios naturales. Por este motivo muchas de sus factorías y colonias distaban entre ellas sólo un día de navegación.

LOS BUHONEROS DEL MEDITERRÁNEO

Al margen de las anecdóticas incursiones por el Índico y el Atlántico, que estudiaremos más adelante, el dominio propio de las naves fenicias fue el mar Mediterráneo en cuyas costas no dejaron rincón por explorar. ¿Qué buscaban? En un principio plata, estaño y oro, los metales que escaseaban en los países de Oriente. Los mejores yacimientos de plata estaban en el sur de la península Ibérica; los de estaño, en Galicia y las Casitérides (islas Británicas); los de oro y marfil, en África. Más adelante la actividad comercial fenicia se diversificó para abarcar otros productos tales como conservas de

pescados y esparto.

En un principio este comercio se ejercía según el rudimentario procedimiento del trueque. Llegaban las naves fenicias a una playa e intercambiaban sus baratijas y productos manufacturados por los metales preciosos que les traían los indígenas en forma de lingotes. Un cuadro que, por cierto, se repetiría con escasas variantes en el comercio entre europeos e indígenas americanos muchos siglos después.

Andando el tiempo, hacia el siglo V a. de C, los púnicos acuñaron moneda, lo que agilizaría extraordinariamente el intercambio comercial. Para entonces se habían establecido firmemente en los territorios mineros y explotaban casi directamente los yacimientos.

LA CAÍDA DE TIRO

El golpe de gracia que arrastró a Fenicia a su decadencia fue la pérdida de la hegemonía de Tiro, su ciudad más poderosa. Hay un memorable episodio que ilustra la tenacidad de la ciudad y la de su más famoso conquistador. Alejandro Magno, el caudillo griego, apenas había cumplido veinticuatro años y, no conforme con ser el hombre más poderoso de su tiempo, aspiraba al dominio del mundo conocido, ambición que, de no haber muerto prematuramente, a la temprana edad de treinta y tres años, es posible que hubiese logrado. Cuando Alejandro se dirigió a la conquista de Egipto, al frente de un ejército de cuarenta mil hombres, al que seguía por mar una escuadra de ciento sesenta naves, la única ciudad del camino que se negó a abrirle sus puertas fue Tiro. El joven Alejandro decidió aplazar su empresa egipcia hasta que conquistase aquel emporio desde el que se controlaba buena parte del comercio mediterráneo. No era tarea fácil. Tiro era una isla enfrente de las playas del continente. Todo su entorno estaba amurallado hasta el borde del mar, de modo que ni siquiera quedaba espacio para intentar un desembarco de tropas. A los poderosos babilonios les había llevado nada menos que trece años rendir aquella ciudad. Pero Alejandro no se arredró por las dificultades. ¿Acaso no disponía de los mejores ingenieros militares del mundo? Decidió construir un istmo artificial de seiscientos metros de largo que convirtiese aquella isla en península y le permitiese atacarla por tierra.

Pasaron los meses y las obras del istmo progresaban fatigosamente pues los habitantes de la ciudad hacían todo lo posible por entorpecerlas hostigando con sus flechas a los obreros. Cuando el dique estuvo por fin construido, grandes torres de madera rodaron por su calzada camino de la ciudad. Aquellos artilugios, llamados *helepolos*, constaban de una serie de pisos superpuestos desde cuyas plataformas los arqueros de Alejandro hostigaban a los defensores de la muralla. Si concedemos crédito a los autores antiguos, tendrían unos cincuenta metros de altura, con lo que dominarían sobradamente las defensas fenicias.

Tiro cayó fatalmente en manos de Alejandro Magno y el dique que construyeron los griegos alteró la geografía del litoral. A lo largo de dos milenios las mareas han ido acumulando arena a uno y otro lado y hoy la antigua isla es una península unida a la costa por un amplio istmo, cuyo origen artificial nadie sospecharía a primera vista.

SACRIFICIOS HUMANOS

La religión fenicia es, en su origen, una típica religión mediterránea cuyos mitos reproducen la alternancia anual propiciatoria de las cosechas. Esto nos indica que aquella sociedad fue agrícola antes que marinera, como todos sus vecinos del Oriente Próximo.

La religión se organizaba en torno a una tríada de dioses: el dios mayor, su esposa y un dios joven. El dios máximo o Él gobernaba sobre una serie de divinidades que vienen a ser manifestaciones locales de la tríada, entre ellos Baal o «señor», dios de los fenómenos atmosféricos; Dagon, dios de los cereales y las cosechas, y Aliyan-Baal, de las aguas subterráneas y manantiales.

Melkart, dios mayor de Tiro, se identificó, en los autores clásicos, con el Heracles

griego, y su pareja, Astarté, primitiva diosa de la fecundidad equivalente a la Ishtar babilónica, con Afrodita, la diosa del amor. Estos dioses, implantados en las colonias de Iberia, ejercerían profunda influencia en el sur de nuestra península. Algunos autores han querido relacionar ciertos aspectos de la moderna devoción popular a la Virgen María con per vivencias del culto a la deidad femenina fenicia. En cualquier caso, la religión constituye uno de los más sólidos valores culturales aportados por los fenicios a nuestra península. Representaciones de estos dioses y objetos de culto a ellos asociados aparecen en los yacimientos ibéricos incluso en niveles de época ya plenamente romana.

Un terrible aspecto de la religión fenicia fueron los sacrificios humanos con los que, cuando la comunidad se sentía en peligro, se intentaba aplacar la cólera de la divinidad. El historiador Diodoros se refirió a estos sacrificios en un pasaje de su obra: «Decidieron sacrificar en una gran fiesta a doscientos niños de las familias más importantes de la ciudad». Otro escritor antiguo. Tertuliano, transmite la terrible escena en que los padres «ahogaban en besos y caricias los alaridos de los niños» cuando los llevaban al sacrificio. Durante mucho tiempo, la posteridad, horrorizada, se negó a dar crédito a estos testimonios y los consideró mero infundio urdido por la propaganda del enemigo romano. No obstante, a principios de los años veinte de nuestro siglo, un descubrimiento arqueológico vino a confirmar los horrores de aquella práctica: en el solar de la antigua Cartago apareció una lápida en la que figuraba un sacerdote llevando en brazos a un niño. Sus descubridores excavaron en el lugar donde había aparecido la piedra y a seis metros de profundidad dieron con un subterráneo. Se trata de un templo, hoy conocido como «santuario de Baal» o «de Tanit», donde se han encontrado miles de urnas funerarias que contienen restos humanos carbonizados. Estas urnas aparecen a distintos niveles que van del siglo VIII a. de C. hasta la destrucción de Cartago en el III. Un examen de los huesos confirma que se trataba de niños, los más jóvenes de tan sólo unos meses de edad y los mayores de apenas diez años.

LA CULTURA FENICIA

Es casi inevitable que asociemos a los pueblos de la Antigüedad con sus creaciones materiales y, a ser posible, artísticas, que hoy rescatan los arqueólogos y exhiben los museos. A los egipcios los relacionamos con las pirámides; a los griegos con los templos columnados y las hermosas estatuas; a los romanos, con las grandes obras públicas. Pero a los fenicios no los podemos identificar con ninguna creación original. Lo más característico que produjeron, su flota, desapareció con ellos. En lo que se refiere a sus manifestaciones artísticas, sólo cabe indicar que su eclecticismo les restó originalidad. Como en un Tafwan de la época, no intentaban ser originales sino fabricar aceptables imitaciones de todo lo que se vendiera bien. Gente más proclive a la obtención de beneficios que a la pura recreación estética, no produjeron grandes obras destinadas a concitar la admiración de la posteridad, sino creaciones artesanas, a ser posible fabricadas en serie, pequeñas y fáciles de transportar y comercializar. El mérito fenicio fue servir de vehículo de intercambio cultural. Gracias a ellos entraron en contacto las más distantes riberas del Mediterráneo.

Lo que podríamos denominar arte fenicio, más artesanía que arte, se reduce a placas de marfil, joyas, máscaras, sarcófagos, estelas, orfebrería y cerámica. En ellas armonizan estilos tan dispares como los de Grecia, Asia Menor, Egipto y Mesopotamia. Es de esperar que, cuando se intensifiquen las excavaciones, los yacimientos del sur de nuestra península rendirán todo un tesoro de manifestaciones de este arte fenicio. Mientras tanto, hemos de conformarnos con admirar obras tan acabadas y perfectas como los sarcófagos antropoides de Cádiz. El del varón fue tallado en alabastro por un escultor chipriota, probablemente hacia mediados del siglo V a. de C; el de la mujer, data del siglo IV a. de C.

Muchas de las obras fenicias a las que hemos aludido son creaciones de artesanos chipriotas. En Chipre existía, desde época antigua, una intensa tradición artesanal en la que se acusaban influencias tanto griegas como orientales.

EL ALFABETO

Probablemente la mayor contribución de los fenicios a la humanidad fuera el desarrollo del alfabeto. Este alfabeto parte de ciertos precursores, entre los que cabe citar el protocananeo y el cuneiforme alfabético (cuyo número de signos oscila entre 27 y 30). Hacia el siglo XIII a. de C. las letras del protocananeo eran ya veintidós. A poco, el trazado de estas letras se regularizó, así como el sentido horizontal de la escritura y la correspondencia de un signo por letra representada. Este nuevo estadio de evolución recibe el nombre de Fenicio. Sus inscripciones más antiguas se datan hacia el año 1000 a. de C. Una de las más notables se encuentra en el sarcófago de un rey de la ciudad de Biblos llamado Agram que se había hecho sepultar con el solemne ceremonial de un faraón egipcio. Tres siglos después, este alfabeto era ya conocido en Mesopotamia y en la península Ibérica como veremos en otros lugares de este libro.

LOS FENICIOS EN ESPAÑA

Mil años antes de Cristo ya habían llegado los fenicios a las costas del sur de la península Ibérica. Andando el tiempo, gentes de Tiro fundaron allí una serie de colonias: Gades, Malaka, Sexi, Abdera; y factorías o fábricas: Aljaraque, Toscanos, Morro de las Mezquitillas y Guadalhorce.

Mencionamos, por supuesto, las que aparecen en las fuentes o las que modernamente han descubierto los arqueólogos, pero es seguro que existen otras muchas cuyos nombres y situación no conocemos todavía. La luminosa Cádiz se hace ciudad —próspera ciudad, la más antigua de Europa— con los fenicios, sea o no fenicio su origen, que eso está por aclarar. «Sobre la fundación de Cádiz —cuenta Estrabón— ve aquí lo que dicen recordar sus habitantes: un oráculo ordenó a las gentes de Tiro que fundaran una colonia en las Columnas de Hércules. Los exploradores enviados llegaron hasta el estrecho que hay junto a Kalpe y creyeron que sus promontorios eran los límites de la tierra habitada y el término de los trabajos de Hércules, suponiendo que allí estaban las columnas mencionadas por el oráculo (...) pero, como en este lugar de la costa ofreciesen un sacrificio y las víctimas no se mostraran propicias, regresaron. (A otra expedición enviada le sucedió de forma parecida). En la tercera expedición fundaron Cádiz y alzaron el santuario a Oriente de la isla y la ciudad a Occidente».

El santuario de Melkart en Cádiz se haría famoso con el tiempo y perduraría en época romana bajo la advocación de Hércules, cuyas cenizas se custodiaban allí, según Pomponio Mela. La pureza del culto fenicio se mantendría hasta el punto de que los romanos tuvieron que prohibir la práctica de sacrificios humanos. Naturalmente el caso de Cádiz fue excepcional. Las restantes colonias y factorías fenicias fueron mucho más modestas. Por lo general se trataba de pequeños poblados situados en la costa o junto a la desembocadura de un río. A veces se encuentran necrópolis emplazadas en las colinas vecinas, como en los casos de Trayamar y Almuñécar. Por cierto que en esta última se ha producido un interesante hallazgo: urnas egipcias de alabastro con sus correspondientes cartelas jeroglíficas, que sirvieron como urnas funerarias para alojar las cenizas de los muertos después de la cremación. ¿Cómo han llegado hasta aquí? La explicación es simple: ya en la Antigüedad existía un activo comercio de objetos de lujo egipcios procedentes del saqueo de las tumbas del valle del Nilo.

Entre el 1000 y el 500 a. de C. se multiplicaron las colonias fenicias en las costas meridionales de España y en las Baleares. Algunas crecieron hasta convertirse en ciudades: Malaka (Málaga), Sexi (Almuñécar), Abdera (Adra). Desde ellas, los fenicios encauzaban el comercio de los metales que tanto abundaban en el Sur. Sobre esta base mantendrían activo comercio con los tartesios y demás poderes indígenas. Pero,

como hemos visto, en 573 a. de C. Nabucodonosor conquistó la lejana metrópoli de Tiro y este desastre favoreció indirectamente a Cartago, la floreciente colonia africana, que muy pronto vino a sustituir a Tiro en el comercio púnico occidental.

Eran tiempos de creciente competencia. También los griegos foceos y los etruscos pugnaban por obtener su cuota de mercado en Iberia y el Mediterráneo occidental. La rivalidad fue creciendo hasta que finalmente hizo crisis en la batalla naval de Alalia (535 a. de C.) donde la escuadra griega fue derrotada por la cartaginesa. Después de este episodio, el mar se repartió en zonas de influencia y los cartagineses pudieron disfrutar del monopolio del comercio con las costas levantinas y andaluzas hasta su derrota y sustitución por Roma.

¿FENICIOS EN AMÉRICA?

Para los griegos y los romanos, que informan la Antigüedad clásica de Occidente, el mundo se circunscribía al Mediterráneo y terminaba en las míticas Columnas de Hércules, es decir, en el estrecho de Gibraltar. Más allá, todo era misterio. No obstante, las costas atlánticas debieron ser conocidas para ciertos comerciantes mediterráneos del primer milenio a. de C. Estas navegaciones constituían un secreto celosamente guardado por los fenicios y las otras potencias marítimas que se aventuraron por aquellas aguas. La política de sigilo estaba destinada a disuadir a los posibles competidores y asegurarse el monopolio de la explotación de productos exóticos.

Los fenicios establecieron dos rutas: una circunnavegaba Europa; la otra descendía por la costa africana. Sus intereses atlánticos eran variados: estaño de las islas Casitérides (Británicas); ámbar del mar del Norte; y un sucedáneo de púrpura obtenido de la sangre de un lagarto que abundaba en las islas Canarias. También explotaban las ricas pesquerías del litoral africano. Posiblemente fueron los propios fenicios los que difundieron la imagen de un inhóspito océano poblado de terribles monstruos, arteras corrientes e insondables remolinos. Así salvaguardaban los secretos de sus exploraciones y descubrimientos. El océano se convirtió, en las mitologías antiguas, en el lugar misterioso donde se situaban los Campos Elíseos y el Jardín de las Hespérides.

Las escasas noticias geográficas filtradas por la censura fenicia y desvirtuadas al transmitirse de un autor a otro conformaron la creencia en la existencia de islas o tierras al otro lado del Atlántico. Los antiguos no tenían la certeza de que existiera América pero quizá lo sospechaban. Plutarco, en el siglo I, sitúa el reino de Merope en un continente al otro lado del Atlántico. Un personaje de Claudio Elién, griego del siglo III, sostiene que el Viejo Mundo es una isla y que al otro lado del océano existe un gran continente rico en oro y plata. Ya vimos, páginas atrás, que Platón hablaba asimismo de un continente desconocido que se extiende al otro lado de la isla Atlántida. Aristóteles y Plinio mencionan islas atlánticas, quizá espacios concretos distintos del mítico Jardín de las Hespérides. Plinio (*Historia Natural*, IV, 31) es sorprendentemente preciso: «A cuarenta días de navegación de las islas Borgadas (¿Cabo Verde?), están las Hespérides (¿Antillas?).» ¿Se trata de una simple coincidencia o está relatando noticias que ha obtenido de alguna fuente fenicia?

Las menciones clásicas directas o indirectas del mar de los Sargazos son igualmente abundantes. Las encontramos en Timaios, en el periplo de Scylax y en el llamado Pseudo Aristóteles. Con notable precisión señalan que este mar se encuentra a cuatro días de navegación de Cádiz. Los romanos lo denominaban *mare yadosum*.

Existen, además, indicios de otras exploraciones fenicias. Una nave gaditana fletada por el griego Eudoxo alcanzó la isla Madera (isla de Eudoxos). Puestos a imaginar otras exploraciones fenicias de las costas atlánticas, es posible que llegados a la costa occidental del África Austral, tomasen la corriente ecuatorial que los llevaría a Brasil y las Guayanas. Decisión y pericia no faltaron a los fenicios. Pensemos que la circunnavegación de África que ellos completaron en sólo tres años costaría a los

portugueses casi un siglo en tiempos de Colón. No obstante, la proeza de cruzar el Atlántico aprovechando los alisios entraña, necesariamente, un conocimiento de estos vientos que no sabemos si los fenicios poseyeron.

La hipótesis del descubrimiento de América por los fenicios es muy antigua. El propio Colón estaba convencido de que la flota fenicia que cada tres años llevaba oro y productos exóticos a Salomón anclaba frente a las costas de Veragua. Hornio, en 1652, y un siglo más tarde Alejandro Vanegas señalaron exploraciones fenicias en Haití, Cuba y Centroamérica. Fernández de Oviedo relaciona, por su parte, el mito platónico de la Atlántida con las navegaciones cartaginesas a través del océano. Más recientemente, M. Boland establece que las exploraciones púnicas de América se produjeron en tres periodos en torno a los años 480, 310 y 146 a. de C. Esta última fecha correspondería a la destrucción de Cartago por los romanos. Una parte de la flota púnica atravesaría el Atlántico perseguida por otra flota romana (lo que explicaría el hallazgo de monedas y clavos de barco romanos en las costas de Venezuela).

FANTASÍAS CRIOLLAS

Desde mediados del siglo pasado, la hipótesis de las navegaciones salomónicas en América ha recibido nuevo impulso de la mano de autores como Brasseur de Bourbourg y el excéntrico lord Kingsborough, que encuentran en la Biblia menciones de América que habían pasado desapercibidas a muchas generaciones de exegetas. Por ejemplo: «A todos los reyes de Tiro y a todos los reyes de Sidón, y a los reyes de las islas que están más allá de los mares», como leemos en Jeremías 25, 22. Ya dijimos, páginas atrás, que la flota salomónica, manejada por nautas fenicios, empleaba tres años en cada viaje a Tarsis y regresaba con un cargamento de oro, plata, colmillos de elefante, monos y pavos. Tradicionalmente se ha identificado el Tarsis bíblico con Tartessos, ciudad o reino situado en la Baja Andalucía. Ofir, por su parte, podría ser algún punto del litoral etíope o quizá Malasia. Pero los partidarios de las antiguas navegaciones transatlánticas fenicias insisten en que los topónimos de Parvaim, Ofir y Tarsis corresponden a tierras americanas. Con meritoria paciencia, Onffroy de Thoron examinó los mapas de Perú hasta encontrar dos ríos llamados Paru, cuyo plural hebreo, Paruim, correspondería al Parvaim bíblico. En otro notable esfuerzo de imaginación descubrió que la famosa *puerta del sol* de Tiahuanaco está inspirada en la Puerta de Ishtar de las murallas de Babilonia. Pero esto va entrando ya en el terreno de la ficción histórica, género que los fenicios, siempre tan apegados a la realidad, hubiesen seguramente reprobado.

EL ENIGMA DE LAS CRONOLOGÍAS

Dios creó el mundo exactamente a las nueve de la mañana del veintitrés de octubre del año 4004 a. de C, si admitimos las conclusiones del arzobispo Ussher y otros sabios ingleses del siglo XVII. Hoy cualquier alumno de básica, no necesariamente aplicado, está en condiciones de rebatir esta dogmática afirmación, pero en su tiempo fue universalmente aceptada, incluso por inteligencias tan preclaras como la de Isaac Newton.

Casi nadie reparó en los estudios del erudito José Justo Escalígero (1540-1609) que basándose en la *Historia de Egipto* de Manetón, un estudioso alejandrino del siglo II a. de C, dedujo que la primera dinastía egipcia se remontaba al año 5285 a. de C. Según este cómputo, la monarquía egipcia resultaba ser anterior a la creación del mundo calculada por el arzobispo Ussher. ¿Cómo resolver el conflicto? En una época que supeditaba la ciencia a la religión nadie se atrevía a poner en entredicho la autoridad de la Biblia. Por lo tanto Escalígero y sus discípulos tuvieron que inventarse un absurdo Periodo «proléptico» o de historia anticipada, anterior a la Creación, e incluso decidieron que las dinastías egipcias enumeradas por Manetón no fueron sucesivas sino simultáneas, que Egipto es muy grande, con lo cual se salvaba airosamente el problema.

En el Siglo de las Luces, el XVIII, todavía se mantenían las dudosas cronologías heredadas de la época anterior, pero, a partir del desciframiento de los jeroglíficos egipcios, en 1822, no hubo más remedio que ir aceptando que la historia del hombre era mucho más antigua de lo que hasta entonces se había mantenido. En 1859, la divulgación de las teorías evolucionistas de Darwin desacreditó definitivamente la cronología bíblica y obligó a los más reticentes científicos a aceptar los antiquísimos orígenes del hombre. Desde entonces se hizo dogma la creencia en el constante progreso de la especie humana desde un estadio semianimal hasta el autocomplaciente desarrollo científico y técnico del siglo XIX.

La arqueología es una ciencia joven y, por consiguiente, relativamente vulnerable. Un nuevo hallazgo puede, teóricamente, echar por tierra largos años de ardua labor e hipótesis pacientemente construidas. Esto no es nada nuevo. Por las frecuentes revisiones parciales a que se ve sometida, casi podemos afirmar que la arqueología es una ciencia en permanente estado de crisis.

Cuando el historiador del siglo XIX se asomaba al abismo de los milenios de evolución humana se planteaba un arduo problema: ¿cómo fechar los estigios que los arqueólogos desenterraban por todas partes? Cuando existen testimonios escritos, periodización de la historia viene dada en las feos contenidas en anales, crónicas, y listas dinásticas reales, pero la escritura se desarrolló muy tardíamente. ¿Y los milenios de lenta evolución humana que la precedieron? Los primeros arqueólogos, sin otro auxilio que el del sentido común, observaron que los estratos o niveles de un yacimiento presentan una ordenación cronológica natural: los restos o piezas más profundos son más antiguos que los que están por encima de ellos, más cercanos a la superficie, en niveles que se han sedimentado posteriormente. Cuando se excava un yacimiento importante, por ejemplo una ciudad, no es infrecuente que aparezcan hasta nueve niveles sucesivos, es decir, nueve ciudades superpuestas, como ocurrió en Troya, las nueve Troyas que se fueron sucediendo en aquel estratégico solar desde la prehistoria hasta la época romana. Esto se debe a que hasta época relativamente reciente la nueva casa se construía sobre los escombros de la antigua, dado que transportar los escombros a un terreno improductivo fuera de la población resultaba prohibitivo.

La división de la prehistoria en tres edades, debida al danés Christian Thomsen (1788-1865), ofreció una sucesión cronológicamente válida que todavía mantiene su vigencia: la piedra tallada es la más antigua (Paleolítico); la pulimentada es más moderna (Neolítico), y los metales (Bronce y Hierro), más recientes aún. El gran problema de la arqueología no era determinar el orden cronológico relativo de los hallazgos, sino las fechas aproximadas, la cronología precisa de cada periodo.

En 1885, el erudito sueco Oscar Montelius propuso una secuencia de culturas que relacionaba distintos países del área mediterránea con Grecia y Oriente Medio, donde existían cronologías antiguas. Las innovaciones culturales observadas en la prehistoria europea se explicaban como influjo cultural de los países del Creciente Fértil. Se suponía que todo progreso procedía de Oriente. Por lo tanto, las cronologías relativas se calculaban sobre la base de una irradiación gradual de estas influencias, más tardía cuanto más lejana.

CRONOLOGÍAS ANTIGUAS

Ya hemos dicho que algunas civilizaciones antiguas (súmenos, egipcios, asidos, griegos, etc.) establecieron sus propias cronologías, o, al menos, transmitieron datos cronológicamente aprovechables tales como anales, listas de reyes, inscripciones conmemorativas y obras de astronomía. Los egipcios se remontaban al menos al año 3000 a. de C. Las estrechas relaciones comerciales y políticas existentes entre los pueblos de la zona favorecieron la exportación de documentos y objetos que, encontrados en yacimientos de la cultura vecina, constituían indicadores fiables de la

época en que se habían compuesto. Por ejemplo, el hallazgo de cerámica cretense en un contexto egipcio datable con seguridad, o del texto de un tratado de paz entre un determinado faraón y un rey hitita. El paciente estudio de estos datos ha permitido obtener cronologías bastante exactas de las civilizaciones del llamado Creciente Fértil y otras del vecino Mediterráneo oriental.

Si los objetos egipcios (o griegos, o cretenses), testigos de este activo comercio, hubiesen aparecido también en número conveniente por todo el Mediterráneo occidental y resto de Europa, la fijación de cronologías para la prehistoria de estas latitudes hubiese sido tarea simple. Pero no ocurrió así. En estas circunstancias se revelaba que el único modo de poner fechas, siempre aproximadas, a la prehistoria europea era estableciendo laboriosas comparaciones entre objetos orientales (fechables), y sus probables paralelos occidentales. Ahora bien, el mero parecido de estos objetos ¿no sugería un origen común o, al menos, un contacto entre el bien fechado y civilizado Oriente y el mudo y atrasado Occidente? Pongámoslo en palabras de Colin Renfrew: «La presunción fue que las principales innovaciones de la Europa prehistórica eran el resultado de influencias del Cercano Oriente, traídas por oleadas emigratorias de aquellos pueblos o bien por el pacífico proceso conocido como difusión, de acuerdo con el cual el contacto entre regiones adyacentes es acompañado por la transmisión de nuevas ideas y descubrimientos (...) La labor del arqueólogo se reducía a trazar las vías por las que la influencia de las nuevas ideas se transmitió». A esto se llamó difusionismo.

En la coordenada de pensamiento difusionista hay que situar las dudosas demostraciones prácticas de un Thor Heyerdahl cruzando océanos en temerarias reconstrucciones de embarcaciones antiguas, para demostrar las fantásticas correrías de antiguas civilizaciones. Cierta pseudociencia de cuño reciente se ha apoderado también de las teorías difusionistas y se esfuerza hoy en demostrar que el florecimiento de antiguas civilizaciones respondió a colonizaciones extraterrestres. Lo cual es ya rizar el rizo.

El difusionismo triunfó en el último cuarto del siglo XIX. Es, por lo tanto, casi tan antiguo como la propia arqueología científica. Todos los prehistoriadores clásicos, Thomsen, Worsaae y, particularmente, Oscar Montelius (1903), fueron difusionistas pero el que creó escuela e influyó más poderosamente fue Gordon Childe (1925). Desde principios del siglo XX, las teorías difusionistas sirvieron, además, para apoyar las tesis nacionalistas y racistas de la escuela alemana de Gustaf Kossina. Para los sabios germanos, las culturas arqueológicas eran reflejo de las etnias. El progreso es obra de los pueblos de raza superior, aria, que emigran y entran en contacto con razas inferiores, se imponen a ellas y las colonizan. Como es natural, según esta influyente escuela, casi todas las innovaciones positivas se debían a la raza alemana. A Himmler se atribuye esta peregrina definición de prehistoria: «Es la doctrina de la eminencia de los germanos en el amanecer de la civilización».

Después de la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial las tesis arias y difusionistas que habían defendido sus científicos quedaron bastante desacreditadas y comenzó a postularse un difusionismo menos radical. Se pensó que las innovaciones técnicas del pasado se debieron a la labor de pequeños grupos de comerciantes o prospectores que entran en contacto, como misioneros culturales, con pueblos más atrasados. Era, en suma, lo que el hombre blanco procedente de Europa había estado haciendo con el resto del mundo ya en época plenamente histórica.

Un buen ejemplo práctico de secuencia difusionista es el que se ideó en los años veinte para fechar las culturas prehistóricas de Europa occidental con ayuda de las cronologías conocidas del Mediterráneo oriental. Gordon Childe dictaminó que la arquitectura megalítica llegó a la península Ibérica desde el Mediterráneo oriental y de aquí pasó a las islas Británicas y norte de Europa. Hacia el 2500 antes de nuestra era,

colonos orientales introdujeron la metalurgia y las tumbas de cúpula en la península Ibérica. De este modo, Childe pudo extender a Iberia la cronología establecida para Creta, que a su vez se basaba en la egipcia. Las primeras tumbas de corredor de Iberia se dataron después del 2100 a. de C, que era la fecha calculada a las tumbas colectivas más antiguas en la Creta minoica. Del mismo modo el difusionismo sostenía que la primera industria del cobre apareció en Sumer y Egipto hacia el 3500 a. de C. y de allí irradió al Mediterráneo y a los Balcanes. Ahora se han encontrado en los Balcanes fundiciones de cobre unos mil años anteriores a las de Oriente, lo que invalida toda la teoría.

Así fue como las prehistorias de la península Ibérica y, de modo parecido, la de los Balcanes, se dataron a partir de supuestos contactos con el Egeo. La conclusión fue que el primer Bronce europeo dependía de la civilización micénica y era posterior a ella y que estas influencias orientales se extendieron por el resto de Europa a partir de los polos culturales de la península Ibérica y de los Balcanes.

La cronología de Gordon Childe ha sido aceptada por casi todos los prehistoriadores hasta hoy. En el cañamazo de esta cronología y de estas ideas se tejieron, y se tejen, la mayoría de las obras fundamentales sobre prehistoria.

En el ambiente difusionista que estamos describiendo no era una propuesta inocente: también servía como vehículo y coartada para divulgar y justificar las teorías racistas decimonónicas. Los antiguos griegos pertenecían a la raza aria y, por lo tanto, el difusionismo los ensalzaba aunque fuera a costa de menospreciar a los otros pueblos mediterráneos, particularmente a los fenicios, a los cartagineses y a otros pueblos de raza semita. Esto explica que Adolf Schulten, acérrimo difusionista, se esforzara en demostrar que su querido Tartesos no era semita. Primero declaró que fue fundado por arios cretenses; luego que por tirsenos, igualmente arios.

LA REVOLUCIÓN DEL RADIOCARBONO

En 1949, el profesor Willard F. Libby, de la Universidad de Chicago, que recibiría el premio Nobel de Química en 1960, publicó las primeras dataciones realizadas por el revolucionario método del carbono 14 (o radiocarbono o, simplemente, C14). Para explicar brevemente en qué consiste este método hemos de entender primero qué es un isótopo. Los isótopos son átomos pesados que componen un mismo núcleo. Entre los isótopos naturales se encuentra el llamado carbono 14 que se produce cuando los rayos cósmicos inciden sobre átomos de nitrógeno en la atmósfera terrestre. Los átomos de carbono 14, combinados químicamente con el oxígeno, son asimilados por las plantas y por los animales que consumen estas plantas. En todos ellos se encuentra en una proporción regular y fija. Ahora bien, este carbono 14 es radiactivo, por lo que constantemente se degrada perdiendo electrones y convirtiéndose en nitrógeno. Cuando el ser vivo muere deja de alimentarse y, por tanto, de ingerir carbono 14. Automáticamente se cierra el circuito, se rompe el equilibrio y sus restos comienzan a perder gradualmente sustancia radiactiva a un ritmo calculable. Cualquier resto de materia orgánica (dientes, huesos, semillas, madera, etc.) puede, en el laboratorio, revelar la fecha aproximada en que se detuvo la vida que la sustentaba. Basta calcular la cantidad de radiocarbono que ha perdido desde entonces. El único límite se establece para huesos o restos vegetales de más de 60000 años de antigüedad en los que la proporción de radiocarbono es ya insignificante.

Para restos de mayor antigüedad se puede acudir a otro método, el llamado potasio-argón o K-Ar, que tiene como base el K 40 o potasio radioactivo que al desintegrarse produce argón, o Ar 40, cuya medición indica fechas de hasta 1310000 años. Es el que ha servido para datar los restos de homínidos encontrados en Olduvai.

En un principio, el método de medición del radiocarbono no estaba perfeccionado y admitía un error de hasta doscientos años. Esta cifra se ha reducido considerablemente después de constantes perfeccionamientos. Cuando se suministran fechas calculadas

por radiocarbono la posibilidad de error se expresa añadiendo una cifra que puede sumarse o restarse a la propuesta. Por ejemplo: si un análisis arrojará la fecha 3650 ± 60 , ello significaría que la datación oscila entre el año 3590 y el 3710 aunque el mayor índice de probabilidad se sitúe en el punto medio, es decir hacia el año 3650.

Hasta hace unos años toda la teoría del análisis por radiocarbono descansaba en unas premisas fundamentales que se suponían inalterables: que la eliminación de radiocarbono en los restos orgánicos es regular y constante y no se acelera o retarda dependiendo de las condiciones del entorno; que la proporción de radiocarbono es la misma en todos los restos orgánicos y no varía dependiendo de la zona o la especie animal o vegetal de procedencia, y que la proporción de radiocarbono en la atmósfera terrestre ha sido siempre la misma. Esto último se probaría muy pronto erróneo pero, al principio, no había razón para dudar de que estas condiciones se cumplieran puesto que, como el análisis no estaba perfeccionado, el índice de variación admitido era suficientemente amplio como para disimular grandes discrepancias entre fecha histórica y fecha de laboratorio.

Con el perfeccionamiento de las técnicas de análisis y la introducción de nuevos factores se reveló, después de 1966, que la última premisa no se cumplía, es decir, que el nivel de radiocarbono existente en la atmósfera fue sensiblemente mayor en la Antigüedad. Esto hacía que los restos de una época determinada parecieran más recientes de lo que en realidad eran.

El primer conflicto serio entre fechas históricas y fechas de laboratorio surgió del análisis del material egipcio, al principio de los años sesenta. En palabras del propio Libby: las fechas del radiocarbono para Egipto en el periodo comprendido entre los años 3000 y 2000 a. de C. pudieran ser demasiado recientes en comparación con los datos históricos, aunque unos y otros coincidan sustancialmente hasta el segundo milenio a. de C. Los granas defensores del análisis por radiocarbono pensaron que si existía esta discrepancia era porque los egiptólogos se habían equivocado en sus cuentas atrasando excesivamente las fechas anteriores al segundo milenio. Posteriormente se demostró que el error no era de los historiadores sino de los laboratorios. Resultaba, simplemente, que en muestras orgánicas anteriores al año 2000 a. de C. había una proporción de radiocarbono superior en un 5% a la prevista y esta anomalía determinaba que las muestras analizadas parecieran pertenecer a épocas más recientes.

LAS FECHAS ESCRITAS EN LOS ÁRBOLES

Una ciencia nueva, la dendrocronología, puso a los físicos sobre la pista de este error. La dendrocronología basa sus conclusiones en el análisis de los anillos de los árboles. Cada año los árboles engrasan su tronco, por primavera, con uno o varios anillos de variable espesor que son visibles cuando el tronco se corta. El árbol más viejo del mundo, de la especie *Pinus longaeva* californiana, alcanza la impresionante edad de 4900 años.

Después de analizar numerosos ejemplares de este árbol, tanto vivos como muertos, se ha podido reconstruir una secuencia de datos que se remonta a unos 6200 años a. de C. Entre 1966 y 1967 se analizaron muestras de madera procedentes de anillos arbóreos de edades previamente determinadas por la dendrocronología y resultó que las edades del radiocarbono anteriores a, aproximadamente, el año 1200 a. de C. aparecían como demasiado jóvenes en relación a su edad verdadera. El siguiente paso fue calcular una tabla de conversiones que permitiese corregir el error y ajustar convenientemente estas fechas desfasadas. De este modo la historia de las venturas y desventuras del radiocarbono tuvo un final feliz. En 1969 una conferencia reunió en Upsala a los científicos más representativos de las ramas afectadas bajo el tema «Variaciones del radiocarbono y cronología absoluta». Las correcciones fueron aprobadas y el análisis por radiocarbono unánimemente ratificado. Los análisis

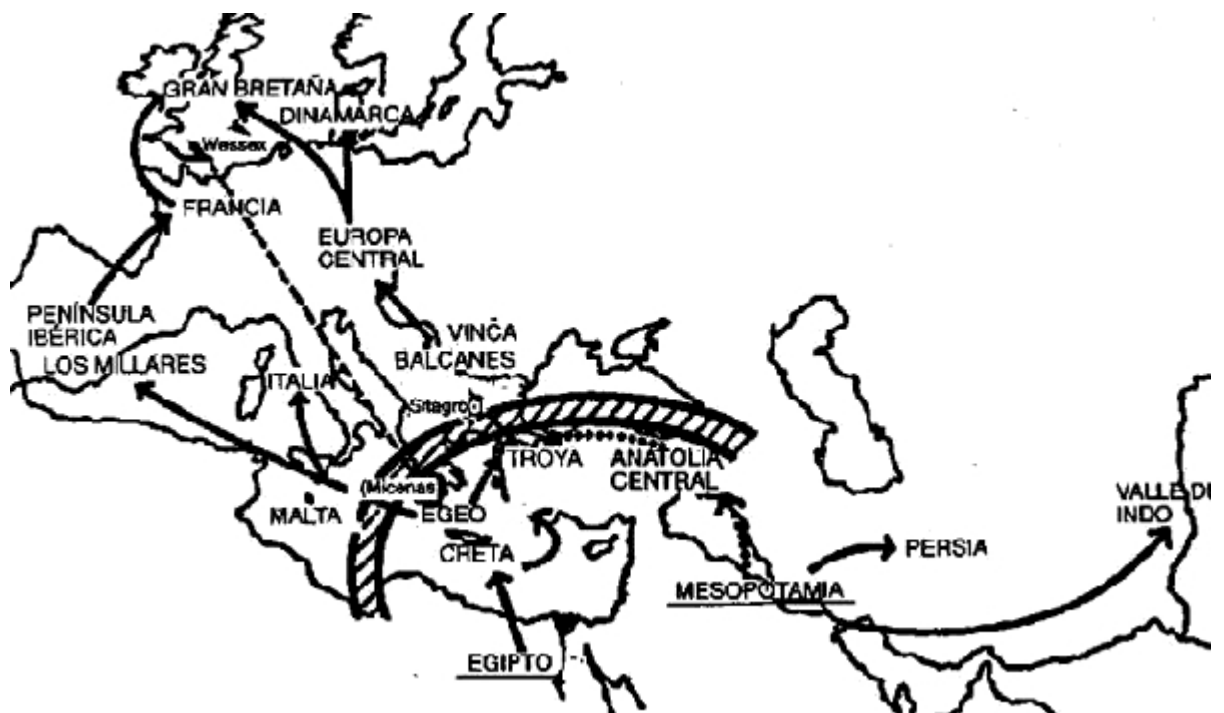
antiguos que dieran como resultado fechas anteriores al año 1200 a. de C. debían ser convenientemente reajustados sumándoles años de acuerdo con los valores establecidos en una tabla de variantes. Si la fecha se remonta al 3000 a. de C. hay que añadir hasta 800 años. Al final resultó que los egiptólogos habían establecido una cronología histórica exacta. Con el nuevo reajuste, las cronologías del radiocarbono y la historia coincidían sustancialmente y cada uno probaba la validez del otro.

¿CATACLISMO DE CRONOLOGÍAS?

Después de la corrección del radiocarbono, las fechas históricas que atribuimos a las civilizaciones anteriores a 1200 a. de C. (Egipto, Mesopotamia, Creta y Grecia) siguen siendo válidas, pero las del resto del Mediterráneo y Europa resultan ser bastantes siglos más antiguas de lo que se pensaba. Esta conclusión ha terminado por hacer trizas la teoría difusionista al demostrar que, a veces, los desarrollos técnicos más espectaculares se producen primero en los pueblos que tradicionalmente se habían venido considerando receptores de civilización, no difusores.

Hoy se ha desmantelado la teoría difusionista, particularmente después del descubrimiento de la llamada falla cronológica de Renfrew. Este arqueólogo inglés ha rebatido la teoría tradicional que derivaba los monumentos megalíticos de Europa occidental de otros monumentos de Oriente, sencillamente demostrando su mayor antigüedad. Renfrew establece que las culturas neolíticas tardías de Iberia y de los Balcanes resultan ahora mucho más antiguas de lo que se creía, y desde luego anteriores a sus supuestos antepasados del Mediterráneo oriental. «Hay una línea de falla que corre alrededor del Egeo y del Mediterráneo oriental. Dentro de este arco los datos del tercer milenio a. de C. no son sustancialmente alterados por la cronología del radiocarbono y su reajuste. Pero fuera de esta línea (...) todo da un salto atrás de varios siglos».

El esquema propuesto se parece bastante a la formación de una línea de falla en geología. A uno y otro lado de la línea hay una secuencia de niveles (los estratos geológicos o, en el caso que nos ocupa, la sucesión de culturas observable en cada región). Pero ahora, de repente, toda la parte de la izquierda de la falla se hunde dejando inalterada la parte de la derecha. Estratos o culturas que estaban en el mismo nivel se han desplazado y los de Europa oriental, central y del Norte se han hundido y resultan ser anteriores. Donde las culturas neolíticas tardías de Iberia y los Balcanes estaban antes niveladas con el primer Bronce egeo, éstas se hunden y se nivelan ahora con el neolítico egeo.



La falla cronológica de la prehistoria europea (Según Colin Renfrew, 1973).

EL CASO ESPAÑOL

Los primeros arqueólogos científicos españoles fueron inevitablemente difusionistas, puesto que eran discípulos de Bosch Gimpera, que se había formado en Alemania. No es extraño, por lo tanto, que la arqueología de la península Ibérica y particularmente el yacimiento de Los Millares (Almería) constituyeran una de las claves del difusionismo en Europa. En Los Millares se excavó una población datable en época neolítica tardía (a veces llamada Edad del Cobre). Una tesis autorizada, la de Beatrice Blance, sostenía que Los Millares fue una verdadera colonia establecida por gente que procedía directamente del Egeo.

La primera datación (no corregida) de radiocarbono para Los Millares situó hacia el año 2345 ± 85 a. de C. la fase decadente de la población (desplome de la muralla del poblado), y para la tumba de corredor número 19, el año 2430 ± 120 . La colonización se situaba cómodamente entre 2700 y 2400 a. de C. Hoy, después de su corrección, las fechas del radiocarbono se retrasan hasta el año 1950 a. de C. (muralla), y el periodo 3300-3000 a. de C. (tumba). Los Millares y sus sepulcros de corredor resultan entonces anteriores a sus pretendidos prototipos egeos. Así la tradición megalítica ibérica se desvincula de sus orígenes mediterráneos y la metalurgia del cobre, a la que se daba el mismo origen, queda en entredicho.

«El panorama arqueológico del litoral de la península a finales del cuarto milenio a. de C. —escribe Blanco Freijeiro— hace pensar que la sociedad prehistórica (tuvo) su propia dinámica sin necesidad de recurrir a la tesis difusionista y menos aún a una invasión de colonizadores».

De este cataclismo de las cronologías europeas tradicionales pueden salvarse algunas conclusiones, aunque es evidente que habrá que renovar gran parte de la estructura difusionista tradicional. La sucesión de culturas en un área determinada (cronología relativa) se puede establecer a partir de la estratigrafía de las excavaciones y de los estudios tipológicos. Lo que los datos del radiocarbono alteran o invalidan es la relación entre determinadas culturas de áreas distintas.

La nueva prehistoria admite, no obstante, una explicación difusionista para algunos episodios de la prehistoria europea convencional.

OTRAS MEDICIONES

Otros sistemas de medición del tiempo han venido a completar los del radiocarbono 14.

La termoluminiscencia se basa en el estudio de la cerámica. Cualquier resto de arcilla cocida sometido a una temperatura similar a la de su fabricación desprende cierta cantidad de energía en forma de luz cuya intensidad varía en proporción directa al tiempo transcurrido desde su primera cochura. Esto nos permite calcular el tiempo transcurrido desde que la pieza salió del horno del alfarero.

Otro procedimiento se basa en el paleomagnetismo. Un objeto o un fósil se encuentra, por lo general, en un determinado estrato del subsuelo. Este estrato pertenece a una capa geológica formada en un momento de la vida de la tierra dominado por un magnetismo positivo o negativo. Ya existe un calendario de la cronología de estas fases que ayuda a calcular la época del objeto.

Y, finalmente, existe un procedimiento de datación que se basa en las varvas o capas anuales de sedimento que fueron quedando en el fondo de los lagos glaciares y permiten calcular las fechas de fundición del hielo después de la glaciación.

BIBLIOGRAFÍA

James, Peter, *Siglos de oscuridad. Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo*, Crítica, Barcelona, 1993.

Libby, Willard, «The Accuracy of Radiocarbon Dates», *Science*, vol. 140, 1963, pp. 278-279.

Renfrew, Colin, *Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe*, Penguin Books, Ltd., Londres, 1976.

Stonehenge, catedral Megalítica.

STONEHENGE,CATEDRAL MEGALÍTICA

Stonehenge, el más famoso monumento megalítico de Europa, constituye una de las mayores atracciones turísticas del Reino Unido. A la romántica estampa de sus enigmáticas piedras, aisladas en medio de una inmensa llanura verde, se ha añadido el toque prosaico de los restaurantes, los aparcamientos, las tiendas de recuerdos y los puestos de helados y postales. Afortunadamente este peaje consumista queda a años luz de distancia cuando el visitante atraviesa el túnel del tiempo que salva la carretera y se enfrenta, de repente, con las impresionantes piedras del *crómlech*.

Godofredo de Monmouth, cronista del siglo nos transmite la más antigua interpretación del origen de Stonehenge. En el año 483, el mago Merlín, mentor del rey Arturo, quiso honrar la sangre de los innumerables guerreros ilustres que habían caído en la llanura de Salisbury elevando un monumento imperecedero: la danza de los gigantes. Este círculo, formado por colosales piedras, se alzaba, en Killaraus (¿Kildare?), en Irlanda. Allí lo habían levantado los gigantes, con piedras traídas desde la remota África. Estas piedras eran mágicas; la magia de Merlín las transportó a la llanura de Salisbury para que permanecieran allí por los siglos de los siglos.

Stonehenge consta de dos circunferencias concéntricas de grandes piedras (denominadas «de Sarsen» y de «Piedras azules» respectivamente), que encierran en su interior otras dos alineaciones de piedras mayores dispuestas en forma de herradura. Las circunferencias están, a su vez, rodeadas por otra exterior, la formada por los llamados «Hoyos de Aubrey» (*Aubrey Holes*), excavados por el estudioso Aubrey en 1666, hoy rellenos de yeso blanco para destacarlos sobre el terreno. En la misma línea de estos hoyos se encuentran cuatro piedras denominadas «de las Cuatro Estaciones». Entre las circunferencias formadas por los «hoyos de Aubrey» y las piedras Sarsen se encuentran otras dos, constituidas por los llamados hoyos «Y» y «Z» respectivamente, que al no estar señaladas en el suelo pasan desapercibidas en el conjunto del monumento. Finalmente, rodeándolo todo, excepto por el segmento donde desemboca la avenida de entrada, hay otra circunferencia formada por un montículo circular y el foso del que se extrajo su material.

Stonehenge significa, etimológicamente, *hanging stones*, es decir, «piedras suspendidas» o «colgantes», y realmente es ésta la impresión que producen los enormes dinteles de la circunferencia Sarsen. Estos dinteles están ligeramente curvados hacia el interior y en su plano inferior están provistos de alveolos en los que encajan los pivotes que coronan cada uno de los pilares. Además, para asegurarles más estabilidad, poseen un resalte en un extremo que se acopla perfectamente a una muesca del dintel contiguo. Por desgracia sólo quedan seis dinteles en su posición original, otros dos están en el suelo y los veintidós restantes han desaparecido o quizá nunca se colocaron.

Los pilares tampoco están completos. De los treinta originales sólo quedan en pie dieciséis. La entrada estaría entre los pilares 30 y 1 como sugiere la mayor amplitud de su hueco (30 centímetros más de lo normal), y el mayor grosor del dintel.

La circunferencia Sarsen encierra en su interior la de «las Piedras azules» (*Bluestone circle*), formada por piedras más pequeñas cuyo característico color azulado se debe a la azurita. La entrada a esta circunferencia parece estar situada entre las piedras 49 y 31, que son más voluminosas y están más separadas que las restantes.

El hecho de que las piedras 150 y 36 presenten dos pivotes para encajar en su dintel sugiere que muchas de estas piedras proceden de otro *henge* anterior. Es bastante plausible ya que pudieron aprovecharse piedras a las que el uso había conferido una

connotación religiosa o ritual.

Obliterado por esta circunferencia se encuentra el llamado *Double Blue Stone Circle*, perteneciente a un periodo anterior. Seguramente lo abandonaron inconcluso. Hoy sólo quedan sus hoyos tapados.

En el interior de estas dos circunferencias se encuentran las dos alineaciones de piedras en forma de herradura ya citadas. La mayor estaba formada por cinco monumentales trilitos, de los que sólo tres están completos. El central (piedras 55-56) tiene la particularidad de su mayor altura, ya que los trilitos incrementan su altura progresivamente de los extremos al centro. La piedra 57 presenta una marca, una especie de cuadrilátero, símbolo de significado dudoso que se ha observado en otros megalitos de Bretaña.

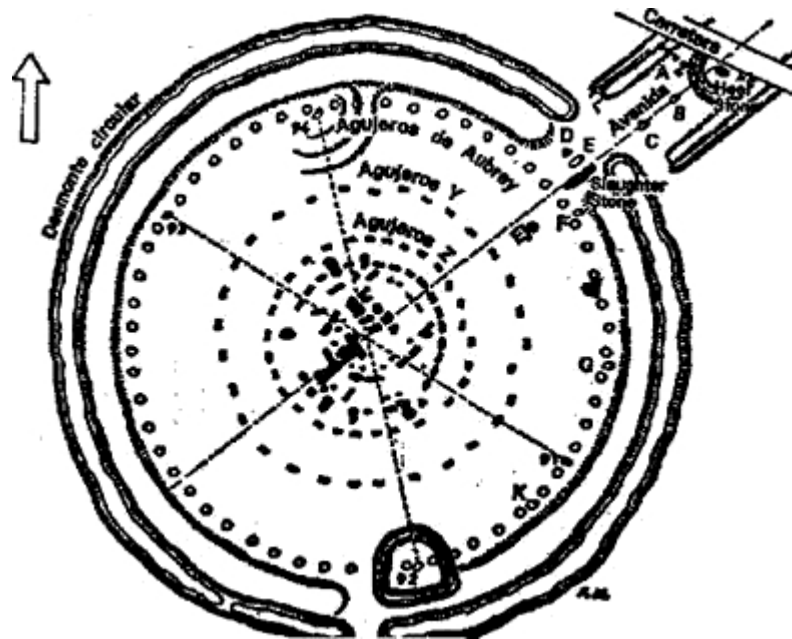
La herradura más pequeña, circunscrita en la de los trilitos, es la de «Piedras azules», del tipo de las de la circunferencia descrita. Esta herradura estaba formada por diecinueve esbeltas piedras que también presentan una gradación de tamaño, más altas por el centro (2,5 metros) y decreciendo hacia los extremos (1,75 metros).

Nos quedan, por último, tres piedras que parecen gozar de personalidad propia. La principal es la llamada «Piedra del Talón» (*Heelstone*) o «Piedra del Sol» (*Sunstone*), debido a que su extremo puntiagudo coincide con el punto del horizonte por el que aparece el Sol el día más largo del año (solsticio de verano). Está situada precisamente frente a la entrada del monumento pero es exterior a todo él. La segunda piedra es la «del Altar» (*Altar stone*), así denominada por su posición horizontal frente al gran trilito central. La tercera es la erróneamente llamada «del Sacrificio» (*Slaughter Stone*), un menhir hoy desplomado que hizo pareja con otro similar ya desaparecido. Es posible que la «Piedra del Sacrificio» fuese abatida adrede para facilitar la visión de la «Piedra del Talón» desde la circunferencia Sarsen. Este bloque guardaba una grata sorpresa para los arqueólogos. En los años veinte de nuestro siglo, Hawley desenterró a su pie una botella de vino de Oporto que había dejado allí en 1801 el arqueólogo William Cunnington como regalo para sus colegas del futuro. Lástima que el corcho estuviese podrido y el líquido evaporado.

Finalmente existe una avenida (*Causeway*), que desemboca en el monumento, estrechándose por la parte del foso. En su inicio se encontraron muchos agujeros de postes que formaban al menos cinco filas sucesivas. El propósito de esta estructura no está claro. Para el arqueólogo C. A. Newhan tendría algo que ver con las observaciones lunares.



Stonehenge nocturno (litografía de A. Ferrer).



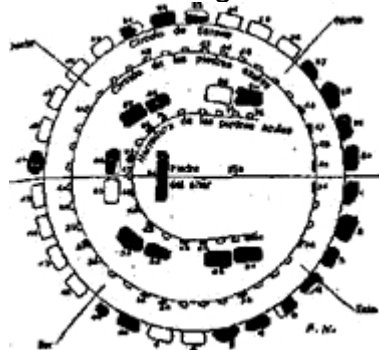
Plano del conjunto de Stonehenge (según Niel).

¿MERLÍN, ROMANOS O DRUIDAS?

Hasta el siglo XX la datación y atribución de Stonehenge fue conjetural y nada científica. La tradición había transmitido la leyenda del mago Merlín pero en el siglo el rey Jacobo I encargó un estudio del monumento al famoso arquitecto de la Corte, Inigo Jones. Jones estudió las ruinas y llegó a la conclusión de que se trataba de una construcción romana, ya que a su juicio en la prehistoria de la isla no existió pueblo alguno capaz de manejar tan enormes piedras aparte del romano.

Poco después, el estudioso John Aubrey (el descubridor de los «hoyos de Aubrey») atribuyó Stonehenge a los druidas. Esta teoría, refrendada por Stukeley en 1740, gozó de gran fortuna en los medios arqueológicos, pero hoy se ha desechado por la sencilla razón de que los druidas llegaron a Gran Bretaña en el siglo III a. de C, época muy posterior a la de la construcción de Stonehenge.

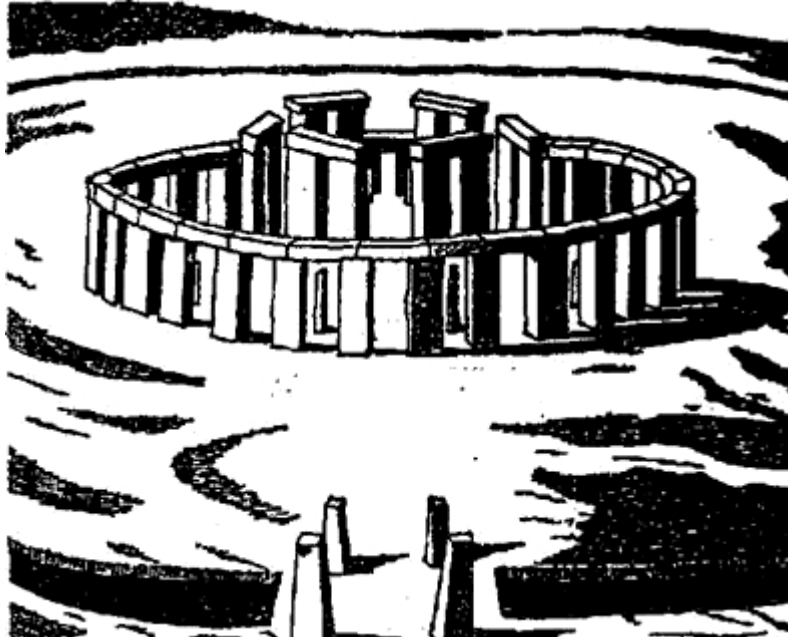
En el siglo XX una serie de estudios y excavaciones han determinado que el monumento se construyó a finales del Neolítico y en la primera Época del Bronce. Sus constructores pertenecían a la llamada Cultura de Wessex, denominación arqueológica, acuñada por Piggott en 1938, que designa a los constructores de túmulos sepulcrales dotados de ricos ajuares funerarios que abundan en Wiltshire y Dorset, zona de Stonehenge. Las excavaciones de Piggott y de Richard Atkinson en 1953 sacaron a la luz algunos objetos de pedernal, fragmentos de cerámica neolítica y de la denominada Beaker (primera Época del Bronce), Pero lo más fascinante fue sin duda alguna el descubrimiento de insculturas en algunas de las piedras Sarsen.



El crómlech de Stonehenge. En blanco las piedras que faltan (según Niel).



Estado actual de las ruinas de Stonehenge (según Niel).



Reconstrucción de Stonehenge según Iñigo Jones (1621).

EL PUÑAL MICÉNICO

Atkinson se hallaba fotografiando un grafito del siglo XVII en la piedra número cuatro cuando reparó en la existencia de grafiti más antiguos que representaban hasta veinticinco hachas. También los había en la piedra 53: doce hachas y un puñal de bronce. Nadie antes había reparado en ellos porque son tan superficiales que sólo se perciben bajo especiales efectos de luz rasante. Su significado es incierto. Quizá figuren exvotos. Las hachas representadas se parecen a las usadas a mediados del segundo milenio a. de C, pero entre ellas había una figura completamente distinta que Atkinson identificó como un puñal micénico del siglo XVI a. de C. Esta dudosa identificación le dio pie para especular que el arquitecto del monumento había sido micénico, quizá algún príncipe errante que se apoderó de Wessex y fundó allí su reino. En seguida se buscaron paralelos micénicos a los puñales y cuentas de ámbar y metales preciosos hallados en los ajuares de Wessex. Por lo tanto la Cultura de Wessex, que corresponde a la primera Época del Bronce, se dató entre 1600 y 1400 a. de C. Así fue como un grabado erosionado remotamente parecido al arma micénica justificaba los excesos del difusionismo.

LA CRONOLOGÍA

Tres fases sucesivas, I, II y III, se distinguen en la construcción de Stonehenge. La primera comprendía el montículo, el foso, los «Hoyos de Aubrey», y la «Piedra del Talón», fue levantada a finales del Neolítico (hacia el 1900 a. de C), por lo que se deduce de los restos de cremaciones hallados en algunos «Hoyos de Aubrey» y de las agujas de hueso encontradas en uno de ellos. En Stonehenge II se añadieron la

Avenida, el tramo de acceso (aunque éste podría pertenecer a otro periodo) y el *Double Blue Stone Circle* del que sólo quedan los agujeros, hoy tapados. Estas piedras, que eran contemporáneas de la cerámica Beaker y posible producto de una cultura situada entre el Neolítico y el primer Bronce, fecharon Stonehenge II como siglo V medio posterior a Stonehenge I (hacia 1750).

La construcción de Stonehenge III se divide a su vez en tres fases. Durante la primera (hacia 1500 a. de C.) se desmanteló el *Double Blue Stone Circle*, se taparon sus hoyos y se preparó el terreno para la colocación de la circunferencia Sarsen, la herradura de trilitos Sarsen, las «Piedras de las Cuatro Estaciones» (que, según Hawkins, pertenecerían a Stonehenge I) y la «Piedra del Sacrificio».

Durante la fase segunda (aproximadamente contemporánea de la primera), se erigió una circunferencia de piedras azules pulidas ligeramente elíptica cuyo emplazamiento coincide aproximadamente con el de la actual herradura de piedras azules. Este óvalo fue construido después de la circunferencia Sarsen pero antes que la de piedras azules. Los hoyos «Y» y «Z», según Piggott y Atkinson, se hicieron para aprovechar el resto de las piedras azules procedentes de la elipse desmantelada, pero parece que nunca se llegaron a colocar en su nuevo emplazamiento.

Finalmente, en la fase tercera, fechada hacia el 1400 a. de C, se emplazaron todas las piedras azules, las de la circunferencia y las de la herradura.

Más recientes y habiles mediciones con radiocarbono remontan la construcción de Stonehenge III en unos siglos y la fijan en 2100-1900 a. de C.

LA ARQUITECTURA DE STONEHENGE

Antes de ver su obra terminada, el arquitecto de Stonehenge debió superar los considerables problemas técnicos que planteaba el transporte y colocación de las piedras. Las «Piedras azules» proceden de las montañas Prescelly (Pembrokeshire, en el sur de Gales), a unos 390 kilómetros de Stonehenge (210 en línea recta).

Las «Piedras Sarsen» proceden de una zona situada entre Marlborough y Newbury; a unos treinta y tres kilómetros al norte de Salisbury.

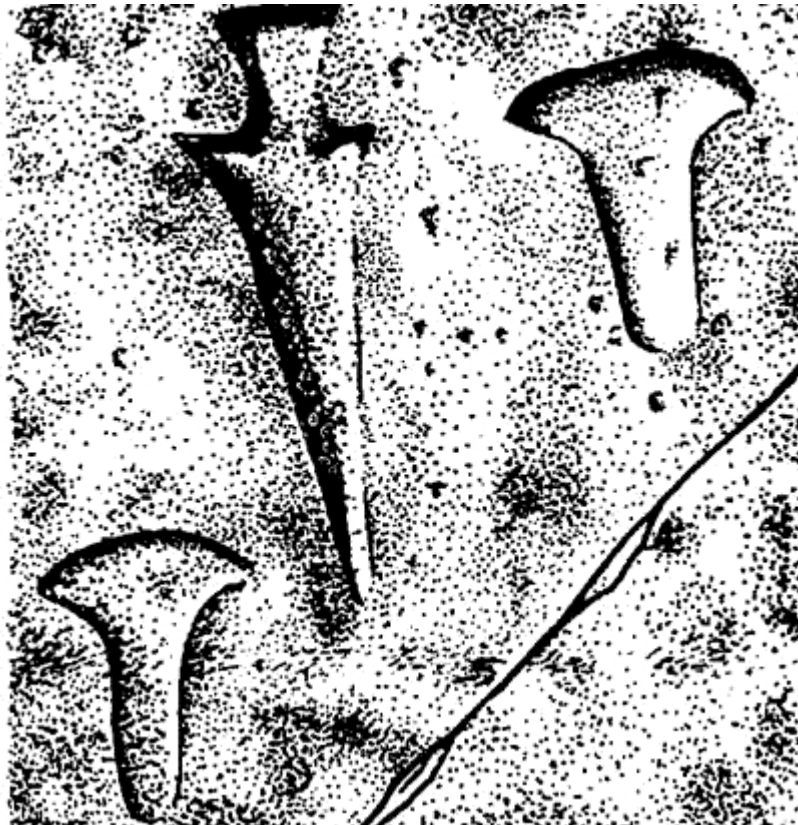
La teoría que proponía un transporte natural de las «Piedras azules» por efectos de los glaciares desde Gales a Salisbury ha sido desechada modernamente dado que no se encuentran otros depósitos de este tipo de piedra en la zona. El transporte fue, pues, humano y probablemente marítimo y fluvial hasta las proximidades de Salisbury.

Los acarreadores pudieron servirse de balsas o de botes o canoas actuando a modo de flotadores que transportarían las piedras suspendidas entre ellos dado que el peso de cada bloque parece excesivo para una sola embarcación.

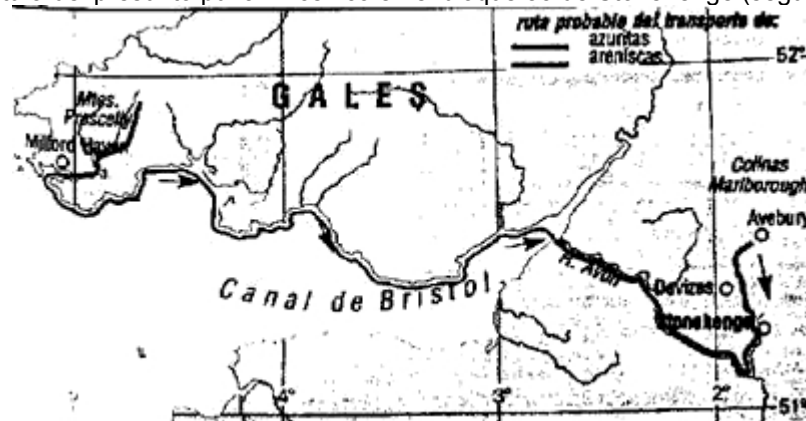
En cuanto a las «Piedras Sarsen», pudieron ser arrastradas con ayuda de una especie de trineo hecho con la horquilla de un árbol. La helada favorecería la penosa operación, que podría haber sido facilitada a veces por lechos deslizantes preparados al efecto.

Un problema técnico similar al del transporte de los materiales es el que plantea su colocación, particularmente la de los gigantescos dinteles de los trilitos.

Para situar en posición las piedras verticales, una vez desbastadas con martillos de piedra, habría que excavar primero hoyos receptores del tamaño adecuado. Tres paredes de estos hoyos serían verticales y la cuarta tendría una inclinación de unos 45° a modo de rampa a lo largo de la cual se deslizaría la piedra al caer. Antes de deslizarla, la pared opuesta a la rampa se protegería, probablemente con gruesos maderos, para evitar que el extremo de la piedra la dañara al caer en su sitio. Después se pondría el bloque en posición vertical con ayuda de cuerdas atadas a su parte superior. Una vez logrado esto se rellenarían los espacios libres de la base para afirmar la piedra en su lugar. Para los constructores debía de ser un momento emocionante, culminación de prolongados esfuerzos, puesto que incluso arrojaron algunos de sus martillos de piedra entre el escombros con que rellenaban los espacios libres.



La famosa inscultura del presunto puñal micénico en el bloque 53 de Stonehenge (según Atkinson, 1978).



Procedencia y ruta de transporte de las piedras de Stonehenge (Según *The Times* Atlas de Arqueología).

La colocación de los dinteles debió ser el mayor problema técnico que hubieron de afrontar. Se ha descartado el uso de rampas de tierra de 40° de inclinación puesto que las excavaciones no han revelado restos de ellas. Tampoco es probable que se usaran rampas de madera. Los dinteles pudieron ser levantados mediante calzo con sucesivas hileras de maderos y usando simples palancas hasta formar una especie de torre adyacente a los pilares y de la misma altura que éstos desde la que pudieran colocar el dintel.

Un cálculo estimativo del número de días de trabajo/hombre que requirió la construcción de todo el monumento arroja la cifra de 1497680.

¿UN ORDENADOR DEL NEOLÍTICO?

En 1963 un astrónomo americano, Gerald Hawkins, afirmó que los alineamientos de Stonehenge III eran astronómicamente significativos. Estos vendrían a completar los tradicionalmente observados en Stonehenge I entre las «Piedras de las Cuatro Estaciones» y la «Piedra del Talón». Hawkins calculó las posiciones relativas del Sol, la Luna y las estrellas vistas desde la llanura de Salisbury hacia el 1500 a. de C. Con los elementos obtenidos formuló una ambiciosa tesis: las piedras están dispuestas no sólo en función de la salida del Sol en el solsticio de verano, lo cual es evidente, sino

también en función de otras posiciones del Sol y de la Luna. Las «Piedras de las Cuatro Estaciones» forman un rectángulo que se dispone hacia las dos posiciones extremas de la salida de la Luna en el solsticio de verano (que pueden ser observadas en los lados más largos del rectángulo y en su diagonal respectivamente). Los lados cortos del rectángulo apuntan a la salida del Sol en el mismo día.

A las mismas conclusiones había llegado Newham anteriormente, pero su trabajo, publicado por fin en 1964, pasó inadvertido. Hawkins presupone que las «Piedras de las Cuatro Estaciones» formaban parte de la fase I de la construcción de Stonehenge. Hawkins sugirió que los cinco grandes trilitos de Stonehenge III tenían también un significado astronómico.

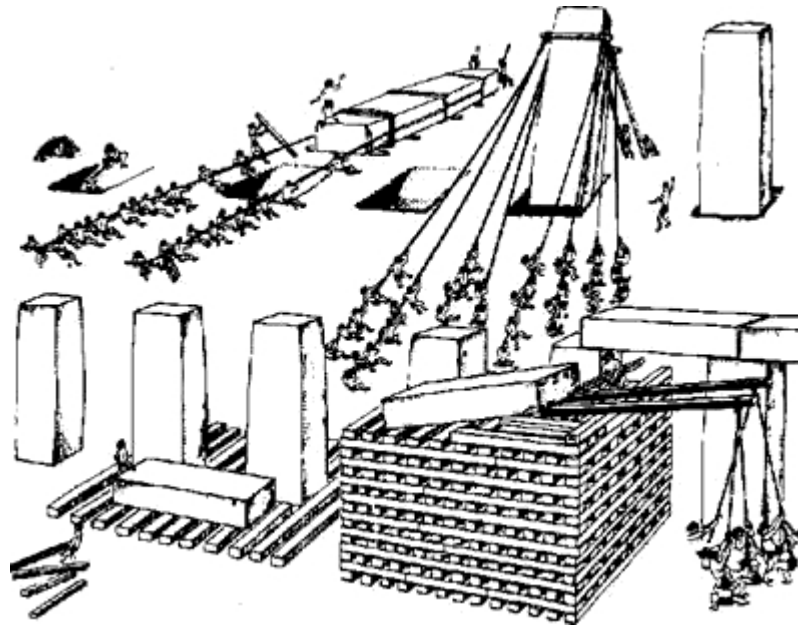
Cada trilito enmarcaba, según él, la salida o la puesta del Sol o la Luna al final de su recorrido en los solsticios de invierno y de verano. Siendo así, todo el monumento sería una especie de observatorio astronómico. Estas afirmaciones no fueron unánimemente aceptadas. En dos incisivos artículos, Atkinson criticó la atrevida tesis de Hawkins, así como sus dudosos métodos arqueológicos. Ciertamente el afán sensacionalista con que se divulgaron los descubrimientos de Hawkins incomodó a muchos investigadores menos afortunados que él que se apresuraron a destacar los aspectos menos convincentes del trabajo. A pesar de ello, es irrefutable que la disposición de Stonehenge atiende no sólo a los movimientos del Sol sino también a los mucho más complicados de la Luna.

EL PARALELO CHEROKEE

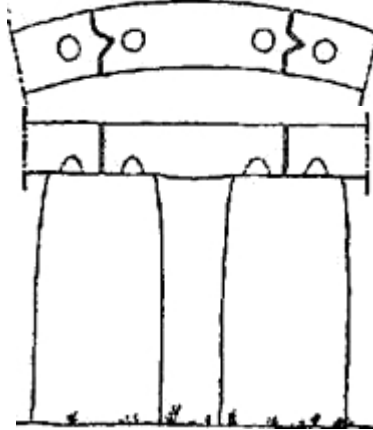
Una obra de la magnitud de Stonehenge, en la que se manifiestan sorprendentes conocimientos geométricos, técnicos y astronómicos, presupone la existencia de una compleja organización social. En la zona de Wessex, a principios del Neolítico, nos encontramos con una sociedad esencialmente igualitaria con un poder político atomizado. Un poco más tarde se construye Stonehenge III. Esta empresa puede atestiguar la evolución de la población hacia formas de organización jerárquicas mucho más complejas, dotadas de poder político centralizado, en las que existiría una conexión intercomunitaria suficientemente sólida como para disponer de los hombres y recursos que reclamó una empresa de tanta envergadura.

Colin Renfrew ha señalado cierta similitud entre el sistema sociopolítico de esta sociedad y el de las tribus cherokees de Norteamérica estudiadas por William Bartram en el siglo XVIII.

La población cherokee estaba compuesta por unos once mil individuos, repartidos en unas sesenta comunidades cuya media era de doscientos habitantes, en un área varias veces superior a la de Wessex. Los cherokees vivían de la agricultura y de la caza en un hábitat bastante disperso y practicaban una economía de redistribución. En el centro de los establecimientos mayores se levantaba la «casa del pueblo», lugar de reunión del consejo de régulos que tenía como cabeza a un rey o *mico* al cual se le entregaba una parte de la cosecha para que la distribuyera de la forma que considerara más conveniente. La casa-consejo del pueblo era circular y podía albergar a varios cientos de personas. Su uso no sólo era religioso. Allí se reunían con ocasión de solemnidades, o para intercambiar productos y comerciar.



Erección de las piedras de Stonehenge (según Kurt Benesch).



Ensambladura de los dinteles del círculo Sarsen (según Niel).



Conjunto de Stonehenge (según Roger Jaussaume).

En el Neolítico del sur de la Gran Bretaña existieron rotondas de madera de construcción y diseño similar. Hay indicios que permiten suponer que los *henges* imitan una estructura de madera anterior. No dejan de ser sugerentes los posibles paralelos con sociedades basadas en principios de redistribución y dirigidas por régulos que acatan una autoridad central, tan alejadas en el tiempo y en el espacio como la cherokee y la micénica.

Los grandes *henges* podrían ser, por lo tanto, lugares de reuniones periódicas para los miembros de la tribu o federación de tribus. Desde este punto de vista, Stonehenge pudo significar algo parecido a las catedrales que erigió el hombre medieval: monumentos funcionales y conmemorativos de impresionante osadía técnica (no ajena a un cierto orgullo nacional o local) cuyas funciones eran complejas y varias: religiosas, económicas, sociales y políticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Atkinson. R. J. C, «Moonshine on Stonehenge », *Antiquity*, vol. 40, 1966. Hawkins, *Stonehenge decoded*.
 Niel, Fernand, *Stonehenge, el templo misterioso de la prehistoria*, Plaza y Janes,

Barcelona, 1974.

Renfrew, Colin, *Before Civilization*, Penguin Books, Ltd., 1976.

El desciframiento de las escrituras antiguas.

EL DESCIFRAMIENTO DE LAS ESCRITURAS ANTIGUAS

¿C ómo nació la escritura? Se supone que en su primer balbuceo fue el dibujo o pictograma que valía por lo que representaba: hombre, barca, sol, etc. El hombre moderno utiliza todavía algunos pictogramas, por ejemplo esas siluetas decimonónicas de una señora o de un caballero pintadas sobre las puertas de los retretes públicos. Con el tiempo, los pictogramas se esquematizaron y nació el ideograma, de significado más extenso: el ideograma del Sol, un circulito, significaría varios conceptos asociados al astro rey: calor, luz, día, etc. Todavía usamos muchos ideogramas en las señales de tráfico.

La escritura ideogramática no resultó nada práctica porque el sistema requería un enorme número de signos para expresar un mensaje algo complejo. Figúrense: el chino, un arcaico sistema ideogramático desarrollado en el siglo II a. de C, consta de unos 49000 caracteres distintos.

Cuando la progresiva esquematización despojó al dibujo de todo parecido con la cosa representada el proceso estuvo maduro para que el ideograma diera paso al fonograma, es decir, la valoración no del objeto representado sino del sonido de la palabra que lo designa. Fue un gran avance en la simplificación de los sistemas de escritura. Vamos a suponer que nos estamos inventando una escritura y que hemos comenzado por asociar el concepto «piso», es decir, la vivienda del hombre moderno, al pictograma de la planta de un piso tomado de un folleto de promoción inmobiliaria. En él distinguimos el piso con su entrada, su baño provisto de los correspondientes sanitarios, su cocina, su cuarto de estar y sus dormitorios. Como es demasiado complicado de dibujar, en seguida lo reducimos a un ideograma en el que sólo se aprecia un rectángulo con tres o cuatro arbitrarias divisiones internas. El paso siguiente es la valoración fonética, es decir, hacer que ese garabato signifique las consonantes de la palabra *piso*, el grupo *p-s*. Cada signo representa una sílaba o combinación de consonante con vocal (ejemplos: *pa, pe, pi, po, pu*), o una vocal pura. Siendo así, nuestro garabato podrá servir, además, en diferentes contextos, para escribir nuevas palabras: *poso, paso, peso, puso*. Ya tenemos lo que se llama un silabario. Silabarios actuales son el japonés y el etíope.

Si las escrituras ideogramáticas tenían miles de signos distintos, los silabarios redujeron sus signos a un número mucho más manejable, entre 50 y 100. El sistema seguía siendo todavía bastante complicado. El paso siguiente consistió en que el signo solamente designara una consonante, la inicial del grupo silábico. De este modo el código se simplificó y se redujo a menos de la mitad de los signos, entre 20 y 35. Con ellos se podía consignar el valor fonético de todas las posibles palabras del idioma. Así nació el alfabeto y sólo hubo que añadirle nuevos signos que representaran las vocales para alcanzar el final de la evolución.

Otro ejemplo: la palabra egipcia *casa*, es decir, *peri*, es, en su origen, un pictograma que representa un rectángulo abierto. En un estadio posterior este dibujo equivale a las consonantes de la palabra, es decir, *p-r* y se puede usar para cualquier palabra que las contenga. Más adelante se usa solamente para la primera consonante, la *p*. De este modo el signario se reduce a las veinticuatro consonantes del egipcio y podemos componer con ellas cualquier palabra.

Remontando el proceso a la inversa se han identificado los pictogramas que subyacen detrás de nuestras familiares letras. La *a* fue, en su remoto origen, el dibujo de una cabeza de buey; la *b*, el de un rectángulo abierto que representaba la planta de una

casa; la *d*, el dibujo de un pez; la *e*, una figura humana con los brazos alzados en actitud de orar; la *o*, fue un ojo...

UN INVENTO PARA LOS CONTABLES

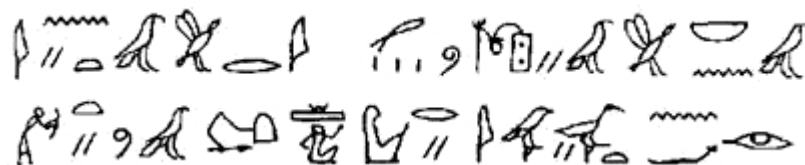
El primer sistema de escritura nació en Sumer (donde hoy está Iraq) hacia el año 3500 a. de C. El desarrollo agrícola y urbano de aquella zona produjo unas relaciones económicas y administrativas de tal complejidad que requirieron escritura y contabilidad. La escritura de los sumerios era todavía bastante complicada pues usaba más de dos mil signos, algunos de los cuales representaban palabras completas y otros sílabas. Esta escritura es llamada cuneiforme porque sus letras se dibujaban con trazos rectos sobre ladrillos blandos con ayuda de un punzón. Estos ladrillos, convenientemente cocidos y archivados, formaron las primeras bibliotecas del mundo que los arqueólogos han encontrado, prácticamente intactas, en Uruk (hoy Warka) y Kish (hoy Tell al-Ohemir) en Iraq. Su estudio nos ha suministrado datos preciosos para conocer las sociedades mesopotámicas.

La escritura cuneiforme sumeria fue imitada por otros pueblos de la región: acadios, babilonios, asirios, huritas, elamitas e hititas. Allí y en otros lugares del mundo, a medida que se desarrollaban las sociedades, fueron surgiendo distintos sistemas de escritura: el protoelamita y el egipcio (hacia el 3000 a. de C), el protoindico (2200 a. de C), el cretense (2000 a. de C.) el hitita (1500 a. de C.) y el chino (1300 a. de C).

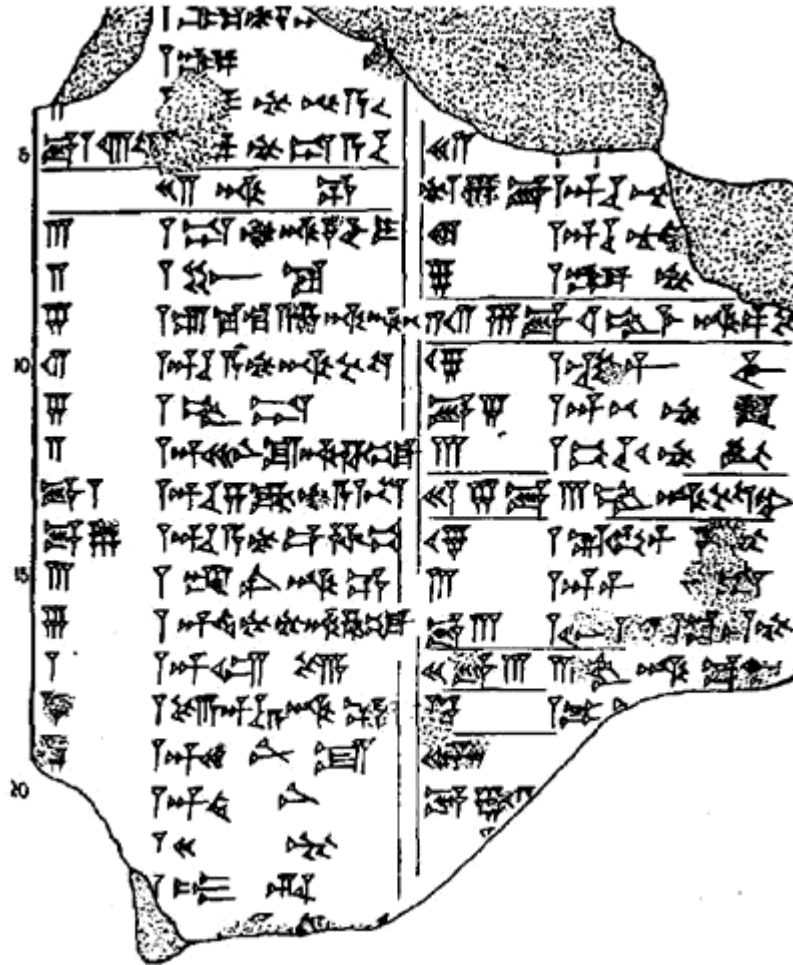
De todas estas escrituras, quizá la más conocida, por lo que tiene de decorativa, sea la jeroglífica egipcia, una escritura pictográfica que, aunque evolucionó hacia otra más esquematizada, la llamada hierática, nunca cayó en desuso debido al carácter conservador de la casta sacerdotal egipcia que la empleaba. Incluso esta hierática evolucionó y se simplificó para dar lugar, hacia el 500 a. de C, a la escritura demótica o egipcia popular.

Los egipcios usaban papiro, una especie de papel grueso obtenido de cierta paja abierta y prensada. (El papel propiamente dicho fue un invento chino que no se conoció en Europa hasta la Edad Media).

Muchos aparentes ideogramas del jeroglífico egipcio son, en realidad, fonogramas (sílabas y consonantes) que coexisten con ideogramas propiamente dichos. La palabra egipcia escrita suele constar de varios fonogramas seguidos de un ideograma que completa el sentido de lo expresado. Por ejemplo «día» o «claridad» contienen una serie de dibujos que se leen fonéticamente, seguidos de otro, un círculo solar, que representa el ideograma «Sol». Otro ejemplo: el pictograma del rectángulo abierto que significaba *piri* «casa», citado más arriba, puede actuar unas veces como ideograma en su significado completo de «casa», reforzando la escritura fonética de palabras como *mnw* «fortaleza», pero otras veces representa simplemente al fonograma *p-r*. Lo cual quiere decir que distintos estadios de desarrollo coexisten y se complementan utilizando los mismos signos.



Escritura pictográfica en un jeroglífico egipcio (según Geraldine Harria).



Tablilla cuneiforme TC 33332 del Museo Británico que contiene el catálogo de los Reyes de Babilonia (según James).

En el Mediterráneo oriental del segundo milenio a. de C, cuna de la civilización occidental, existían cuatro sistemas de escritura: el hitita pictográfico, el jeroglífico egipcio, el micénico y el sumerio. A todos ellos les quedaba mucho por evolucionar. Tenían tantos signos que su aprendizaje resultaba difícil. Sólo unas pocas personas pertenecientes a la casta sacerdotal y administrativa sabían escribir o leer. Pero el número de signos se fue reduciendo con la aparición de los primeros silabarios, de los que a su vez derivarían los alfabetos.

LOS ALFABETIZADORES FENICIOS

No está muy claro dónde surgió el primer alfabeto. Se apunta a dos posibles orígenes: el llamado protosinaítico, que se manifiesta en una serie de inscripciones de la península del Sinaí datadas hacia 1500 a. de C; y el alfabeto ugarítico, usado en la ciudad cananea de Ugarit, hoy Ras Schambra, Siria, hacia 1400 a. de C.

Este alfabeto cananeo se propagó por la región y fue adoptado por las ciudades fenicias de la costa. Los fenicios, activos comerciantes con todo el Mediterráneo, lo extendieron por el mundo conocido. De su versión del alfabeto se derivaron los de muchas otras lenguas, tanto semitas como indoeuropeas: el hebreo, el árabe, el sirio, el griego (que a su vez produjo el latino y el cirílico, usado hoy en Rusia y alrededores). Solamente algunas culturas asiáticas resistieron la alfabetización de sus lenguas. Ya hemos visto que China y Japón siguen siendo pictográficas aunque hoy el progreso les impone el uso de alfabetos occidentales.

El alfabeto más antiguo, el protosinaítico, contenía entre veinticinco y treinta signos pictográficos. El canaanita en su versión más influyente, la fenicia, se reduce ya a veintidós letras.

Todos estos sistemas de escritura evolucionaron con los pueblos que los usaban y

muchos desaparecieron con ellos. El torbellino de la historia lo aventó todo y al final solamente quedó un Mediterráneo romano en el que pervivieron dos sistemas de escritura derivados del fenicio: el latino y el griego. A un nivel más restringido continuaron existiendo el hebreo y otros de menor entidad.

LA ERA DE LOS DESCIFRADORES

Fue a partir del siglo XVIII cuando los arqueólogos se plantearon la necesidad de descifrar los numerosos textos escritos que aparecían en las excavaciones. El temprano ejemplo de Champollión animó a muchos científicos que desde entonces han dedicado sus vigiliias, incluso vidas enteras, a la ardua tarea de descifrar las lenguas del pasado, a veces con resultados descorazonadores.

Jean François Champollión (1790-1832) fue uno de los sabios que acompañaron a Napoleón en su campaña de Egipto. Champollión advirtió que el jeroglífico egipcio, al igual que sus derivados, la escritura hierática y la demótica, era fonético y no simbólico (por eso constaba solamente de unos setecientos signos en lugar de muchos miles). Los sacerdotes, que eran los principales usuarios del jeroglífico, lo habrían podido simplificar, pero parece que lo mantuvieron deliberadamente complicado para evitar su difusión.

LA PIEDRA DE ROSETTA

En 1799, unos zapadores del ejército napoleónico que estaban construyendo parapetos en la antigua fortaleza de Rachid, cerca de la localidad de Rosetta, en el delta del Nilo, encontraron casualmente una lápida basáltica, sobre la que se había cincelado una misma inscripción en jeroglífico, en demótico y en griego. El texto conmemoraba las donaciones que el rey Tolomeo V Epífanes, del siglo a. de C, hacía a cierto templo.

La famosa piedra de Rosetta sería la clave para descifrar la escritura egipcia. Hoy es una de las más preciadas joyas del Museo Británico.

Después de la derrota de Napoleón, los ingleses confiscaron y trasladaron a Londres múltiples objetos arqueológicos que el ejército francés había rapiñado en su campaña egipcia, entre ellos la piedra de Rosetta que hoy se exhibe a la entrada de las salas egipcias del Museo Británico.

De regreso en París, Champollión siguió sus trabajos sobre el molde en escayola que previsoramente había sacado de la inscripción de Rosetta. En Londres otros colegas suyos que disponían de la piedra original tuvieron menos suerte.

Champollión dedujo que aunque el jeroglífico egipcio conservara el aspecto externo de un pictograma, sus signos eran, en realidad, letras, es decir, signos fonéticos. Prestó atención particularmente a dos palabras que aparecían en la inscripción griega, los nombres de los reyes Tolomeo y Cleopatra. En la escritura jeroglífica ciertas palabras aparecían encerradas dentro de un rectángulo de redondeadas aristas, un cartucho, como él lo denominó. ¿No serían éstos los nombres reales? Hizo una comparación entre sus dibujos componentes teniendo en cuenta el orden de las letras en los nombres griegos equivalentes y descubrió que coincidían. ¡Había encontrado el cabo del ovillo! A partir de este punto su trabajo se simplificó bastante. Consistió en descifrar los valores fonéticos de cada signo jeroglífico a partir del egipcio tardío, que se escribía con letras griegas.

EL ARQUITECTO QUE DESCIFRÓ UN ENIGMA

De todos los admiradores de Champollión que han aceptado desde entonces el desafío de descifrar una lengua antigua, quizá el más famoso sea el joven Michael Ventris, descifrador del Lineal B. Leer el Lineal B ha sido el desafío intelectual que más ha fascinado al mundo científico en lo que va de siglo. No deja de ser paradójico que el éxito estuviera reservado a Ventris, un simple aficionado que no era historiador ni especialista en lenguas antiguas.

Los historiadores de finales del siglo XIX se enfrentaban a un enigma. Las excavaciones de Troya y Micenas habían sacado a la luz una sociedad muy

desarrollada en la prehistoria griega. Sin embargo, no había rastro de ningún sistema de escritura. El alfabeto griego llegó de Fenicia varios siglos después de la caída de Micenas. ¿Es posible que una sociedad tan desarrollada como la micénica no conociera la escritura? La idea resultaba difícil de aceptar a Arthur Evans, director del Museo Ashmolean de Oxford (Inglaterra). Por eso, cuando llegaron a su museo algunos sellos egeos inscritos con signos desconocidos comenzó a sospechar que aquellos pictogramas podían ser indicio de una escritura micénica. Solamente había una manera de confirmarlo: buscando pruebas más concluyentes en la propia Grecia. En 1893 se trasladó a Grecia y se dedicó a comprar todos los sellos con pictogramas que pudo hallar en los tenderetes de los anticuarios atenienses. Según los vendedores, aquellos sellos procedían de Creta. Fue a Creta en pos de los sellos. Las campesinas cretenses los llamaban «piedras de leche» y los usaban como amuletos contra el mal de ojo cuando estaban amamantando a un hijo.

Finalmente, Evans adquirió una parcela de tierra en cierto lugar donde, según todos los indicios, había existido un poblado antiguo. Luego contrató obreros, se puso a excavar y desenterró el palacio de Cnosos: había encontrado no sólo lo que buscaba sino también los restos de la cultura cretense o minoica que floreció unos 2000 años antes de nuestra era, primero en Creta y luego en Micenas. La opinión tradicional aseguraba que esta civilización procedía, por migración o difusión, del cercano Oriente, pero hoy día se postula un origen autóctono, fruto de procesos locales no ajenos, por supuesto, a ciertas influencias del Mediterráneo oriental.

Regresemos ahora a las excavaciones de Cnosos. El 30 de marzo de 1900, Evans topó con algunas tablillas de arcilla semejantes en forma y dimensiones a las hojas de palma que los antiguos cretenses usaban para escribir, según el testimonio de Plinio el Viejo, como los egipcios usaban el papiro. Evans dedujo, acertadamente, que aquellas tablillas reflejaban la contabilidad de los almacenes reales, Evans distinguió en las tablillas unos setenta signos distintos. Diez de ellos eran idénticos a otros del silabario chipriota y otros diez presentaban cierta similitud con algunas letras del alfabeto griego. En 1901 publicó sus primeras conclusiones: los pictogramas de las piedras de la leche eran muestra de una escritura jeroglífica formada por dibujos de manos, estrellas, flechas y otros objetos semejantes datable entre el 2000 y el 1650 a. de C. En una segunda fase, entre 1750 y 1450 a. de C. (o más antigua), los pictogramas se reducen y esquematizan y dan lugar a un probable silabario que denominó Lineal A. Una tercera fase, datable desde 1400 a. de C hasta la destrucción de la cultura micénica, hacia 1200 a. de C, fue denominada Lineal B.

Hoy los micenólogos han corregido los cálculos de Evans. Los sellos minoicos fueron producidos entre 1850 y 1650 a. de C. Son prácticamente indescifrables. Luego está lo que Evans denominó Lineal A, un silabario escrito en un idioma desconocido que dejó testimonios en Creta, en Cnosos y algunas islas pertenecientes al imperio minoico. El Lineal A se usó entre 1650 y 1450 a. de C, es decir, hasta la abrupta decadencia de la talasocracia minoica causada por la erupción del volcán de Thera a la que nos referimos páginas atrás. Parece que, después de la catástrofe, las islas cayeron en poder de los caudillos micénicos de Grecia. Los antiguos escribas cretenses del Lineal A se mantuvieron al servicio de los nuevos amos pero escribiendo en la lengua de los conquistadores, que era griego arcaico, y el resultado fue lo que se ha llamado Lineal B. Así que el famoso Lineal B es una mera adaptación del Lineal A cretense, cuyo idioma no es griego, al griego arcaico que hablaban los micénicos. Algunos creen que la lengua del Lineal A era semítica, otros opinan que era indoeuropea y procedía de Asia Menor (¿hitita, o luvita?).

Las excavaciones de Cnosos, Pilo y otros lugares han suministrado más de seis mil tablillas escritas en Lineal B. Los textos contenidos en estas tablillas no son religiosos ni literarios, como los de las bibliotecas mesopotámicas. Lo que nos ofrece el Lineal B,

después de tantos esfuerzos por descifrarlo, son libros de cuentas del palacio, inventarios, listas de gastos o de ingresos, prosaicos documentos contables. Las tablillas eran grabadas con un punzón y se guardaban en cestos que eran precintados. Se supone que al final de cada año se hacía arqueo y se sacaba en limpio lo esencial. El resto de las tablillas se reciclaban borrando lo escrito con un trapo húmedo. Así quedaban listas para ser usadas de nuevo.

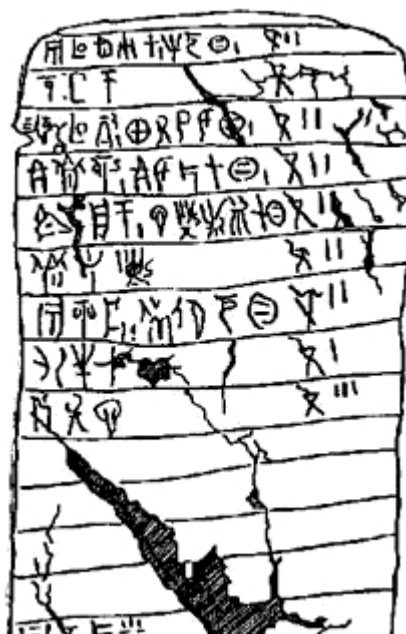
El Lineal B sólo fue usado durante un par de siglos. Hacia 1200 nuevas invasiones (¿dorios, «pueblos del mar»?), destruyeron los centros micénicos cretenses y la escritura palatina que usaban los vencidos no volvió a emplearse. Cuando los palacios fueron incendiados, el fuego horneó las tablillas en los archivos y las endureció dándoles consistencia de ladrillo, gracias a lo cual se han conservado.

Luego el mundo griego dejó de escribir y se analfabetizó (excepto en el mínimo reducto de la isla de Chipre, donde se desarrolló un silabario que se seguiría usando hasta el siglo ni a. de C). Tuvieron que transcurrir otros tres siglos para que los griegos aprendieran nuevamente a escribir su lengua, esta vez usando el alfabeto fenicio.

¿Y el disco de Festo? Cuando se habla de escrituras minoicas y micénicas la referencia al dichoso disco de Festo es obligada. Se trata de una placa cerámica de pequeño tamaño en la que se imprimió, mediante cuños de madera, por un procedimiento tipográfico, una serie de ideogramas. La leyenda tiene forma de espiral y ocupa las dos caras del disco. El enigmático objeto se encontró en 1908, y desde entonces todas las tentativas de descifrar su escritura han fracasado. No se sabe absolutamente nada de él, ni siquiera si es cretense, pues también podría proceder de Asia Menor. Parece lógico que sea anterior a los Lineales A y B pero algunos autores apuntan una cronología más reciente, quizá hacia 1650 a. de C. No faltan los imaginativos que lo suponen reliquia de la escritura atlante o talismán dejado por visitantes extraterrestres. Vaya usted a saber.



Tablilla cretense escrita en Lineal A (según Kurt Benesch).



Tablilla cretense escrita en Lineal B (según Bell).

En 1909, Evans publicó sus *Scripta Minoa I*, primer volumen de inscripciones, dedicado principalmente a los jeroglíficos. Quería dedicar otros los volúmenes al Lineal A y el B respectivamente, pero circunstancias personales y dos guerras mundiales se lo impidieron. En 1935 sólo se habían publicado ciento veinte tablillas, Evans falleció en 1941. Cuatro años después Cartatelli publicó los textos más importantes del Lineal A. Las notas que Evans había dejado para los proyectados *Scripta Minoa* aparecieron en 1952 revisadas por su amigo sir John Myres, Las conclusiones de Evans sobre el lenguaje que contenían las tablillas cretenses tienen hoy sólo un interés parcial, Evans era demasiado subjetivo, como todos los arqueólogos de la época. En su clasificación, un jeroglífico se diferenciaba de un pictograma por lo convencional que a él le pareciera el dibujo representado; un signo jeroglífico se diferenciaba de otro Lineal según distinguiese o no un dibujo en el signo.

Al promediar el siglo, los estudiosos contaban ya con un corpus suficiente para poner manos a la obra de descifrar el Lineal B. Desde el principio se catalogaron unos ochenta y nueve signos. Como las escrituras alfabéticas no suelen pasar de la treintena, se dedujo que era una escritura silábica. Aparte de los signos silábicos y de los correspondientes a numerales y medidas, había un tercer grupo de signos: ideogramas que representaban objetos, animales o personas mencionados en el texto. Averiguar el funcionamiento de los sistemas numerales y de medidas del Lineal B fue relativa mente simple. Sus usuarios se basaban en un sistema decimal, seguramente porque la primera contabilidad se hizo con los dedos de las manos.

EL SILABARIO CHIPRIOTA

Ya hemos mencionado el silabario chipriota clásico que fue usado para escribir griego hasta el siglo III a. de C. El chipriota clásico había sido descifrado en el último tercio del pasado siglo con ayuda de inscripciones bilingües fenicio-chipriotas y greco-chipriotas. Diez signos de este silabario eran similares a los del Lineal B; otros eran parecidos. Esta similitud despistó a los estudiosos del Lineal B pues casi todos tomaron estas coincidencias como base de partida y comenzaron sustituyendo los valores fonéticos de los correspondientes signos chipriotas. Nadie se detuvo a pensar que en distintos lenguajes un mismo signo puede equivaler a dos sonidos distintos. De esta premisa errónea se dedujo una conclusión igualmente errónea: el Lineal B no podía ser griego. Ésta era la teoría de Evans que todo el mundo aceptó sin objeción. Durante decenios casi nadie se atrevió a contradecir al patriarca de los estudios minoicos. Al arqueólogo A. J. Wace, que sostuvo la opinión contraria, se le impidió excavar en

Grecia durante mucho tiempo. Así de quisquilloso y mezquino es, a veces, el mundo científico.

Hubo otros errores. Algunos estudiosos mezclaron el Lineal A con el B sin advertir que se trataba de idiomas distintos, e incluso barajaron los signos del famoso disco de Fastos, como si todo perteneciese al mismo lenguaje. Se dieron infinitos palos de ciego sin avanzar un paso: en 1931, F. G. Gordon relacionó el Lineal B con el vasco en su obra *Through Basque to Minoan* y tradujo algunas tablillas leyéndolas unas veces de izquierda a derecha, otras de derecha a izquierda y otras invirtiéndolas. Iba bastante descaminado pues tomó los prosaicos inventarios de los almacenes de Cnosos por poemas elegiacos. Por la misma época miss F. Melian Stawell publicó *A Clue to the Cretan Scripts* y propuso que el Lineal B era griego. En el fondo llevaba razón, pero el griego resultante de sus traducciones era tan disparatado que provocó la hilaridad de los especialistas en lenguas clásicas y la condujo a un callejón sin salida. Algo parecido ocurrió al sueco Axel Persson en 1932, otro partidario del griego, cuya labor se vio malograda quizá porque manejó un número de inscripciones demasiado reducido. El checo Bedrich Hrozny publicó en 1949 *Les Inscriptions Crétoises, Essai de déchiffrement*, donde comparando el Lineal B con otras escrituras de la Antigüedad llegaba a la conclusión de que se trataba de un lenguaje indoeuropeo emparentado con el hitita que él había descifrado en su juventud. En 1950, el alemán Ernst Sittling abordó el problema desde otro ángulo, presentando un cálculo de frecuencia de signos. Era una buena idea, pero fracasó por partir de la errónea premisa del parentesco chipriota. De los catorce signos que identificaba inequívocamente, sólo tres eran correctos.

Hubo otras propuestas igualmente descaminadas que intentaron emparentar el Lineal B con el sumerio, el finlandés, el etrusco e incluso con un lenguaje hipotético, el pelásgico. Todo en vano: a pesar de los esfuerzos de tantos científicos y aficionados, el Lineal B se resistía y continuaba guardando celosamente su secreto. Medio siglo después del descubrimiento de las tablillas cretenses, el estado de la investigación era caótico y desalentador.

Así estaban las cosas cuando alguien dio unos pasos en la dirección adecuada. En 1943 la doctora Alice E. Kober publicó el primer intento metódico de análisis de textos que ponía de manifiesto que el idioma del Lineal B hacía distinción de géneros y presentaba, en algunas palabras, dos variantes distintas de la forma básica (los llamados «tríos de Kober»), lo que denotaba la existencia de declinaciones. Kober demostró también que el Lineal A y el B eran lenguajes distintos y que, debido a la presencia de inflexiones, el B sería más fácil de descifrar.

EL NIÑO QUE QUISO LEER LAS TABLILLAS

En 1936 el ya anciano Arthur Evans (que acababa de obtener el título de Sir en reconocimiento a su labor científica) pronunció una conferencia en Londres. Entre los asistentes había un colegial de catorce años de edad, Michael Ventris, que al finalizar la conferencia se aproximó a ver de cerca las tablillas cretenses con las que el sabio había ilustrado su charla. El anciano arqueólogo no podía imaginar que aquel tímido colegial que tenía delante descifraría algún día el Lineal B, una empresa en la que él había fracasado.

Cuatro años más tarde, Michael Ventris, ya estudiante de arquitectura, envió al director de la prestigiosa revista *American Journal of Archeology* un artículo titulado «Introducción al lenguaje minoico» en el que relacionaba el Lineal B con el etrusco y algunos dialectos asiáticos. La revista publicó el trabajo sin sospechar que procedía de un joven de dieciocho años que estudiaba el silabario minoico por hobby. Corrían los tiempos de la segunda guerra mundial y el joven Ventris se entrenaba para ser navegante de bombardero. Tan entregado estaba a sus investigaciones sobre el lenguaje cretense que, ya enrolado en la RAF, llevaba consigo sus notas en las misiones sobre Alemania para seguir trabajando en el Lineal B cuando el avión

regresaba a la base.

En 1950 Ventris envió un cuestionario a doce especialistas que trabajaban sobre aspectos de la escritura cretense. ¿Qué tipo de lenguaje puede ser el cretense? ¿Qué relaciones pueden existir entre el Lineal B y el chipriota? ¿Cuáles entre el Lineal A y el B? ¿Qué estructura gramatical puede tener el Lineal B? Diez de los encuestados respondieron: el americano Bennett, los alemanes Bossert y Grumach, el austríaco Schachermeyr, los italianos Cartatelli y Peruzzi, el búlgaro Georgiev, el griego Ktistopoulos, el finlandés Sundwall y el inglés Myres. Eludieron la respuesta el checo Hrozny, ya anciano, para quien el cuestionario no tenía objeto, puesto que ya creía haber descifrado el Lineal B, y la doctora Alice Kober que en breve carta se excusó: no creía que aquel cuestionario sirviera para nada.

Ventris ordenó las respuestas recibidas, las tradujo al inglés y, uniéndolas a sus propias conclusiones sobre el tema, las devolvió a los especialistas encuestados en un informe que tituló *The languages of the Minoan and Mycenaean Civilizations* (más conocido hoy como *Mid-Century Report*). Sí algo probaba la encuesta era que los estudiosos no se ponían de acuerdo sobre las características fundamentales del Lineal B. Ventris era partidario de establecer relaciones entre los signos del silabario antes de intentar deducir sus valores fonéticos. Todos los científicos encuestados habían comenzado por estudiar los posibles valores fonéticos, siempre a partir del silabario chipriota, a excepción de la doctora Kober.

Ventris abordó el problema del desciframiento desde una óptica criptográfica. La criptografía, o ciencia de descifrar los mensajes cifrados, había avanzado mucho durante la guerra mundial. En 1951, Bennett —con el que Ventris mantenía correspondencia— publicó las tablillas de Pulos (encontradas en 1939), y con ellas la última confirmación de que el Lineal A y el B representan, ciertamente, lenguajes distintos.

Entre 1950 y 1952 el joven arquitecto hizo circular periódicamente el resultado de sus investigaciones entre un reducido número de científicos interesados en el problema. Del examen de estas veinte «Notas de Trabajo» (176 folios en total), se deduce el sistema usado por Ventris para descifrar el Lineal B. Sería prolijo examinar en detalle la trayectoria de estas notas: en ellas se reflejan las pistas falsas que a veces lo encandilaron y los errores que cometió, junto a los aciertos y deducciones que lentamente le fueron desvelando el secreto. El sistema de Ventris se basaba en la determinación de una tabla en la que se reflejaban los signos que usaban una determinada consonante y una determinada vocal. Básicamente se trataba de distribuir cinco vocales y doce consonantes en una cuadrícula de la que se pudiesen deducir los valores fonéticos de los signos atendiendo a su incidencia ortográfica. El sistema no era nuevo. Había sido usado ya por Schmidt para descifrar el silabario chipriota; pero Ventris, siguiendo a Kober, lo construyó empíricamente con valores abstractos, esto es, sin identificar en principio a qué valores fonéticos correspondían los signos del silabario.

Ventris avanzaba lentamente en sus investigaciones siguiendo diversos métodos combinatorios y estadísticos que tenían en cuenta la frecuencia de los signos y sus posiciones relativas (inicial, medial o final), así como las posibles asociaciones entre signos. Tres signos predominaban en posición inicial, los que Ventris había catalogado con los números 08, 61 y 38. El 61 aparecía también, a veces, en posición final. El 78 debía ser una conjunción que significase «y» y apareciera a final de palabra (como el *que* latino). Luego logró identificar algunos prefijos: 61-, 36-, 39-, 08-. Algunos de ellos podían alternarse. También comparó palabras similares que se diferenciaban tan sólo en una parte de sus letras: podían ser la misma palabra con distinto final (declinaciones o conjugaciones). «Es arriesgado adivinar —escribía— cuáles son las consonantes o vocales, pero se puede predecir que cuando por lo menos la mitad de los signos del

silabario se hayan fijado con seguridad en la tabla, necesitaremos un número limitado de deducciones lingüísticas para resolver toda esta ecuación simultánea». Las Notas de Trabajo contienen tres tablas experimentales que representan otros tantos estadios de trabajo.

A veces una circunstancia fortuita ayudaba: el escriba había cometido un error y había raspado superficialmente el signo equivocado para escribir encima el correcto, pero ambos eran legibles. Esto sugería posibles relaciones entre pares de signos: 38 y 28, 03 y 11.

El mayor número de variaciones estaba en los finales de palabra. La doctora Kober había identificado algunas inflexiones como las que suelen aparecer en cualquier idioma (por ejemplo en español: continuar, continuaban, continuando, continuaremos). Como era evidente que las tablillas contenían casi exclusivamente nombres, el problema de la inflexión del verbo no se mezclaba con el de las declinaciones del sustantivo. Ventris se esforzaba en aislar las partículas conjuntivas y las flexiones por declinación de las palabras. Así pudo inferir algunos rasgos gramaticales: había, por lo menos, tres casos, dos números y dos géneros. También se pudieron dividir los nombres en cuatro categorías: de lugar, de persona, de oficios y generales. Del estudio y comparación de las flexiones dedujo la posibilidad de establecer cuándo ciertos nombres usaban diferente vocal con la misma consonante. Se iba revelando una escritura emparentada con el griego clásico.



El disco de Festo (según Kurt Benesch).



Lápida con inscripción tartésica (según James).

En agosto de 1951, Ventris preparó una lista de ciento cincuenta y nueve palabras que demostraban una variación inflexional. De ésta y otras listas dedujo posibles vínculos entre signos que compartían la misma consonante. Luego, comparando algunas inflexiones que podían ser de género más que de caso, según ocurrieran con el ideograma de hombre o con el de mujer, dedujo cuáles expresaban el masculino y cuáles el femenino. Cuando envió su Nota de Trabajo número 19 (marzo de 1952), Ventris había hecho progresos en la reconstrucción del sistema de flexiones del Lineal B. A pesar de ello seguía buscando paralelos etruscos y no sospechaba que lo que hablaban los antiguos cretenses fuera griego.

CULANTRO: LA PALABRA MÁGICA

La Nota de Trabajo número 20 llevaba un título desconcertante: *¿Están escritas en griego las tablillas de Cnosos y Pilos?* A él mismo le escandalizaba la hipótesis y parte del texto lo dedicaba a excusarse por haberla sugerido. Había una palabra que se relacionaba con el ideograma de una especie de puchero con su tapadera. Esta palabra aparecía en contextos similares y presentaba una grafía en Cnosos y otra distinta en Pilos:

Cnosos: 70 – 53 – 57 – 14-52

Pilos: 70- 53- 25- 01 – 00.

Sin embargo, la deducción lógica apuntaba a una identidad formal de las consonantes contenidas en las dos grafías. La palabra se podía leer:

ko- l/ri-ya-to-no

lo que guarda una cierta similitud con la palabra griega *koriannon* o *koliandron* (la especia «culantro»). Ventris tenía buenas razones para rechazar esta palabra como prueba decisiva. Podía tratarse de un préstamo cretense introducido en el griego, fenómeno muy corriente entre lenguas vecinas. Pero otros descubrimientos devolvieron a Ventris al verdadero camino que conducía a la resolución del enigma.

Las palabras que designaban *muchacho* (170 –42), y *muchacha* (70 – 54), empezaban por *ko*. En griego una de las palabras que significan *muchacho* empieza por *ko*: *koros* y *muchacha* se dice *kore*. Esto en el dialecto ático (griego clásico). Homero, que escribe en jónico, usa la forma *kouros*. Los dialectos usan *koros*. La forma hipotética original, reconstruible a partir de las diversas variedades dialectales, es *korwos* para *muchacho* y *kowa* para *muchacha*. Ventris observó que el cretense 70– 42 y 70–54 podía coincidir con estas formas siempre que se sobreentendiera alguna abreviación en la escritura:

	Singular	Plural
Masculino	ko(r)-wo(s)	ko(r)-wo(i)

La fijación del valor *w* y su identificación posibilitó la corrección de una serie de valores en las Notas de Trabajo. Otras palabras sugerían cierto parentesco con el griego:

08-60-02-15-+04-13-06

podía leerse:

a -l /r. - m. - t

lo que sugería la palabra griega (*h*) *armata* (carros).

Con los nombres propios sucedía otro tanto: *Ko-no-so* era Cnosos; *pu-ro* era Pilos; *ak-a-i-re-u* era Aquiles; *po-se-da-o* era Poseidón. Así, pues, el lenguaje se iba revelando como griego. En junio de 1952, Ventris ofreció una charla por la BBC con motivo de la publicación de *Scripta Minoa II* y aprovechó la ocasión para anunciar su descubrimiento; «He llegado a la conclusión de que las tablillas de Cnosos y Pilos deben estar éstas en griego, después de todo. Un griego difícil y arcaico, considerando que es quinientos años más antiguo que el de Homero y que está escrito en una forma abreviada, pero griego al fin y al cabo». Para ilustrar su descubrimiento citó cuatro palabras griegas de las que había identificado recientemente:

poimen (pastor).

kerameus (alfarero).

khalkeus (herrero de bronce).

Khrusoworgos (platero).

y después tradujo varias frases completas. John Chadwick, un especialista en fonología clásica, estaba escuchando la emisión con cierto escéptico interés porque la hipótesis del aficionado no le inspiraba gran confianza. De repente algo le llamó la atención: Ventris había mencionado la palabra *khrusoworgos*: el sonido *w* no existía en casi ninguna forma del griego clásico, pero él sabía que debía aparecer en un dialecto arcaico puesto que su pérdida estaba todavía reciente en época homérica. Chadwick no tardó en comprobar por sus medios las aseveraciones de Ventris, al que no conocía personalmente, y su asombro fue mayúsculo cuando comprendió que el joven arquitecto estaba en lo cierto.

A pesar de ello, el desciframiento del Lineal B pasó desapercibido al principio. Por otra parte, como el propio Ventris admitía, quedaba aún mucho camino por recorrer para que este desciframiento pudiese considerarse satisfactorio.

LA PIEDRA DE ROSETTA DEL LINEAL B

Chadwick comunicó a Ventris el resultado positivo de sus comprobaciones. De aquí nació una buena amistad entre los dos estudiosos que en adelante unieron sus esfuerzos en la investigación y desciframiento del Lineal B. La primera publicación conjunta fue un artículo en el número LXXIII (1953) del *Journal of Hellenic Studies* bajo el modesto título «Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives». En él presentaban sesenta y cinco signos del silabario con sus valores fonéticos. Desde entonces seis de ellos han sido modificados y sólo otros pocos han sido descifrados. Mientras este artículo estaba en la imprenta un hallazgo fortuito vino a confirmar el valor y el alcance del desciframiento: una tablilla desenterrada por Blegen en Pilos, en cuyo texto se incluían las palabras:

ti-ri-po

ti-ri-po-de

que en griego serían *tripous* y *trípodes* (= trípode, trípodes). El descubrimiento causó sensación en los medios científicos. Muchos estudiosos que hasta entonces se habían resistido a admitir el éxito de Ventris cambiaron de opinión. A esta tablilla, la más famosa de las cuatro o cinco mil que han llegado a nosotros en micénico, se la ha

llamado la Piedra de Rosetta del Lineal B. Ventris fue aclamado universalmente como el descifrador del Lineal B y recibió la Orden del Imperio Británico «por servicios a la paleografía micénica». Sin embargo, quedaba mucho trabajo por hacer. De su colaboración con Chadwick nació un nuevo título: *Documentos in Mycenaean Greek* (1956) que, a través de quinientas páginas de complicadas demostraciones, logró convencer a casi todos los interesados. Desgraciadamente Michael Ventris murió en accidente de automóvil aquel mismo año, cuando contaba treinta y cuatro de edad. Su prematura muerte truncó la esperanza de una satisfactoria solución para muchas incógnitas que aún presentaba el Lineal B.

John Chadwick continuó en solitario la empresa de desentrañar el sentido de las tablillas micénicas. Después de veinte años de trabajo ininterrumpido, su penosa labor se nos presenta como una de las más meritorias empresas intelectuales de nuestro tiempo, y como una obra modelo de rigor científico e interpretativo. En su obra de 1976, aparecida en versión española bajo el título *El inundo micénico*, nos ofrece una síntesis de lo que debió ser la sociedad micénica a la luz contrastada del dato arqueológico y del lingüístico que ofrece la lectura del Lineal B. En ella volvemos a encontrar convincentes identificaciones:

Lineal B	Griego clásico
Arakateja (hilanderas)	Elakateíai
kowa (muchachas)	kórai
kowo (muchachos)	koúroi
ta(mia) (encargada)	tamía

Incluso estando convencidos de que la lectura del Lineal B es válida, debemos señalar que esta opinión no es universal. Durante la década de los años cincuenta se produjo un entusiasta reconocimiento del éxito de Ventris y Chadwick en el desciframiento del Lineal B, pero andando el tiempo este entusiasmo decreció sensiblemente cuando muchos estudiosos fracasaron al intentar descifrar textos cretenses siguiendo el método de Ventris. Entonces las opiniones de los que dudaban del desciframiento empezaron a ser tenidas en cuenta y algunas de ellas procedían de personas tan autorizadas como Brice, Hood (director de excavaciones en Cnosos), Sundwall, Grumash, Bengson y otros. Klaffenbach, que había aceptado el desciframiento al principio, cambió luego de opinión. Algunos siguieron convencidos de que Ventris tenía razón al opinar que el Lineal B era griego arcaico, pero aun así dudaban de que la interpretación de Ventris y Chadwick fuese la correcta. Los textos de las tablillas les parecían demasiado ambiguos y su interpretación demasiado libre.

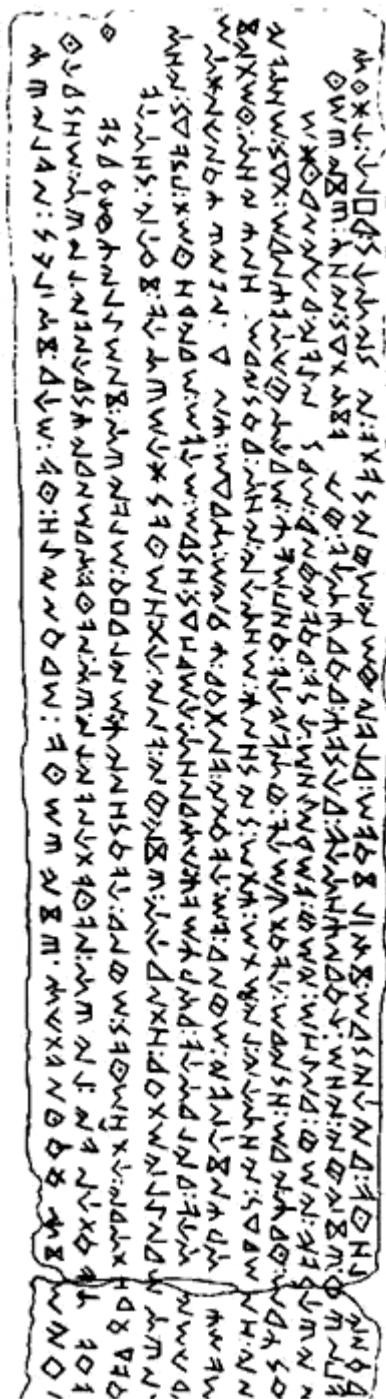
El hecho cierto es que hasta ahora no se ha encontrado un texto bilingüe que pueda sacarnos de dudas. ¿Quiere esto decir que Ventris estaba equivocado? En modo alguno. Para hacer justicia al griego que aparece en sus lecturas hemos de tener en cuenta diversos factores. Primero, que es anterior, en siglos, al primer griego alfabético con el que podemos compararlo y que en este periodo de tiempo el idioma pudo evolucionar más de lo que muchos especialistas estarían dispuestos a admitir. Por otra parte, el Lineal B nos presenta contabilidad comercial y el griego alfabético más antiguo recoge poesía épica, dos actividades humanas muy distintas que dificultan aún más la identificación de un mismo idioma si creemos en la hipótesis de la identidad griega de estos hallazgos micénicos. La opinión de Maurice Pope es que, hasta que se encuentre una prueba externa suficiente que confirme el desciframiento, «es mejor considerarlo como una teoría en el sentido de un razonamiento sólidamente construido que todavía

no puede probarse de modo lógicamente convincente».

Esa prueba externa sería un texto bilingüe que contrastara el micénico con otro idioma conocido o, en su defecto, toda la riqueza documental que el último trabajo de Chadwick nos presenta.

LAS ESCRITURAS DE LOS ANTIGUOS IBEROS

Páginas atrás hemos mencionado a la doctora Alice Kober, la filóloga que profundizó en el conocimiento del Lineal B. La doctora Kober formula la siguiente ley: «Es imposible descifrar una lengua desconocida escrita en una escritura desconocida». El Lineal B pudo descifrarse porque era una forma arcaica del griego y los investigadores partían de un conocimiento del griego clásico. Por eso el Lineal A, que no es griego, no ha podido ser descifrado. Es también el caso del etrusco. Su alfabeto, derivado del griego, no ofrece dificultad alguna, pero una vez leídas sus palabras no sabemos qué significan. Es como dar un texto en inglés a un español que no tiene ni idea de ese idioma. Reconoce las letras, puede leer, a su manera, la palabra *table*, pero nunca sabrá que significa «mesa».



Inscripción de Cotorrita (según Antonio Beltrán).

A la llegada de los romanos, la península Ibérica era un conglomerado de tribus de distintos orígenes que hablaban dialectos o idiomas distintos y escribían, cuando escribían, con distintos aunque relacionados sistemas de signos. Dentro de este conglomerado podían distinguirse *grosso modo* dos regiones: la interior, desde el sur de Portugal hasta Aragón y Vasconia, que hablaba lenguas europeas; y la mediterránea, entre Cádiz y Cataluña, abierta desde antiguo a la influencia de fenicios y griegos. La mayor parte de la península hablaba celtibérico, una lengua céltica indoeuropea algo distinta de las que hablaban sus hermanos de la otra parte de los Pirineos pero en cualquier caso emparentada con las lenguas de Europa, incluidas griego y latín (del que proceden a su vez el castellano, el catalán y el gallego). Las escrituras ibéricas han sido descifradas, unas mejor que otras, y podemos identificar aproximadamente sus sonidos, pero seguimos sin entender lo que dicen las palabras formadas con ellos. También podemos identificar algunos nombres propios, particularmente nombres de ciudades, pero eso no ayuda mucho.

En esta dificultad tiene algo que ver la pobreza de las fuentes. No hay bibliotecas, ni grandes ni pequeñas, no hay palacios o santuarios con archivos de contabilidad. Lo único que tenemos son unos cientos de inscripciones muy cortas y un par de bronceos o vasos con algunas líneas. Algunas están escritas con letras latinas pero las palabras son indígenas. Otras están escritas en los distintos sistemas de signos utilizados en la península. Poco material y pobre para abordar una tarea tan compleja. Aparte de esto hay algunas docenas de nombres de ciudades, de lugares o de personas que aparecen en autores clásicos, griegos y latinos, que escriben sobre la península y sus gentes.

EL ESPEJISMO DEL VASCOIBERO

Desde el siglo XVI, debido al amor que despertó el Renacimiento por las cosas antiguas, algunos eruditos se esforzaron por descifrar las inscripciones prelatinas que aparecían en monedas y monumentos de la península Ibérica y sur de Francia. Hasta el siglo XIX, los avances fueron lentos: sólo se consiguió identificar algunas inscripciones en monedas con leyenda bilingüe. Después se avanzó más aprisa, aunque al principio por un camino equivocado, cuando se abrió paso la tesis del vascoiberismo también conocida como tesis alemana. El primero en formularla fue el filólogo Guillermo de Humboldt quien, después de estudiar el vasco *in situ*, anunció, en 1821, que los antiguos pobladores de la península habían hablado una lengua no indoeuropea de la que descendía el vasco. El método seguido por Humboldt para llegar a esta sorprendente conclusión era dudosamente científico: se basaba en la comparación de topónimos antiguos con modernas palabras vascas. Su congénita deficiencia estribaba en que pretendía comparar una lengua desaparecida en el siglo I con otra cuyos primeros testimonios de cierta entidad aparecen en el siglo XV y que, además, cuenta con varios dialectos. Humboldt establecía sus conclusiones a partir de la comparación arbitraria entre parecidos fonéticos. Si Granada se llamó, en lenguaje ibérico, *liberris*, su nombre estaría emparentado con las palabras vascas *hiri*, «ciudad», y *berri* o *barri*, «nuevo», es decir, sería «ciudad nueva». Las conclusiones de Humboldt fueron aceptadas sin mayor crítica y pasaron a otros investigadores alemanes posteriores hasta llegar a Hübner, el compilador del corpus de inscripciones ibéricas. Los sucesores del sabio alemán se lanzaron a las más aventuradas interpretaciones. En el famoso vaso pintado de Liria que muestra unos guerreros luchando hay una inscripción para la que propusieron la lectura *gudua deisdea* que partiendo del vasco *gudu*, «lucha» y *deistu*, «llamar», tradujeron «llamada a la guerra». Hoy con la nueva lectura de untermann se lee «*kutur oisor*» que no se parece nada a las palabras vascas propuestas. Así estaban las cosas cuando el profesor Gómez Moreno abordó el desciframiento de la escritura ibérica desde otra perspectiva y logró lo que Tovar ha llamado «una de las grandes hazañas intelectuales de nuestro tiempo». Gómez Moreno estudió las monedas que en una cara presentaban el nombre de la ceca emisora escrito en ibérico y en la otra en letras latinas. Cotejando estos nombres otras lecturas descubrió que la escritura ibérica es en parte silábica y en parte alfabética y que se remonta por lo menos al siglo VI a. de C. Para Gómez Moreno, la «escritura ibérica del Nordeste peninsular procede de la tartesia del Sur. Ésta, a su vez, nació de lo Oriental Mediterráneo». Para Tovar, «existen dos polos o centros de lenguas indoeuropeas: los celtíberos en la divisoria Ebro y del Duero y el Tajo; y los lusitanos en el centro de Portugal. Parece que cántabros, astures galaicos van más con el polo lusitano que con el celtibérico».

El alfabeto grecoibérico y el hispanocelta se conocen mejor que el tartesio. De hecho el alfabeto tartesio no debe considerarse todavía satisfactoriamente descifrado. Es un silabario de treinta y dos signos del que conocemos muy poco debido a la falta de monedas bilingües en su zona de expansión, y por lo tanto sólo se hacen lecturas dudosas. Sus signos se asemejan a los del alfabeto fenicio. Si damos crédito a las pruebas arqueológicas parece que este alfabeto se introdujo hacia el 700 a. de C. por

la Baja Andalucía y luego se extendió por Extremadura, Estrabón escribe: «Los turdetanos son los más cultos de los iberos y tienen escrituras y crónicas en prosa y verso y leyes versificadas que se dice que datan de seis mil años»(III, 139). Hasta ahora no se han encontrado inscripciones tan antiguas.

Ya vemos que el panorama es complejo porque implica desentrañar distintos sistemas de escritura que, aunque estén emparentados, presentan multitud de variantes regionales y además reflejan distintos idiomas o dialectos usados por el mosaico de tribus y pueblos ibéricos. Lo que parece probado es que la escritura peninsular más primitiva se dio en la región tartésica y tiene sus inscripciones más antiguas en las estelas funerarias halladas en el sur de Portugal y Huelva (grupo del Suroeste). De allí se transmitiría a la tartésico-turdetana (grupo meridional), que suele aparecer en plomos escritos, y a la levantina u oriental (grupo ibérico) que aparece en monedas y cerámica. Los valores descifrados por Gómez Moreno eran los del Levante. Antonio Tovar señaló después la existencia de una lengua celtibérica testimoniada en inscripciones ibéricas. Por si ello fuera poco, en la zona de Alicante y Murcia, el ibérico coexiste con otra escritura grecojónica emanada de las colonias griegas de aquel litoral. A esto debemos sumar que el ibérico levantino puede estar trufado de préstamos del cartaginés. Sin embargo, no parece que sea lengua semítica. En cuanto a los elementos indoeuropeos que contiene (que podrían relacionarla con otros idiomas indoeuropeos conocidos como el griego o el latín) sólo puede decirse que son escasos.

GÓMEZ MORENO Y LOS VASCOIBERISTAS

En 1922 y 1925 Gómez Moreno publicó dos densos artículos sobre el tema en los que, además de proponer una nueva transcripción para los signos ibéricos, se atrevía a afirmar que el vasco y el ibérico eran lenguas completamente distintas, con escasa relación entre ellas. Esto desautorizaba abiertamente la tesis del vascoiberismo. Gómez Moreno señaló que se trataba de una escritura semisilábica en la que algunos signos representaban sonidos alfabéticos y otros signos vocálicos. Incluso logró distinguir entre dos alfabetos distintos, el tartésico y el ibérico propiamente dicho. Los dos estaban relacionados con el silabario grecochipriota y con el alfabeto griego arcaico. Entre los vascoiberistas que descalificaron el trabajo de Gómez Moreno destacó por su virulencia el prestigioso romanista Hugo Schuchardt que en su ancianidad veía poner en entredicho el trabajo de toda una vida.

Pero la tesis de Gómez Moreno era acertada e inevitablemente se fue abriendo camino entre los estudiosos: el alemán G. Bähr (1941) y los españoles Caro Baroja (1942) y Antonio Tovar (1946) basaron en ella sus estudios sobre lenguas prerromanas. Después de estos avances los continuadores de la tradición alemana, Ulrich Schmoll y Jürgen Untermann, profesor de la Universidad de Colonia (que ha revisado y completado el corpus de inscripciones de Hübner) aceptan unánimemente la tesis de Gómez Moreno y sus discípulos.

EL BRONCE DE BOTORRITA

El texto celtibérico más importante se encontró en Botorrita, pueblecito cercano a Zaragoza. Se trata de una placa de bronce que contiene once líneas de signos en lengua celtibérica. Antonio Beltrán cree que contiene un breve tratado de agricultura; Lejeune y otros investigadores consideran que se trata de un texto religioso procedente de algún santuario. Lo cierto es que el bronce de Botorrita no ha podido descifrarse satisfactoriamente aunque se conozca el significado de algunas de sus palabras: *kantom*, cien, *tekametas tat*, pague diezmos, *cominom*, porqueriza. La prensa sensacionalista divulgó hace años la opinión del ingeniero e historiador aficionado georgiano Chota Vasilevich Hvelidze que, comparándolo con otro texto del antiguo alfabeto georgiano *mrglovani* (hacia 493), lo traduce: «Durante el año 4100 la tierra comenzó a temblar estrepitosamente. El sabio Río recordó a sus seguidores que ya había sucedido esto otra vez y que entonces la tierra de los iberos había resultado

devastada. Tenían por tanto que abandonar el país y emprender el camino siguiendo el Sol para encontrar una tierra prometida. El sabio y sus seguidores se dirigieron a donde se pone el Sol».

Esta interpretación del texto sostiene la procedencia caucásica de los vascos, una vieja teoría planteada por los grandes estudiosos del pasado, entre ellos el padre Fita y Humboldt, que se apoya en las curiosas coincidencias léxicas observables entre algunas lenguas caucásicas y el vasco. Es una hipótesis bastante aventurada: Estrabón señalaba que en el Cáucaso se hablaban unas setenta lenguas distintas y los árabes llamaron a la región «la montaña de las lenguas». Con esos precedentes parece natural que resulten muchas coincidencias comparando con el vasco. Antonio Tovar aplicó un método estadístico y dedujo que las coincidencias son «escasamente significantes». Esto quiere decir que el misterio continúa.

BIBLIOGRAFÍA

Cottrell, Leonard, *Reading the Past*, Londres, 1971.

Chadwick, John, *The Decipherment of Linear B*, Cambridge University Press, 1970.

—*El mundo micénico*, Alianza Ed., Madrid, 1978.

Harris, Geraldine, *Dioses y faraones de la mitología egipcia*, Anaya Ed., Madrid, 1990.

Lara Peinado, Federico, «Las primeras bibliotecas de la historia», *Historia 16*, núm. 149, Madrid, septiembre de 1988, pp. 121-128.

Pope, Maurice, *The Story of the Decipherment*, Londres, 1975.

Ruipérez, Martín S., «Los archivos micénicos», *Historia 16*, núm. 88, Madrid, agosto de 1983, pp. 60-65.

Tovar, Antonio, «Lenguas antiguas de España», *Historia y Vida*, núm. 87, Barcelona, junio de 1975, pp. 98-103.

Velaza, Javier, «La lengua de los iberos», *Historia y Vida*, núm. 294, Barcelona, septiembre de 1992, pp. 102-110.

Cnosos: ¿tumba o palacio?

CNOSOS: ¿TUMBA O PALACIO?

En 1967 el doctor Wunderlich, catedrático de Geología y Paleontología de la Universidad de Stuttgart, visitó Creta. El profesor estaba interesado por la geología de la isla, pero incluso para un profano de la ciencia arqueológica hubiese sido imperdonable no darse una vuelta por las ruinas de los palacios minoicos que son el cebo del turista culto en aquellas latitudes. Wunderlich recorrió el palacio de Cnosos con un folleto turístico en la mano y no quedó convencido con las explicaciones oficiales sobre el monumento. Escrupulosamente germánico, el viejo geólogo adquirió la bibliografía básica sobre Cnosos y en la primavera de 1971 publicó sus conclusiones en un artículo titulado *El secreto de los palacios minoicos*: «Los palacios de Cnosos, Festo, Hagia Triada, Malia y Kato Zakro (...) no eran las alegres residencias de gobernantes pacíficos y aficionados al arte, como sir Arthur Evans y sus sucesores pretenden. En realidad eran complejas edificaciones levantadas para el culto y la sepultura de los difuntos (...) un conjunto de construcciones cuyo objeto era la veneración ritual y la conservación de miles de cadáveres pertenecientes a individuos de las familias acomodadas de Creta».

EL MONSTRUO DE CRETA

Tales afirmaciones causaron notable revuelo entre arqueólogos e historiadores quienes, como era de esperar, acusaron al geólogo de ser el Von Daniken de la arqueología, e incluso de necrofilia. A pesar de ello y en honor a la verdad, hay que apuntar que la idea de Wunderlich no era absolutamente original. Oswald Spengler había llegado a la misma conclusión en 1935, cuando escribió: «¿Eran los palacios de Cnosos y Festo templos de los muertos, santuarios de un poderoso culto del más allá? No quiero insistir en esta afirmación, puesto que no puedo probarla, pero me parece que esta posibilidad merece ser considerada seriamente». Desgraciadamente, Spengler falleció al año siguiente y su idea, solamente apuntada, pasó desapercibida. El profesor Wunderlich llegaría a la misma conclusión por medios muy distintos y sin tener noticia de su ilustre predecesor en esta nueva y revolucionaria visión de los palacios cretenses.

Según la leyenda, hace casi 4000 años, reinó en la isla de Creta un poderoso soberano llamado Minos. El dios marino Poseidón, ofendido por Minos, hizo que Pasífae, esposa de éste, se enamorase de un toro, se ayuntase con él y diese a luz al Minotauro, un monstruo con cuerpo humano y cabeza de toro. Minos encargó al industrioso Dédalo la construcción de un laberinto donde encerrar al Minotauro. Para satisfacer la voracidad de aquel monstruo había que entregarle cada año siete muchachos y siete muchachas. Las víctimas eran tributadas por distintos pueblos sometidos a Minos. Cuando le llegó el turno a Atenas, Teseo, el joven hijo del rey Egeo, concibió un plan para acabar con el Minotauro. Se hizo entregar entre los condenados al sacrificio y antes de penetrar en el laberinto convenció a Ariadna, hija de Minos, para que le entregase un ovillo de hilo que, convenientemente desenrollado por la maraña de pasillos y cámaras del siniestro edificio, le ayudaría a encontrar la salida. El emprendedor Teseo encontró al Minotauro, lo mató, escapó del laberinto, sedujo a la enamorada Ariadna y la abandonó después. Si alguien hubiese tratado de reducir la fábula a su posible entramado histórico, habría llegado a la conclusión de que en Creta existió alguna vez una poderosa civilización cuya influencia se extendía por lo menos hasta la península griega. ¿Dónde estaban los restos de aquella civilización?

En 1878, el arqueólogo griego Minos Kalokairinos comenzó a excavar un yacimiento cerca de la ciudad de Herakleion, en Creta, pero tuvo que abandonar los trabajos al

poco tiempo. Nueve años más tarde Schliemann, el famoso descubridor de Troya, convencido de que en aquel lugar estaba sepultado el palacio prehistórico de los reyes de Cnosos en Creta, anduvo en tratos para comprar los terrenos a su propietario turco, pero no se pusieron de acuerdo en el precio. Pasarían otros diez años antes de que Arthur Evans adquiriera los terrenos y se pusiera a excavar sistemáticamente aquellas ruinas, adelantándose al francés Joubert, que también estaba interesado. En 1900 las excavaciones comenzaron a revelar los restos de un enorme edificio de más de mil doscientas habitaciones.

CNOSOS, «DISNEYLANDIA ARQUEOLÓGICA».

Evans consagró su vida al palacio de Cnosos y a la civilización cretense. Su monumental obra *El palacio de Minos*, publicada entre 1922 y 1935, lo revalidó como pontífice indiscutido de lo cretense que él había bautizado «minoico». Hoy conocemos la civilización minoica especialmente a través de lo que han escrito de ella Evans y sus discípulos, que, a su vez, se basaron en la interpretación de las ruinas del palacio de Cnosos. En este hecho reside quizá la debilidad de las teorías aceptadas acerca de la civilización de los antiguos habitantes de Creta, teorías que hoy comienzan a ser contestadas por muchos historiadores y arqueólogos. C. W. Ceram resume la cuestión con estas palabras: «La gente de principios de siglo vio a los cretenses como Evans los veía. Pero ¿es correcta su visión? Hoy son cada vez más numerosos los arqueólogos que rechazan las restauraciones de Evans. No cabe duda de que Evans permitió a su imaginación más iniciativa de la que los hallazgos justificaban. Otros críticos de Evans son menos moderados. El arqueólogo austríaco Camillo Praschniker compara Cnosos con las ciudades que Hollywood levantó para sus películas de romanos y añade: «En Cnosos caminamos a través de hipótesis de cemento armado». Otros denominan a Cnosos la “Disneylandia arqueológica”». Para un profano en arqueología que visita Cnosos estos fallos no son visibles. La reconstrucción de Evans fue tan radical que es prácticamente imposible distinguir lo original de lo moderno. Muchos aspectos de su labor en Cnosos podrían ejemplificar lo que no debe hacerse en una excavación. En descargo de Evans hay que señalar que cuando él excavó Cnosos las técnicas arqueológicas no habían avanzado demasiado y aún se vivía en la época romántica de esta ciencia. Menos disculpa admiten otras facetas del famoso arqueólogo, quien, como apunta R. Hachmann, «siempre estaba sorprendiendo con ideas brillantes. A menudo estas ideas no coincidían con los resultados de la excavación o sólo coincidían parcialmente. Tenemos pruebas de que alteró a menudo los informes de las excavaciones para que los datos coincidieran con sus teorías. Las notas de sus competentes ayudantes, que se conservan en Oxford, ponen de manifiesto estas falsificaciones. De hecho incluso los propios planos publicados por Evans difieren entre ellos».

Evans ofreció una pintura idílica de los cretenses: una familia real cuya escuadra detentaba la indiscutible hegemonía del mar, habitaba en un hermoso palacio en una isla. Cercano a él se alzaba el palacio del príncipe heredero. Diseminadas por el campo, las mansiones de la aristocracia. Dentro del palacio hermosas pinturas en las que se observan —reconstruidas como están— abundantes elementos del *art nouveau* al gusto de la época de Evans. Los cretenses eran cultos, civilizados y prósperos: hasta disfrutaban de artefactos tan sofisticados como bañeras y retretes (el último avance del confort, recientemente alcanzado en la propia época de Evans). Este cuadro parece al profesor Wunderlich sospechosamente familiar: «Los arqueólogos británicos proyectaron en Cnosos su visión de la vida inglesa de finales de siglo (la Inglaterra victoriana).»

El trasfondo filosófico de la Creta de Evans tributa también a las ideas de la época en que fue excavada. A principios de siglo Oswald Spengler había introducido la idea de la catástrofe como elemento decisivo en la historia de las civilizaciones. Y en puertas de

la primera guerra mundial el ambiente de Europa se prestaba a ello. Esta idea parecía brillantemente confirmada en el caso de los minoicos: su civilización tuvo, para Evans, un final rápido con erupciones volcánicas, terremotos, *tsunamis* e invasiones que borraron del mapa en un brevísimo espacio de tiempo la civilización de los palacios. Cuando Evans publicó su material, la Europa de entreguerras podía ver sus tristes destinos fielmente reflejados en el espejo cretense.

PALACIO DE CNOSOS

Hoy las ruinas del los palacios están rodeadas por fértiles tierras de cultivo y la mano del hombre ha suavizado el paisaje. Sin embargo, teniendo en cuenta las limitaciones de la agricultura en la época minoica, estos parajes debieron ser montes sin roturar cuando los palacios se construyeron. La belleza de las vistas desde el palacio debió ser mayor entonces. Aparentemente, sin embargo, los constructores de Cnosos desdeñaron la construcción de ventanas y galerías al exterior y cerraron su palacio con altos muros condenándose a vivir en tinieblas, como dentro de una cueva. Tampoco se les ocurrió levantar fortificaciones para defender el lugar ni planear el edificio para procurarse un mínimo de comodidad: en la fachada del Oeste no hay ninguna puerta. Para entrar había que dar un rodeo por el Sur. Allí una puerta daba a un corredor de treinta y cinco metros de largo por tres y medio de ancho, sin ventanas ni puertas (el llamado «corredor de la procesión»). El pasillo tuerce bruscamente en ángulo recto. Unas escaleras conducían al piso alto donde según Evans estaba la residencia. En el bajo estaría el almacén, compuesto por más de veinte habitaciones largas y estrechas, sin luz, en las que aparecieron grandes ánforas (*pithoi*).

Parece evidente que el elemento básico en torno al que se ordena la arquitectura del palacio es el gran patio rectangular que hay en el centro. Como muchos edificios y ciudades antiguas, este patio se orienta a los cuatro puntos cardinales (aunque con una significativa y consciente desviación de diez grados que también se observa en otros edificios de la Antigüedad). La escasez de ventanas unida a la abundancia de presuntos pozos de luz, dudosamente eficaces en este cometido, sugiere que la ventilación del edificio era importante pero no así su iluminación. Estas condiciones podrían, sin duda, ser las idóneas para la conservación de las momias.

En la zona de los almacenes un pasillo enfila el Norte para torcer abruptamente y continuar hacia el Sur. Una simple puerta en el muro habría evitado, con toda sencillez, un rodeo de más de veinticinco metros. Otro delito de lesa funcionalidad es el de las escaleras: hasta tres distintas se acumulan en un espacio inferior a diez metros. El cuarto de estar de la reina comunica con su dormitorio por otra escalera, puesto que están en planos distintos.

¿No nos parece un extraño derroche arquitectónico, impropio de una civilización avanzada y amante de la vida cómoda como se supone que fue la cretense?

Pero hay más. Los almacenes ocupan diversas partes del edificio. En algunos, los grandes recipientes (*pithoi*) son tan voluminosos y las puertas tan estrechas que forzosamente debieron colocarse antes de construirlos. ¿Qué hacer si una de las *pithoi* se rajaba o se rompía? Otro absurdo: en el palacio no se han encontrado habitaciones que pudiesen servir de cocinas, de sala de banquetes, de salas de armas ni de establos, a no ser que estuviesen en el piso alto, lo que es improbable si aceptamos, con Evans, que las habitaciones reales estaban en la entreplanta. Por su ubicación, las habitaciones reales recibían sólo luz indirecta que en invierno debía ser escasísima.

El megarón de la reina impresionó a todos por su comodidad: una habitación espaciosa con su cuarto de baño. La bañera, sin embargo, sólo mide un metro de largo y aunque tiene agujero de desagüe, en la habitación no hay cañerías por las que pueda verterse el agua. Tenían, por tanto, que vaciarla con ayuda de un recipiente o bien llevarla fuera para volcar su contenido. Si esto era así, ¿para que sirve el desagüe?

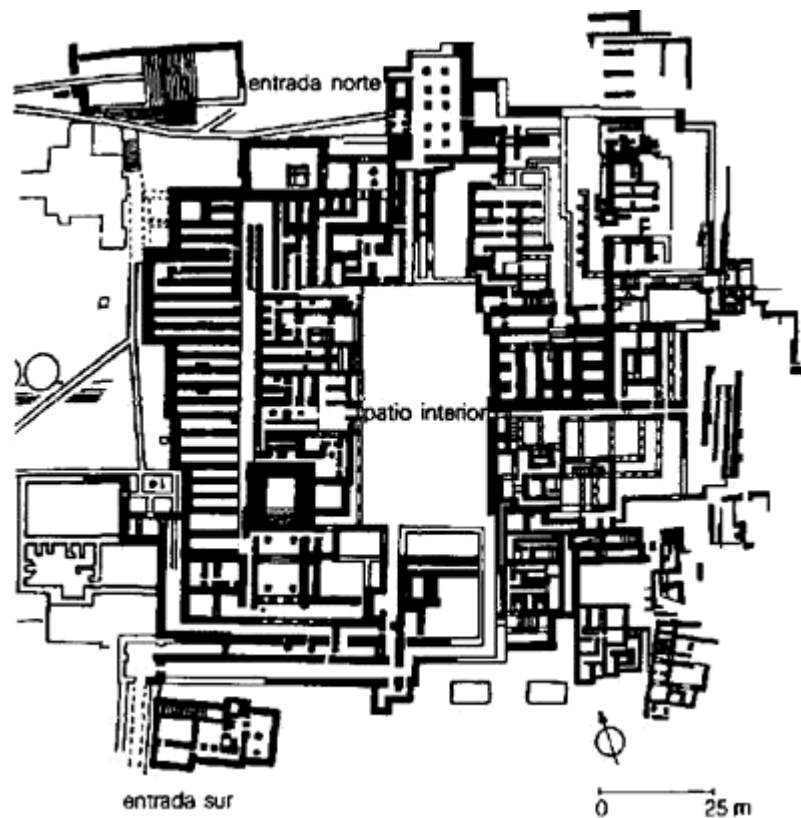
Un estrecho pasillo conduce a una especie de nicho donde hay un agujero en el suelo.

Evans no dudó de su función: el retrete. Cerca existe un patio de luz de reducidas dimensiones, poco más que un pozo, donde, según la explicación oficial, hilaban la reina y sus damas. No debió ser un lugar agradable: estrecho, escasamente iluminado y rodeado de muros que ascendían hasta una altura de cuatro pisos.

La vida en un palacio tan oscuro debió ser penosa. Al propio salón del trono no se llega desde el interior del edificio como parecería normal sino desde el patio central y a través de una antesala cuadrada. El salón del trono no tiene ventanas. Recibe la luz a través de la puerta que comunica con la antesala, que a su vez la recibe del patio. Su techo es más bajo que el de la antesala.

NO ES ALABASTRO SINO YESO

No fueron sin embargo estos detalles los que llevaron al profesor Wunderlich a formular su flamante teoría, sino uno mucho más revelador para un geólogo. El material de suntuosa apariencia que reviste suelos y paredes no es alabastro como se creía sino simple yeso. Una variedad hermosa y de buen tono que se confunde fácilmente con, el alabastro, miembro noble de la familia, pero yeso al fin y al cabo; un yeso que se puede marcar presionándolo con la uña. Después de setenta años de visitas turísticas, el piso de los sectores del palacio abiertos al público se ha deteriorado considerablemente. Este desgaste es más notorio en los peldaños de las escaleras. En las partes expuestas a la lluvia se han formado ya acanaladuras. A Wunderlich le pareció imposible que un palacio fuese construido con un material tan frágil y deleznable, máxime cuando los prósperos cretenses tenían tan cerca los mármoles de la isla de Paros. Sólo cabe una explicación: únicamente estaban interesados en la apariencia, no en la solidez de la obra. Ya preveían que aquel edificio no se iba a usar mucho puesto que se trataba de una construcción funeraria. Incluso las pilas de abluciones de los presuntos «cuartos de baño», donde el agua corriente hubiera sido inevitable, están revestidas con una capa de yeso. ¿Es posible que los cretenses no supieran que el agua disuelve el yeso? Debieron advertirlo en las mismas canteras de las que lo extraían. El profesor Wunderlich rebate, además, la tesis del incendio de los palacios. El análisis mineralógico de los materiales demuestra que nunca fueron incendiados. Las placas de yeso empleadas en ellos presentan unas originales vetas grises de bitumen que les prestan belleza y marmórea apariencia. El bitumen es una sustancia orgánica que comienza a escapar de la piedra a sesenta grados centígrados y la abandona por completo a unos ciento veinte grados. Por encima de esta temperatura el yeso pierde las vetas grises y queda inmaculadamente blanco. En muchos lugares de Cnosos las vetas persisten. Esto descarta la posibilidad de un gran incendio. Más bien habría que pensar en fuegos localizados en algunas áreas, posiblemente controlables sin dificultad.



El palacio de Cnosos (según Kurt Benesch)

Evans reconoció en el palacio cantidad de restos de «bañeras» y ánforas (*pithoi*) que parecían almacenarse por todas partes. En la tesis de Wunderlich estos objetos son simples sarcófagos. Evans no pudo reconocerlos como tales porque estaban vacíos. Casi todos habían sido rotos y saqueados por los ladrones de tumbas, plaga universal en la Antigüedad, que habrían sacado las momias al exterior del palacio, a la luz del día, para allí despojarlas de sus vendajes en busca de joyas y máscaras funerarias de oro. Esto explica que Evans encontrara en el palacio imágenes votivas y ofrendas mortuorias de escaso valor, pero muy pocas joyas, solamente aquéllas que pasaron desapercibidas a los saqueadores. Sin embargo, alrededor de los accesos a Cnosos aparecieron abundantes huesos y trozos de cerámica que no procedían seguramente del vertedero de las cocinas sino de los desechos de los saqueadores del lugar.

Una de las reconocidas excelencias de la artesanía cretense es la cerámica denominada «de cascara de huevo», tan fina y frágil que muchos piensan que no es probable que fuese fabricada para sobrevivir a los azares del uso diario. La superficie de esta cerámica imita la textura, grosor y color de los objetos de bronce. Otras piezas estaban revestidas de una lámina de oro. Originalmente debieron parecer objetos de bronce o de oro. El mundo cretense está lleno de imitaciones. ¿Serían copias, destinadas al ajuar funerario, de objetos valiosos usados en vida por los difuntos? En las tumbas etruscas se encuentran interesantes paralelos de este tipo de cerámicas, y nadie discute que su papel fuera simbólico y sólo funerario. Las cisternas cretenses se parecen también a los *pozzi* etruscos de Toscana y Poggio Renzo, pozos votivos destinados a almacenar ofrendas funerarias. ¿No tendrían la misma función las ocho cisternas de Malia, laboriosamente excavadas en el rocoso suelo cuando un simple pozo en la parte opuesta, al noroeste del palacio, hubiese bastado para asegurar el suministro de agua?

Los muros de las tumbas etruscas están decorados con alegres escenas de la vida diaria. ¿Reflejan alguna tradición funeraria mediterránea, también compartida con Creta

y Egipto? Las ánforas cretenses (*pithoi*) son demasiado voluminosas para permitir una manipulación normal en el estrecho ámbito de sus habitaciones. A veces el techo es tan bajo que no permitiría verter o extraer de ellas líquidos o granos con un mínimo de comodidad. Para Wunderlich estos recipientes eran sepulturas. No faltan paralelos de tal uso, como los enterramientos premicénicos en ánforas de Aphidnai.

LA DIOSA DE LOS PECHOS DESNUDOS

Seguramente el símbolo casi universal de la alegría de vivir y de la estética sorprendentemente moderna de los cretenses son las estatuillas de mujeres con amplia falda acampanada, cintura de avispa y corpiño apretado que realza la hermosura de los pechos desnudos. A veces estas figurillas llevan serpientes en las manos. Estos hallazgos se interpretan como representaciones de una divinidad cretense. Para Wunderlich, sin embargo, su función es completamente distinta. En muchos pueblos antiguos el desnudar los pechos era símbolo de luto y desesperación por la muerte de un ser querido. Heródoto lo observa en las mujeres egipcias y además hay pinturas funerarias que lo atestiguan. Un sarcófago romano da fe de esta costumbre, que también fue conocida entre los celtas y germanos. En el libro XXII de la *Ilíada*, cuando Héctor va a enfrentarse con Aquiles, su madre es taba «deshecha en lágrimas y descubrió su busto y con una mano se sacó un pecho».

LAS CUENTAS DE LOS DIFUNTOS

Páginas atrás hemos hablado del Lineal B y de las tablillas descifradas como contabilidad de los palacios. Wunderlich opina que, considerando el papel funerario de los palacios, podrían ser admisibles otras explicaciones: que las listas fueran las de las ofrendas hechas a los difuntos o por los difuntos a los dioses, listas de pagos por servicios funerarios de embalsamadores, etc. Estas explicaciones podrían despejar algunas incógnitas que el hallazgo y la lectura de las tablillas plantea: por ejemplo, el hecho de que en algunos rebaños de ovejas mencionados los machos sean mayoría. En un rebaño regular esto sería inaceptable, pero si se trata de animales destinados al sacrificio es perfectamente admisible. El hecho de que las tablillas se hayan encontrado en más de cincuenta lugares distintos del palacio parece apoyar la tesis de enterramiento colectivo de gran número de ciudadanos pudientes, cada cual con sus cuentas, más que la posibilidad de un archivo palacial tan diseminado. Los mismos errores de aritmética que presentan las tablillas serían extraños en una administración palaciega, pero justificables si se trata de cuentas relacionadas con el culto a los muertos, que no las iban a comprobar. Quizá hubo incluso una tendencia a exagerar las cifras. Los paralelos que también abundan en las tumbas egipcias favorecen esta teoría.

Para Wunderlich, los cretenses desarrollaron un culto a los muertos tan sofisticado que sólo tiene parangón en la civilización de sus contemporáneos egipcios. Elemento central en la interpretación de estos ritos es el sarcófago de Hagia Triada cuyas ilustraciones se refieren claramente a las ceremonias funerarias de un difunto de noble posición. Vemos un músico que tañe la lira mientras dos mujeres escancian el contenido de sendas jarras cónicas en un recipiente que hay sobre un altar. A un lado y a otro se observa la doble hacha simbólica. A la derecha de la composición aparece un cadáver vestido hasta el cuello como una momia delante de un sarcófago decorado. Tres hombres le llevan ofrendas: unos cuernos de toro y dos imágenes de animal. En otra parte del sarcófago aparece otro altar con hachas y la escena del sacrificio de un toro cuya sangre es recogida en jarras como las que llevaban las mujeres antes descritas. Esta ceremonia se produce al aire libre y en el exterior puesto que al fondo se insinúan los palacios. Según Wunderlich, a las ceremonias descritas por el sarcófago de Hagia Triada seguía el embalsamamiento del cadáver y su colocación definitiva en el palacio funerario. Al principio los difuntos se veneraban en posición erguida, pero luego el ritual evolucionaría hacia una posición sedente. El llamado

«Trono de Cnosos» se emplearía en estas ceremonias. Unas incisiones que tiene en los lados pudieron servir para afirmar las correas que mantendrían el cadáver erguido. El asiento, que presenta un borde prominente en la parte delantera, hubiese sido bastante incómodo para una persona viva pero adecuado para evitar que un cadáver se deslizara de su posición sedente. Las numerosas asistentes de baño que las tablillas del Lineal B mencionan pudieron ser las que lavaban y preparaban los cadáveres. Estas manipulaciones rituales, atestiguadas también entre los egipcios, explicarían los pozos interiores, las tuberías y los desagües del edificio, según Wunderlich.

Para el geólogo, la arqueología cretense refleja una evolución de los usos funerarios divisible en tres etapas bien diferenciadas: primero se entierra en cuevas naturales, después en cuevas artificiales y finalmente en tumbas cada vez más elaboradas que culminan en los palacios funerarios. Paralelamente se desarrollan tres tipos de enterramientos: en sarcófagos de cerámica, en ánforas (*pithoi*), y en el suelo.

La diferencia entre sarcófagos y ánforas podría depender del tipo de embalsamamiento que el cadáver había sufrido. En Egipto hubo tres clases pero en Creta es posible que sólo se usaran dos: rellenando el cuerpo de aceite de cedro, o simplemente poniéndolo en escabeche. Una preparación pudo entrañar resecación por fuego para eliminar líquidos y grasas. Esto explicaría las trazas de fuego que se observan en muchas tumbas del período y en los propios palacios. Quizá la resecación por fuego sería la denominada *kaiein*, distinta de *katakaiein*, que entrañaría la completa incineración del cadáver. Los cadáveres se prepararían en posición fetal, como en Asia Menor, en las islas griegas, en Sicilia, Lipari y otros lugares mediterráneos, lo que explica las reducidas proporciones de las «bañeras» cretenses. La posición fetal continuó usándose hasta el periodo griego arcaico aunque pronto perdió vigencia. En el periodo clásico ya se había impuesto la posición extendida.

El enterramiento en ánforas, típico del Neolítico, supone la existencia de un tipo de vasijas adecuadas, esto es, con la boca más ancha, que las destinadas a almacenar aceite, aunque Evans confunde unas y otras. Además, existe una diferencia en la decoración: las *pithoi* funerarias se distinguen por las tres bandas de dibujo ondulante (serpentino) que suele rodearlas. La serpiente sería símbolo de luto y de resurrección.

¿Por qué decayó en Grecia la costumbre de momificar? Entre los factores culturales de diversa índole que provocaron su abandono habría que mencionar las reiteradas violaciones de tumbas de ladrones en busca de ajuar funerario. Poco a poco se impuso la costumbre de incinerar el cadáver, y con él su ajuar. Al principio, durante el periodo de transición, no habría un criterio único. Heródoto nos cuenta que Periandro, tirano de Corinto, fue advertido por un oráculo de que Melisa, su difunta esposa, se quejaba de que la tenía desnuda en el otro mundo porque los vestidos de ajuar funerario no habían sido quemados. Periandro, político enérgico y pronto de decisión donde los haya, ordenó que todas las mujeres de Corinto se concentraran en el templo de Hera y allí las hizo quedar en cueros vivos mientras los vestidos confiscados se quemaban. Esta ofrenda satisfizo seguramente al inquieto fantasma de Melisa. La discontinuidad de las costumbres funerarias de los cretenses señala el fin del «periodo palacial» y el comienzo de la oscura época de las incineraciones. Los magníficos palacios funerarios se dejaron arruinar cuando el culto de los muertos decayó. La cremación de los ajuares determina hoy que las pruebas arqueológicas del paréntesis entre lo minoico y lo clásico sean escasas. Sólo los pobres que no podían costear una pira funeraria enterrarían a sus muertos en lugar de quemarlos.

Para Wunderlich no hubo catástrofe que arrasara los palacios. Abandonados y en desuso no tardarían en venirse abajo, particularmente si tenemos en cuenta que su construcción distaba mucho de ser sólida. El empleo de columnas de madera en los pisos bajos, prescindiendo de todo sistema de aislamiento de la humedad del suelo y

recubriéndolas además de una capa de empaste que impedía la ventilación de la madera, favorecería la ruina. No hace falta achacar a los terremotos la destrucción de los palacios. Tal como estaban contruidos no podían durar eternamente.

Si aceptamos que los palacios eran construcciones funerarias, ¿dónde estaban los verdaderos palacios? Es lógico que éstos estuvieran en las ciudades y las ciudades estaban, y están, en la costa. Sus estructuras deben yacer debajo de las poblaciones actuales o cerca de ellas. Es posible que no fueran tan imponentes como las tumbas, tal como ocurre en el caso de los egipcios, de los que conocemos muchos enterramientos pero pocos palacios ya que, al estar contruidos en las ciudades o en sus proximidades, fatalmente fueron expoliados para aprovechar sus materiales en nuevas construcciones.

EL PARALELO EGIPCIO

Creta y Egipto mantenían estrechas relaciones comerciales y culturales. Objetos manufacturados en un país abundan en yacimientos arqueológicos del otro. Procesiones cretenses de ofrendas, como la mencionada en el corredor de Cnosos, aparecen en los frescos de algunas tumbas egipcias de la dinastía XVIII. El profesor Wunderlich está convencido de que las técnicas de embalsamamiento y ceremonias funerarias cretenses influyeron poderosamente en Egipto y aduce en su probanza múltiples testimonios.

En Medinet y el Fayum, el faraón Ammenemes (o Amenemhet) III (dinastía XII, hacia 1800 a. de C.) construyó un laberinto que podría haber servido de modelo a los cretenses. El edificio se levantó como templo a los muertos junto a la pirámide de Hawara. Estrabón y Heródoto lo describen pormenorizadamente. Heródoto dice: «Por dentro, el edificio es de dos plantas y contiene tres mil habitaciones de las que la mitad son subterráneas y la otra mitad está sobre ellas. Me llevaron a través de las habitaciones de la planta superior, por lo tanto lo que digo de ellas procede de mis propias observaciones, pero de las subterráneas sólo puedo hablar de oídas porque los encargados egipcios no me permitieron verlas ya que contienen las tumbas de los reyes que construyeron el laberinto y también las tumbas de los cocodrilos sagrados (...), los intrincados pasillos de una habitación a otra y de un patio a otro eran una interminable sorpresa para mí, porque íbamos de patios a habitaciones, de habitaciones a pasillos, de pasillos a otras habitaciones y de allí a otros patios (...) Cada patio está excelentemente construido en piedra blanca y rodeado por una columnata». Hasta aquí la cita de Heródoto. Fuera de su contexto parecería que el padre de la historia está describiendo Cnosos.

En Medinet Habu, al oeste de Tebas, Ramsés III 1181-1150 a. de C.) edificó un templo funerario. Las diez personas encargadas de su mantenimiento, un superintendente, dos escribas y siete criados, estaban aislados de la ciudad, en la orilla Este del Nilo. Su vida debía ser solitaria y monótona. Los criados se escapaban a veces y tenían que ser capturados y devueltos por la policía.

CONCLUSIÓN

Hasta aquí, expuesta a grandes rasgos, la tesis del doctor Wunderlich y algunas de las razones prácticas que la sostienen.

Como él mismo reconocía poco antes de su muerte, hay en su razonamiento muchos elementos mejorables y que seguramente requerirán revisión a medida que nuevos hallazgos en Creta vayan aconsejando modificaciones. En sus líneas generales, sin embargo, la hipótesis del geólogo demuestra consistentemente que los pretendidos palacios cretenses pudieron ser santuarios y panteones, con lo cual la civilización minoica se conjuntaría armónicamente con otras civilizaciones del período —la egipcia— y otras del periodo que sucederá —la etrusca— en el esquema general de unas culturas mediterráneas que beben de una fuente común y se mueven en torno a las mismas tradiciones.

Las últimas tendencias de los especialistas en historia cretense parecen no contradecir la tesis del doctor Wunderlich. Ya hacía tiempo que la acumulación de elementos religiosos encontrada en Cnosos escamaba a muchos arqueólogos tradicionales. Algunos señalaban que el «Salón del Trono» de Cnosos parece más bien una capilla en la que el trono sería el altar donde se asienta una divinidad invisible. Luego están los otros detalles: los pozos votivos, las medidas de los patios, que podrían obedecer a causas rituales, y la orientación, siempre de Norte a Sur, con ligera desviación nordeste, los altares, los signos parietales, los vasos rituales y todo el utillaje religioso. Evans creía que el régulo de Cnosos era un rey-sacerdote. Sus sucesores van más allá. Algunos, como P. Faure, están convencidos de que los presuntos palacios fueron en realidad santuarios o monasterios, incluso panteones reales o todo ello junto, como El Escorial.

BIBLIOGRAFÍA

Wunderlich, Hans Georg, *Wohin der Stier Europa trug*, Hamburgo, 1972.

Los conquistadores que vinieron del desierto. LOS CONQUISTADORES QUE VINIERON DEL DESIERTO

En 1038 peregrinaron a la Meca varios bereberes saharianos de la estirpe Lamtuna. Después de orar ante la Kaaba y besar la Piedra Negra los peregrinos decidieron dirigirse a Cairuan para asistir a los sermones del célebre predicador malikí Ibn Yasin. Durante el viaje habían conocido a muchos peregrinos procedentes de los más remotos rincones del mundo islámico y se habían percatado de la tremenda ignorancia religiosa en que vivía el pueblo beréber. El apasionado verbo de Ibn Yasin fue para aquellos rústicos una revelación. Tan impresionados quedaron que insistieron en que los acompañara a predicar entre los Lamtuna y no cejaron en su empeño hasta que accedió.

Al principio las predicaciones de Ibn Yasin entre los bereberes no cosecharon gran éxito. Aunque algunos lo seguían deslumbrados por su ascetismo y virtud —cualidades éstas que, por cierto, no le impedían casarse y divorciarse varias veces al mes—, otros no lo entendieron o, incluso, le dieron con la puerta en las narices, como hizo el primer grupo beréber al que intentó catequizar. «En lo que concierne a la oración y al diezmo —le replicaron— no hay dificultad, pero en cuanto a lo que dices de que el homicida debe ser muerto; el ladrón, mutilado; el fornicador flagelado o lapidado, éstas son reglas que no admitimos. Dirígete a otros». El historiador árabe que nos narra la anécdota añade que cuando, después del primer fracaso, Ibn Yasin se alejaba cabizbajo seguido de sus fieles, un anciano que lo había estado escuchando en silencio sentenció: «Si ese camello tiene algún éxito en el desierto, se hablará de él en todo el mundo».

Proféticas palabras. Ibn Yasin no se desanimó por este fracaso inicial. Poco a poco fue ganando adeptos entre las tribus de Marruecos y el Sur, y muy pronto lo seguía una multitud de fanatizados discípulos. A estos discípulos de Ibn Yasin se les llamaría almorávides en la España cristiana. Contra lo tradicionalmente admitido, hoy se piensa que la denominación no deriva de la palabra *ribat* (convento fortificado). La marca distintiva que popularizó a los almorávides fue el uso de un velo (*lizam*) que lucían los hombres. Sobre el origen de este velo que les cubría el rostro se han formulado diversas hipótesis. Según algunos sería el resto de un embozo con el que los primeros almorávides se protegían del polvo del desierto. Según otros, tiene una causa histórica: en una ocasión habían salido de expedición casi todos los guerreros Lamtuna dejando en el campamento sólo viejos y mujeres cuando, de improviso, se acercó un destacamento enemigo. Las mujeres, al percatarse del peligro que corrían, se vistieron y armaron como hombres, ocultando sus rostros imberbes con velos, y consiguieron que los merodeadores las tomaran por guerreros y desistiesen de atacar el campamento. «De entonces arranca —dice un cronista— el uso del velo al que tales pueblos han permanecido fieles: no se lo quitan ni de día ni de noche y no se puede distinguir al viejo del joven». En algún momento el uso del velo se prestó a abusos porque, según dice otra fuente de la época, «los milicianos bereberes o los mercenarios cambian su apariencia usando el *lisam* y son tomados por personas distintas, lo que mueve a la gente a tenerlos en alta estima y a agasajarlos sin que lo merezcan».

Los guerreros del velo fueron pronto muy conocidos en todo el Norte de África. Cuando tuvieron fuerza suficiente para pasar a la acción armada, atacaron y destruyeron los centros caravaneros de la región que, desde épocas muy remotas, habían encauzado y controlado el activo comercio entre el mundo mediterráneo y los territorios al sur del

Sahara. De este modo, los almorávides pudieron controlar este importante comercio, particularmente el del oro africano del que Occidente estaba ávido. Para entonces habían alcanzado una cohesión supratribal y los jeques admitían la jefatura temporal del fanático Yahya Ibn'Umar. La espiritual continuaba en manos de Ibn Yasin, tan divinizado en su papel que, en una ocasión, dio de latigazos a Ibn'Umar para castigarlo por haberse expuesto personalmente en un combate, sin que lo arrojara su condición de jefe de los almorávides.

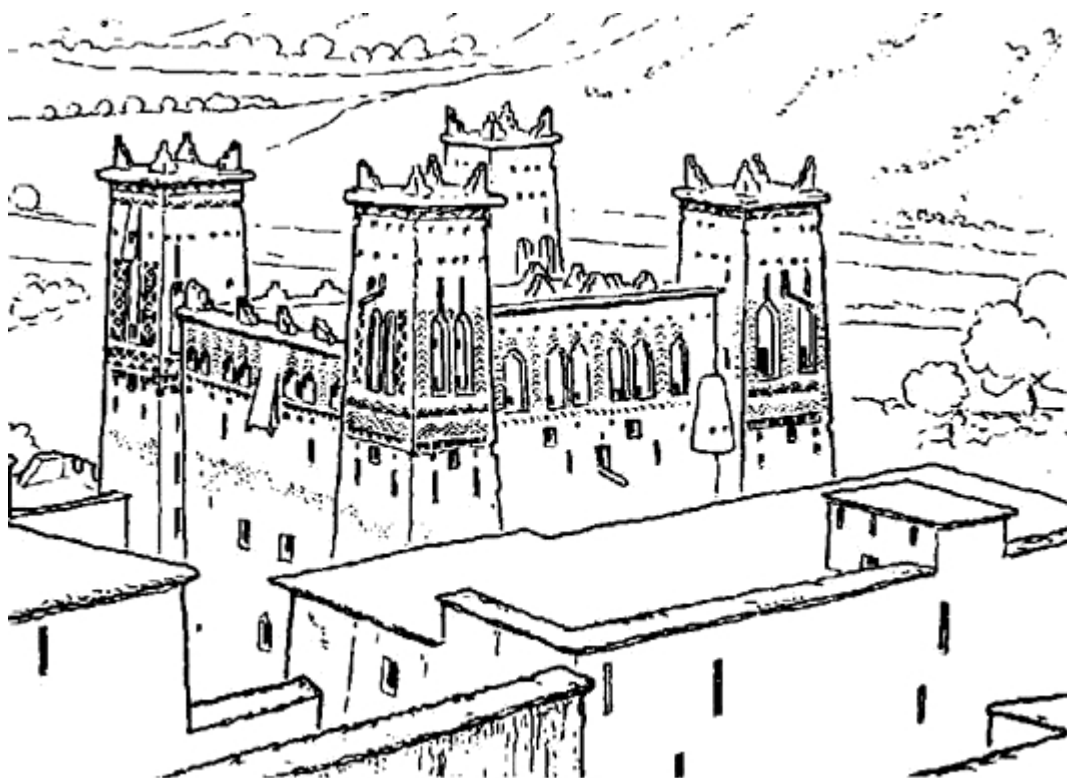
Los almorávides se habían convertido en la primera potencia del África islámica y se sintieron suficientemente fuertes para abandonar el desierto y extender su dominio por las fértiles tierras del Norte. Les favoreció en su empresa el hecho de que estos territorios estuvieran muy fragmentados políticamente y enzarzados en banderías y luchas tribales. A algunos caudillos los derrotaron por las armas a otros se los ganaron con hábil diplomacia e incluso acudiendo a pactos matrimoniales: Abu Bakr, el nuevo jefe almorávide, se apoderó de la ciudad de Agamati casándose con Zaynab, esposa del anterior rey de la ciudad.

Abu Bakr no se durmió en los laureles. Continuó conquistando reinos y ciudades hasta que consiguió extender sus dominios al Mediterráneo. Entre los grandes generales que crecieron a su sombra destacaba su primo Ibn Tashufin. Este gran conductor de hombres heredó la esposa de Abu Bakr, la reina Zaynab, de la que el caudillo se había divorciado; y luego, mediante un golpe de Estado, el mando de los almorávides.

EL ORO DEL SUR

Ibn Tashufin fundó en 1062 la ciudad de Marraquech, que sería la capital de sucesivos imperios bereberes, a la entrada del desierto, precisamente al pie de la montaña que habitaban los belicosos Masmudas. Ibn Tashufin fue el más glorioso sultán almorávide. Su fina inteligencia se aplicó primero a la formación de un poderoso ejército regular, compuesto de unos cuarenta mil hombres, esclavos en su mayor parte. De este modo se aseguraba que la fuerza militar antepondría siempre los intereses de la dinastía a los familiares o tribales. Este ejército también admitiría mercenarios, algunos de ellos cristianos procedentes de diversos países de Europa. Con ellos, Ibn Tashufin conquistó el resto del Magreb, el estrecho de Gibraltar, Ceuta, Tánger y Sale.

Mantener y equipar un ejército tan potente y dotar de infraestructura funcional a un imperio tan extenso acarrearía cuantiosos gastos. ¿De dónde obtenían los almorávides el dinero necesario? Parece que del oro de Ghana, al sur del Sahara, cuyas ricas minas de oro se explotaban desde el siglo IX. El oro llegaba a sus ávidos mercados mediterráneos después de cruzar el Sahara en rutas regulares de caravanas (entre ellas la famosa de «la Kasba en el Marruecos actual. Sed y del espanto»). Los almorávides, después de acabar con los centros caravaneros, se hicieron con el control de este comercio. Dueños de las rutas del oro, pudieron crear una sólida moneda cuyo prestigio internacional sobrevivió al imperio almorávide e incluso al almohade, su sucesor.



Este modelo de castillo beréber fue muy utilizado por los almorávides.

LOS ALMORÁVIDES EN ESPAÑA

Después del esplendor del califato de Córdoba, la España musulmana (al-Ándalus) había sufrido un rápido proceso de decadencia política y militar que la dejó fragmentada en una serie de pequeños estados, los llamados «reinos de taifas», cuyos reyezuelos prosiguieron las refinadas formas culturales de la Córdoba califal y rivalizaron por rodearse de cortes en las que destacaban los poetas, los científicos y los artistas. Curiosamente a la decadencia política y militar sucedía el auge cultural. Estos reyezuelos eran, por otra parte, poco observantes de la ley islámica. La jerarquía religiosa se escandalizaba de que en aquellas cortes se consumiese vino en grandes cantidades, y que los poetas cantaran continuamente los goces del amor. Los nacientes reinos cristianos del Norte se aprovecharon de la debilidad militar de los reyes de *taifas* para imponerles tributos o parias. Las parias llegaron a convertirse en un ingreso regular, a manera de impuesto, con el que contaba la Hacienda real. Algunos reyes cristianos incluso las incluían en sus testamentos. Por ejemplo, Fernando I (1037-1065) dejaba a su hijo Sancho el reino de Castilla y las parias del rey moro de Zaragoza; a Alfonso, su segundo hijo, le daba León y las parias de Toledo, y a García, el hijo tercero, le otorgaba Galicia y las parias de Sevilla y Badajoz. La jugosa cobranza de las parias explica que algunos reyes cristianos no manifestaran prisa alguna por continuar la Reconquista.

Ésta era la situación, y parecía que podía perpetuarse indefinidamente, cuando la excesiva ambición de unos o la prematura alarma de los otros vino a perturbar el equilibrio. Después de la conquista de Toledo por Alfonso VI, algunos reyes musulmanes dieron en pensar que, en el futuro, sus belicosos colegas cristianos no se iban a conformar con las parias anuales. Tenían motivos para sospechar que codiciaban sus estados. Uno de ellos, al-Mutamid, rey de Sevilla, esquilmo por los recaudadores de Alfonso VI, no veía más solución a su problema que llamar en su ayuda a los almorávides.

La chispa que desencadenó el conflicto fue la ejecución de un funcionario cristiano por al-Mutamid. Después de esto no había posible reconciliación con el rey cristiano y al-Mutamid, desoyendo las advertencias de algunos colegas suyos que intentaban

hacerle ver el peligro en que los ponía a todos, llamó en su auxilio a los almorávides. Si los bereberes cruzaban el estrecho y ponían pie en las fértiles tierras de al-Ándalus, ¿quién podía garantizar que no decidieran apoderarse del territorio que venían a defender? En tal caso los reyezuelos de al-Ándalus no perderían sus estados a manos de cristianos, pero los perderían de todos modos. A esta objeción, se dice que al-Mutamid replicó: «Prefiero ser camellero en África a ser porquero en Castilla».

LA SUERTE ESTABA ECHADA

Las delegaciones de al-Ándalus discutieron con Ibn Tashufin las condiciones de su ayuda y alcanzaron rápidamente un acuerdo. En 1086 el ejército almorávide desembarcó en Algeciras y unos días después llegó a Sevilla, donde se le dispensó un apoteósico recibimiento. Allí se le unieron contingentes de tropas enviados por Málaga, Granada, Badajoz y otros estados musulmanes, El veintitrés de octubre de 1086, el ejército almorávide se enfrentó con el castellano de Alfonso VI en Sagrajas o Zalaca, unos kilómetros al norte Badajoz. En la primera parte de la batalla la iniciativa fue de los cristianos, cuyo ataque no se esperaba hasta más tarde. La vanguardia del ejército musulmán, formada por los contingentes andalusíes, no pudo resistir la embestida y se deshizo, Cundió el pánico y al-Mutamid, gravemente herido, fue incapaz de contener la desbandada de los suyos. Al ver al enemigo en fuga los cristianos creyeron que la batalla estaba ganada, se confiaron y avanzaron en desordenado tropel espoleados por la codicia de saquear el campamento musulmán, No advirtieron que la reserva almorávide, mandada por Ibn Tashufin en persona, estaba intacta y esperaba disciplinadamente su turno para intervenir. El primer ataque almorávide se anunció con un ronco retumbar de tambores, arma psicológica hasta entonces desconocida en España que se mostró bastante eficaz para minar la moral del adversario. Los aguerridos y bien entrenados efectivos africanos entraron en liza. De pronto cambiaron las tornas, los almorávides avanzaban arrollándolo todo y el campamento cristiano estaba en peligro. Para colmo el rey castellano, que había resultado herido, bebió vino y sufrió un síncope, Todo se confabulaba para que el desastre cristiano fuera completo. La cifra de quinientos supervivientes cristianos, resto de un ejército de unos cincuenta mil, es seguramente exagerada, pero resulta muy indicativa del desastre sin precedentes que fue para los cristianos la batalla de Sagrajas, Por suerte para ellos Ibn Tashufin no supo explotar su victoria sino que, ateniéndose a los términos de lo tratado con los reyezuelos andalusíes, regresó a Marruecos.

EL CID

En el contexto de la intervención almorávide en al-Ándalus hay que situar la figura legendaria de Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe por excelencia de nuestra Edad Media. Rodrigo Díaz no estaba en buenos términos con el rey de Castilla, pero después de la derrota en Sagrajas se reconcilió con él. Hasta entonces había cosechado notables éxitos actuando como mercenario al servicio de distintos reyes de taifas. Nuevamente al servicio de Alfonso VI, su actuación en la disputada zona de Levante fue decisiva.

Alfonso VI no tardó en reponerse de su derrota y construyó un fuerte castillo en Aledo, entre Valencia y Murcia, como base estratégica para lanzar expediciones de saqueo sobre los territorios musulmanes. Inmediatamente volvió al hostigamiento de al-Ándalus, y llegó en sus correrías hasta la misma capital de al-Mutamid. El rey de Sevilla no tuvo más remedio que solicitar nuevamente ayuda de los almorávides.

Ibn Tashufin cruzó nuevamente el estrecho, y puso sitio al castillo de Aledo. En el curso de este asedio el soberano beréber pudo percatarse del verdadero estado de las cosas en al-Ándalus. Los distintos reyes de taifas intrigaban unos en contra de los otros, atentos sólo al medro personal. Muchos estaban implicados, además, en negociaciones paralelas, más o menos secretas, con los reyes cristianos. Ninguno parecía tener excesiva fe en la empresa común. Ibn Tashufin quedó tan asqueado de ellos que regresó al Magreb antes de lo previsto.

También para el bando cristiano tuvo consecuencias el cerco de Aledo. Alfonso VI había procurado reunir la mayor cantidad de tropas posible para auxiliar a la fortaleza. Entre los nobles, cuya asistencia requirió, se contaba, naturalmente, el Cid. Sin embargo, Rodrigo Díaz no acudió a tiempo de reunirse con la hueste real. Alfonso VI reaccionó airadamente contra lo que estimaba soberbia desobediente de su vasallo y lo desterró de nuevo confiscando sus bienes y encarcelando a su familia. El Cid regresó a tierras levantinas y continuó en solitario la lucha.

AL-ÁNDALUS ALMORÁVIDE

Las autoridades religiosas de al-Ándalus o, por decirlo de otro modo, el clero musulmán, nunca había visto con buenos ojos el mundano esplendor de las cortes de aquellos reyes de taifas pésimos observantes de los preceptos islámicos. Por el contrario, habían quedado impresionados por la acendrada fe, incluso fanatismo religioso, demostrado por los almorávides. Después de la segunda visita de Ibn Tashufin a al-Ándalus, le enviaron delegaciones para hacerle saber que lo apoyarían incondicionalmente y pondrían a su servicio toda su influencia sobre el pueblo llano si se decidía a anexionar al-Ándalus a su imperio. Ibn Tashufin aceptó. En 1090 desembarcó, por tercera vez, en al-Ándalus. El primer reino de taifas del que se apropió fue el de Granada, cuyo reyezuelo era tributario de Alfonso VI. Sus captores llegaron a desnudarlo junto con su madre para asegurarse de que no ocultaba joyas. En vista de la suerte que había corrido su vecino, el rey de Sevilla, al-Mutamid, se vio obligado a mendigar la ayuda de Alfonso VI, su gran enemigo. No le sirvió de nada: después de un breve asedio, Sevilla capituló también y al-Mutamid, encadenado, fue enviado a Marruecos, donde vivió en gran pobreza sus últimos años y murió en Agamati. La triste suerte de este rey-poeta todavía nos conmueve cuando leemos en las crónicas las circunstancias de su desgracia. El poeta de Denia, Ibn al-Labbana, dedicó estos versos a la partida del rey de Sevilla hacia el destierro:

«Todo lo olvidaré menos aquella madrugada junto al Guadalquivir, cuando estaban las naves como muertos en sus fosas. Las gentes se agolpaban en las dos orillas, mirando cómo flotaban aquellas perlas sobre las espumas del río. Caían los velos porque las vírgenes no se cuidaban de cubrirse, y se desgarraban los rostros como otras veces los mantos. Llegó el momento y ¡qué tumulto de adioses, qué clamor de doncellas y galanes! Partieron los navíos, acompañados de sollozos, como una perezosa caravana que el camellero arrea con su canción. ¡Ay, cuántas lágrimas caían al agua! ¡Ay, cuántos corazones rotos se llevaban aquellas galeras insensibles!»

Después de la caída de Sevilla, los almorávides se extendieron rápidamente por todo al-Ándalus. Pronto dominaron Zaragoza, Valencia y Lisboa. Solamente se les resistió Toledo.

Entre 1090 y 1145 al-Ándalus quedaría incorporada al imperio norteafricano beréber con capital en Marrakech. Los rigurosos almorávides (hoy los llamaríamos fundamentalistas) fueron bien recibidos por el clero musulmán y por el pueblo bajo, que de este modo saludaba la caída y desgracia de la opulenta y regalada aristocracia andalusí. El clero cooperó activamente en la labor de restaurar las costumbres islámicas a su primitiva pureza y se mantuvo en buenos términos con los africanos. El pueblo, sin embargo, no tardó en comprobar, decepcionado, que las cosas no habían cambiado tan radicalmente como pensaron, o quizá que, poco a poco, volvían a ser como antes. Lo que sucedió fue que al contacto con la brillante y refinada cultura andalusí, los almorávides comenzaron a perder el pelo de la dehesa africana y fueron dejándose conquistar por los conquistados, como sucede siempre en la historia. Al cabo de un tiempo habían dado entrada al lujo y al refinamiento, habían descubierto que en la vida hay otros placeres aparte de dejarse matar por imponer al prójimo una idea religiosa, y habían llegado a parecerse vergonzosamente a aquella aristocracia viciosa a la que tanto despreciaban. Paralelamente, como es natural, se relajó el fanatismo político, se atemperó el ardor militar, los feroces guerreros del desierto dejaron de oler a cabra para oler a perfume y se aficionaron más a dormir en cama

suave que en la dura tarima del cuartel. Como, al propio tiempo, la España cristiana no había dejado de fortalecerse, llegó un momento en que la balanza de la fuerza se inclinó otra vez del lado cristiano.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL IMPERIO

En 1118, Alfonso I, rey de Aragón, conquistó Zaragoza. Siete años más tarde una expedición cristiana que apuntaba a Granada bajó por Levante y Murcia, sin encontrar gran oposición. Los cristianos se percataron de que los almorávides no eran ya tan fieros como solían ser.

Los asuntos en África tampoco marchaban bien. En 1076 los almorávides habían cruzado el desierto, habían conquistado Ghana, habían destruido su capital y habían arrasado sus recursos agrícolas, pero nunca consiguieron controlar las fuentes del oro, objetivo principal de la expedición. Al poco tiempo aquel lejano dominio se fue desvaneciendo y un poder local renació en Ghana, aunque fue efímero.

En otras provincias del imperio empezaban a insinuarse problemas de toda índole. El mosaico de tribus que se aglutinó en la primera hora bajo el pabellón almorávide comenzaba a disgregarse. Nuevamente las tensiones internas pugnaban por prevalecer sobre los aspectos doctrinales.

Es un hecho constantemente observado a lo largo de la Historia que cuando un gran imperio cobra conciencia de su propia debilidad, se aplica a fortificarse. De este modo se intenta sustituir el declinar de las virtudes guerreras por una defensa pasiva que resguarde el territorio de potenciales enemigos. Los almorávides tenían buenos ejemplos de las técnicas de fortificación de Roma y de Bizancio en los antiguos fuertes y castillos diseminados por sus tierras africanas y además contaban con dinero suficiente para contratar arquitectos militares en Oriente. Por lo tanto se aplicaron activamente a fortificar sus fronteras más amenazadas, especialmente las de al-Ándalus siguiendo el sistema de las marcas militares usado por los romanos en la Antigüedad. Las ciudades más importantes se rodeaban de un cinturón de murallas y en los lugares estratégicos se emplazaban fortalezas que controlaran caminos, vados fluviales y puertos de mar o de montaña. Finalmente todo este sistema se intercomunicaba por medio de atalayas. Si una fuerza enemiga invadía el territorio, el dispositivo defensivo funcionaba automáticamente: las guarniciones del entorno quedaban alertadas, se concentraban tropas y pertrechos, y se acudía a atajar la invasión en los lugares amenazados. Con todo, estas prevenciones se mostraron tardías e insuficientes. El peligro principal no estaba en las fronteras cristianas, sino dentro del propio territorio almorávide. Sus descontentos súbditos andalusíes comenzaron a rebelarse. Hacia 145 el clima de rebelión era general y empezaban a surgir poderes locales en el Algarve, en Niebla, en Santarem, en Jerez, en Cádiz, en Badajoz, en Córdoba, en Málaga, en Valencia y en otros lugares de menor entidad.

El proceso de descomposición política que diera al traste con el califato de Córdoba se reprodujo. Nuevas taifas aparecieron dando forma a un caos de ciudades-estado que, sin duda, serían fácil presa de los reyes cristianos. Entre los rebeldes destacaron Xbn Iyad e Ibn Mardanish, que logró imponer su autoridad por Levante y Jaén e intentó extenderse por el Guadalquivir y Granada. Marraquech no podía ya, como antaño, enviar poderosos ejércitos al otro lado del estrecho. La verdad es que no le quedaban fuerzas ni para mantener su autoridad en su propia casa, en el Norte de África. En el seno de las tribus bereberes había surgido, consecuencia de otra peregrinación a La Meca, un nuevo reformador y una nueva doctrina que iban a sustituir a las caducas concepciones almorávides: los almohades.

Ibn Tumart y sus almohades predicaban la relación de las costumbres y la vuelta a la pureza de la fe islámica. Al principio, no los habían tomado en serio ni siquiera cuando, en una plaza pública de Marraquech, amonestaron a la hermana del sultán porque ella y sus damas acompañantes se exhibían con el rostro descubierto, mientras que los

hombres llevaban el suyo oculto tras el velo. Al poco tiempo los almohades se habían alzado con el poder y habían ocupado el solar del antiguo imperio almorávide, incluyendo las tierras al otro lado del estrecho. Pero ésta es ya otra historia.

ESPAÑOLES EN AUSTRALIA: EL LIBRO DE PIEDRA

A principios de siglo se puso de moda, entre los excursionistas domingueros de la ciudad australiana de Sydney, ir a ver las enigmáticas figuras que aparecían cinceladas en las rocas, no lejos del mar en Point Piper y Wollahra Point. Había centenares de ellas. Los historiadores locales las atribuían a los aborígenes pero a Lawrence Hargrave (1850-1915), un héroe popular australiano conocido por su contribución al desarrollo de la aviación (motivo por el cual su efigie aparece en los billetes de banco), esta explicación le resultaba enteramente insatisfactoria, por lo menos a lo que se refiere a buena parte de las insculturas. Él sostenía que eran obras de antiguos conquistadores españoles que habían intentado transmitir algún mensaje por medio de aquellas marcas.

Cuando falleció Hargrave en 1915 dejó una completa colección de fotografías y dibujos de las insculturas que hoy resulta especialmente valiosa puesto que los originales han desaparecido ya, en su mayoría destruidos por desaprensivos coleccionistas. Recientemente la polémica entre sus partidarios y sus detractores se ha avivado. Para unos era un mitómano arrastrado por su desbocada imaginación; para otros fue el genial descubridor de las primeras exploraciones europeas en Australia. No estará de más, por lo tanto, que echemos un vistazo al asunto del descubrimiento de Australia.

EL MITO

Al principio fue el mito estimulado por una intuición antigua. Australia ha sido el rincón del planeta más tardíamente explorado. Sin embargo, la noción de su existencia se remonta a la Antigüedad clásica y es intuición pitagórica. Los pitagóricos, imaginaban un universo simétrico; por lo tanto necesitaban masas de tierra en el hemisferio Sur que se correspondieran con las del mundo ya conocido, en el hemisferio Norte. Hiparco imaginó el océano Índico rodeado de continentes, como una especie de Mediterráneo, y Tolomeo, en su célebre mapa, supuso que África era un simple apéndice de la tierra Austral. Sobre estas frágiles bases se levantó la teoría de un nuevo continente, que sería bautizado *Terra Australis Incógnita*. La idea de Tolomeo hizo fortuna y el geógrafo árabe al-Idrisi la transmitió al mundo medieval. Para él la costa oriental africana se prolongaba por el Este y constituía la parte Norte del continente Austral. Es lo que se aceptó como dogma geográfico hasta que las exploraciones portuguesas de Bartolomé Díaz (1487) y Vasco de Gama (1497) demostraron que África era redonda y aislada excepto por el pezón asiático de la península del Sinaí. Para algunos, Australia dejó de existir entonces, pero otros se aferraron a la idea de que había una tierra desconocida que estaba esperando a sus descubridores enfrente de las costas meridionales de África, separada de ella por un estrecho canal.

África, por lo tanto, no sería una península de Australia sino una isla cercana. En 1567, la expedición española de Álvaro de Mendaña descubrió el archipiélago de las Salomón. Una segunda expedición de Mendaña, en 1595, no pudo dar de nuevo con aquellas islas, pero uno de sus pilotos, Pedro Fernández de Quirós, prosiguió las exploraciones en 1603 y dos años más tarde llegó a las Nuevas Hébridas. Creyéndolas dilatado continente, tomó posesión de ellas en nombre de la corona española y las bautizó, un tanto enfáticamente, como Australia (*sic*) del Espíritu Santo. Este nombre unía el de la región Austral al de la dinastía española reinante, los Austrias.

Un barco de esta expedición, al mando de Luis de Torres, atravesó el actualmente denominado estrecho de Torres y es posible que columbrara a babor la costa norte australiana, por la parte del apéndice del cabo York. Aunque aquel estrecho lleve el nombre de Torres parece cosa probada que el holandés Willem Jansz había surcado aquellas aguas con anterioridad, en el mismo año de 1605, y que llamó cabo Keer

Weer a la tierra australiana que divisó.

Mientras tanto Quirós regresó a España y, obsesionado por las posibilidades coloniales de los territorios descubiertos, intentó interesar al rey en la empresa y le envió diversos memoriales entre 1607 y 1610. Quirós no tuvo éxito pero uno de sus memoriales, el octavo, fue impreso en 1610 y circuló ampliamente por Europa, traducido en Alemania en 1611, en Holanda en 1612 y en París y Londres en 1617. Éste fue, según Carlos Sanz, el agente exclusivo que propagó por Europa las noticias del descubrimiento de Australia. Un poco exagerada nos parece esta afirmación puesto que está comprobado que desde 1611 expediciones holandesas, enviadas desde el cabo de Buena Esperanza a Java se desviaron y tocaron tierra en Australia. Suele admitirse, por ejemplo, que Dick Hartog desembarcó en la bahía de Chark en octubre de 1616.

En honor a la verdad hay que decir que tampoco los holandeses fueron los primeros en desembarcar en Australia. Hay razones de peso que apoyan la posibilidad de un desembarco de chinos en 1432 cerca de la zona de Darwin. La noticia, transmitida a los árabes y a otros pueblos, dio lugar a la aparición de una fantasmal Java la Grande, gran isla de imaginarios contornos, en ciertos mapas del siglo XVI. Empero, la gloria de explorar Australia estaba reservada al capitán James Cook, que estudió aquellas costas, comisionado por el almirantazgo británico, entre 1768 y 1779.

EL GRAN LIBRO DE PIEDRA

Hasta ahora nos hemos referido a la historia más o menos aceptada del descubrimiento y exploración de Australia. Pero Hargrave y sus seguidores añaden algunos datos más. Sostienen que unos expedicionarios españoles anduvieron por el puerto de Sidney hacia 1597 y que permanecieron allí por espacio de cinco años al menos. La historia de su aventura fue ignorada en Europa, quizá porque jamás regresaron para contarla. Todo empezó cuando un tal Pedro Sarmiento de Gamba, que había estado curioseando en los archivos aztecas e incas, supo que el Jupuc Yanaqui había hecho un viaje a unas tierras por la parte por donde se pone el Sol. De Gamba salió con la expedición de Mendaña, que descubrió las Salomón en 1567.



Lawrence Hargrave, el defensor del descubrimiento de Australia por los españoles.



Insculturas de posible origen español encontradas por Hargrave en la costa australiana

En la segunda expedición de Mendaña, en 1593, el barco *Santa Isabel*, mandado por un tal Lope de Vega, se separó del resto de las naves expedicionarias cerca de las islas Marquesas, el día 7 de septiembre de 1595, y fue arrastrado por los vientos primero hasta las inmediaciones de Port Macquarie, en la costa Este de Australia, y posteriormente más al Sur, en la zona de Sydney.

Allí desembarcaron los españoles y durante el tiempo que permanecieron en el lugar fueron dejando su testimonio de lo que Hargrave denomina «nuestro gran libro de piedra»: todo un corpus de inscripciones y dibujos en las rocas. Letras de alfabeto latino, un crucifijo dentro de la elipse «que es el símbolo español de la victoria» según Hargrave, siluetas de galeones, una insignia o algo parecido en forma de corazón, ancla y espada superpuesta... en el lugar conocido como Woolahra había una roca con restos de argollas que en su día fueron clavadas a regular distancia unas de otras y que serían usadas para amarrar las embarcaciones.

Otro lugar se conoce aún hoy como *Dee Why* por la inscripción de las letras D, Y (¿quizá D, V, aludiendo a De Vega?). No serían éstos todos los restos de la pretendida visita española a Australia. En 1855, W. D. Campbell afirmó haber encontrado en Port Curtiss los vestigios de un naufragio antiguo con restos de grandes árboles creciendo entre las cuadernas. Pudo examinar un cañón de hierro y un falconete de bronce con la inscripción *Santa Bárbara, 1596*. Hargrave pensaba que este barco *Santa Bárbara* acompañaría al *Santa Isabel* y sería otra de las naves del grupo de Mendaña.

Toda la historia de los españoles de Hargrave tiene, quizá, un valor anecdótico, aunque los que la aceptan constituyen legión muy militante. A muchos australianos les atrae la idea de la existencia de esta ignorada comunidad española que pudo, durante un breve periodo de tiempo, habitar Sydney e imaginan, románticos, que el conquistador De Vega pudo tener allí hijos y que estos mozalbetes pudieron ser los primeros australianos de origen europeo.

Los fraudes arqueológicos.

LOS FRAUDES ARQUEOLÓGICOS

Si usted acude a uno de los múltiples rastros o mercadillos dominicales que últimamente afloran por las plazas y ramblas de cualquier ciudad española, por sólo unas pocas pesetas, podrá volver a su casa convertido en satisfecho propietario de un flamante denario de plata. La moneda fue acuñada en los tiempos de Cristo, incluso puede soñar que se trata de una de las treinta con que pagaron la traición de Judas, y ha dormido el tranquilo sueño de los justos durante dos mil años en espera de que una anónima mano la rescatase de la tierra y la hiciese llegar a su bolsillo. Eso es lo que usted cree. En realidad esa moneda que aún conserva las sucias adherencias que delatan su origen sepulcral fue acuñada anteayer a pocos metros de donde usted la compró. Es concienzudamente falsa. El vendedor lo ha timado aprovechándose de su buena fe y de su desconocimiento de la numismática. Pero, por si le sirve de consuelo, en grandes colecciones avaladas por prestigiosos peritos numismáticos también se deslizan a veces monedas falsas.

Si usted ha comprado a precio de oro un mueble antiguo y un buen día descubre la cabeza de un clavo en una desconchadura del barniz, no se apure: es que compró una imitación moderna de las muchas que circulan por el mundo, pero el mueble es bello en sí y continuará suscitando la envidia de sus amigos y conocidos.

Lo que ocurre es, sencillamente, que desde el siglo pasado los grandes descubrimientos arqueológicos y la valoración culturalista de lo antiguo ha creado un ávido mercado en el que la demanda sobrepasa con mucho a la oferta. Si existen cincuenta mil compradores potenciales de denarios romanos pero las existencias de estas monedas sólo alcanzan a diez mil, es claro que pronto surgirán avispados comerciantes que fabricarán los cuarenta mil restantes para que nadie se quede sin su denario.

Claro, usted puede ser un nuevo rico que no se conforma con una monedita sino que aspira a colgar en el salón de su casa, o en el santuario que dedica a su colección privada, una joya exclusiva, un cuadro de firma famosa. Entonces le puede ocurrir lo que sucedió a aquellos seis millonarios norteamericanos que en 1911 pagaron una fortuna por sendas Gioconda. Cada cual estaba convencido de que la suya era la buena, la que había sido robada meses antes del Museo del Louvre pero los cuadros eran, en realidad, excelentes copias del famoso retrato ejecutadas por un hábil falsificador llamado Yves Chaudron. Cuando, tiempo después, apareció el original y fue devuelto al museo, los seis millonarios supieron por los periódicos que habían hecho el peor negocio de su vida. Algo parecido acaeció al flamante mariscal del Aire alemán Hermann Goering, aunque su temprana muerte le evitó el disgusto de saberse estafado. Cuando estaba en la cumbre de su poder y se dedicaba a formar una espléndida pinacoteca privada con cuadros confiscados en la Europa ocupada, adquirió honradamente, por la fabulosa suma de 365000 dólares, un lienzo de Vermeer titulado *La adúltera*. Después de la guerra se supo que era una obra moderna falsificada por un tal Hans Van Meegeren que se dedicaba a producir falsos Vermeer para que los críticos de arte que habían despreciado su obra original los tomaran por auténticos. Intentar un catálogo de falsificaciones en arte y restos arqueológicos sería labor de nunca acabar. Así es que nos limitaremos a comentar las más famosas falsificaciones arqueológicas de nuestro tiempo.

EL CASO DE LA VASIJA ROTA

Durante mucho tiempo valiosos objetos arqueológicos han estado saliendo subrepticamente de los países mediterráneos rumbo a colecciones particulares o

incluso a museos del extranjero. Hace unos cuantos años circuló en medios arqueológicos españoles la historia de un rico coleccionista del Norte de Europa que estaba adquiriendo cerámica procedente de una excavación clandestina localizada, vagamente, en la provincia de Almería. El coleccionista, persona de pocos escrúpulos, aceptaba las piezas aun conociendo la ilegalidad de su origen. Pero un buen día, al colocar una de ellas en la vitrina correspondiente, la dejó caer por descuido y la pieza se rompió. En el borde de uno de los pedazos apareció un minúsculo pedacito de plástico que puso al descubierto el fraude: a sus proveedores se les había agotado el yacimiento hacía ya mucho tiempo pero eran gente industriosa, a pesar de ser analfabetos, y se las habían ingeniado para seguir suministrándole piezas cada vez más perfectas.

EL HOMBRE DE PILTDOWN

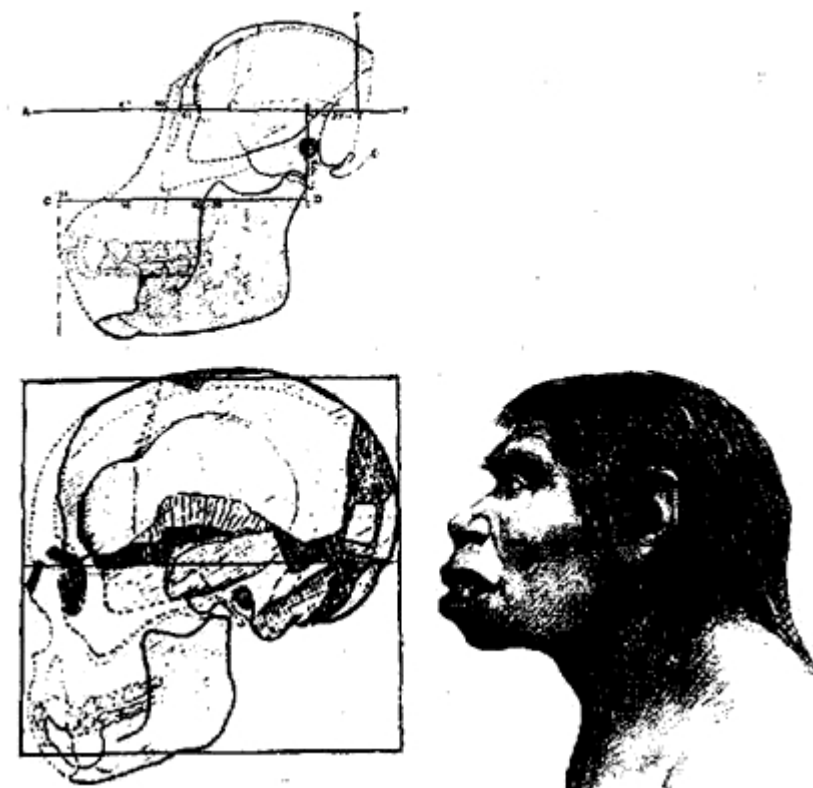
Desde que en 1859 Charles Darwin anunció que el hombre es el último resultado de una evolución, la palestra científica internacional se animó con una controversia de tal magnitud que el asunto acabó interesando al gran público y siendo debatido en la prensa sensación alista de muchos países. Rápidamente se formaron dos bandos: los que, fieles a la tradición fundada en la Biblia, defendían que Dios creó al hombre totalmente evolucionado y los que, aceptando las teorías de Darwin, apoyaban la idea de la evolución, es decir, que el hombre desciende del mono según se enuncia en términos simplistas. Hoy tal polémica es una anécdota del pasado puesto que toda la comunidad científica acepta que Darwin tenía razón, pero a principios de siglo las cosas no estaban tan claras.

Fue entonces cuando un abogado y agente de la propiedad aficionado a la antropología y a la arqueología, el británico Charles Dawson (1864-1916), de Lewes, en East Sussex, hizo un descubrimiento sensacional. Dawson había estado excavando en unas terrazas fluviales cercanas a su casa. Allí, en 1908, encontró un fragmento de parietal humano y dos años después un hueso frontal. Estos hallazgos suscitaron el interés de Arthur Smith Woodward, geólogo y conservador del Museo Británico. Dawson continuó buscando con la esperanza de hallar restos más concluyentes. En 1912 sus desvelos se vieron por fin recompensados cuando en presencia de Woodward, Dawson desenterró una mandíbula enorme y simiesca que encajó perfectamente en el cráneo de un hombre descubierto poco después.

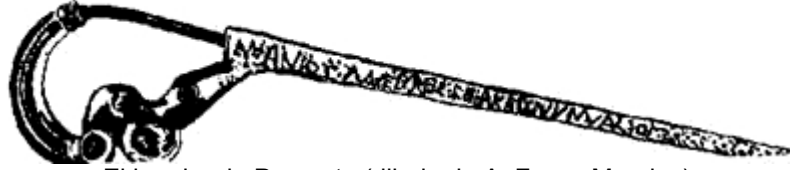
El descubrimiento fue presentado al mundo científico a principios de diciembre de 1912. La prensa echó las campanas al vuelo: se había descubierto, precisamente en Inglaterra, el eslabón perdido, el estadio intermedio entre el hombre y el simio que demostraba el acierto de las teorías evolucionistas. Para terminar de convencer a los posibles escépticos, a poco se descubrieron en el mismo yacimiento las toscas herramientas de piedra que usaron aquellos seres. Se calculaba que el cráneo del *Eoanthropus Dawsoni* (así llamado en honor a su descubridor) tenía una antigüedad de al menos 900 000 años. Nadie prestó atención a la débil voz de algunos escépticos, como un catedrático de anatomía de Oxford, al que aquella mandíbula le parecía totalmente de chimpancé aunque el resto del cráneo fuera, evidentemente, humano. Los escépticos argumentaban que a la mandíbula le faltaban los colmillos y en esas circunstancias no se podía asegurar que fuese humana dado que la diferencia esencial entre la mandíbula humana y la simiesca radica precisamente en la manera de morder de uno y otro reflejada en los colmillos. En tales circunstancias fue providencial que al año siguiente Theilhard de Chardin encontrase en Piltdown un flamante colmillo de *Eoanthropus* que «tanto práctica como teóricamente se adaptaba exactamente a la mandíbula y venía a representar una fase de transición en el paso del modo de morder del mono al modo de morder del hombre». El *Eoanthropus Dawsoni* conquistó su puesto en la galería de grandes hallazgos científicos de la época y toda la gloria fue para Dawson. Una gloria breve, cierto es, puesto que falleció a los cuatro años. Y, cosa

extraña, después de su fallecimiento cesaron los hallazgos en Piltdown. Sus colaboradores siguieron excavando durante un tiempo pero sin resultado, así que, decepcionados, abandonaron la empresa. Pero ya Piltdown había conquistado un lugar en los textos científicos y en los manuales de las escuelas.

Pasó el tiempo y la tecnología avanzó lo suficiente como para confirmar plenamente las sospechas de fraude que algunos científicos albergaban. El dentista y antropólogo A. T. Marston, al que el famoso colmillo nunca había convencido, consiguió en 1949 que el cráneo de Piltdown fuese sometido a examen por radiocarbono. La superchería puso de manifiesto: el famoso cráneo resultó ser una falsificación deliberada, una «tergiversación irresponsable e inexplicable que no tiene parangón en la historia de la paleontología». El cráneo no tenía novecientos mil años, ni siquiera quinientos mil como creían otros, sino, como mucho, cincuenta mil, que es la edad del Homo Sapiens. Además, la mandíbula resultó ser, en efecto, de orangután o chimpancé, aunque había sido hábilmente limada para que encajase en el conjunto y luego envejecida con bicromato potásico. Y lo que es más, un examen exhaustivo de las pruebas involucraba en la falsificación al mismísimo Teilhard de Chardin. Resulta que en el nivel del hombre de Piltdown se habían encontrado huesos de hipopótamo y elefante que sirvieron para fechar el conjunto. Estos huesos los trajo Teilhard de Chardin de Malta y Túnez, donde había estado excavando con anterioridad. El epistolario del sabio jesuita no dejaba lugar a dudas. Entre 1914 y 1918 combatió en la primera guerra mundial. Pero una carta suya anterior a 1914 relata el hallazgo del segundo hombre de Piltdown que sólo fue descubierto oficialmente en 1915. Por lo tanto se deduce que pudo ser cierto el rumor, nunca aclarado, de que un científico había sorprendido a Dawson cuando estaba envejeciendo los huesos en una pileta de su laboratorio. Así fue como aquel dolo premeditado salió a la luz medio siglo después de haber sido perpetrado con aparente éxito.



Arriba: cráneo de orangután. Abajo: cráneo falsificado de Piltdown (según la *Eyewitness Encycfopedia*). Aspecto del hombre de Piltdown, según reconstrucción de la época (*Eyewitness Encycfopedia*).



El broche de Preneste (dibujo de A. Ferrer Morales).

EL MAPA DE VINLANDIA

Hace ya mucho tiempo que se tiene por cierto y comprobado que América fue descubierta por Cristóbal Colón. No obstante, se ha especulado con la posibilidad de que otros navegantes llegaran a las costas americanas antes que el genovés. Se ha hablado de fenicios, de monjes irlandeses, de vikingos e incluso de templarios. Pero eran meras hipótesis. No había pruebas de que ningún europeo anterior a Colón hubiese llegado al continente americano.

Así estaban las cosas cuando en 1957 un librero de viejo ofreció al bibliotecario de la Universidad de Yale un pequeño tomo en pergamino que contenía una versión de la *Historia Mongolarum* de Benito de Polonia. El manuscrito fue adquirido por un millón de dólares por un mecenas que lo regaló a la universidad en 1965. Al final del tomo había un mapamundi desplegable de veinticinco por cuarenta centímetros que parecía formar parte de la misma obra puesto que estaba cosido a ella. En aquel mapa aparecían claramente dibujadas Europa, Asia y América, esta última denominada *ínsula Vinlandia*. Además, entre las leyendas del margen había una, escrita en latín, que decía: Por voluntad de Dios, después de un largo viaje hasta los confines del océano occidental entre hielos, Bjarni y Leif Ericson descubrieron una nueva tierra sumamente fértil donde encontraron vides por lo que la llamaron «Vinlandia». La aparición de América en un mapa anterior a Colón llamó poderosamente la atención de los estudiosos y la universidad nombró una comisión de expertos de la Universidad de Yale y del Museo Británico para que examinase el asunto y dictaminase sobre la autenticidad del documento. Había ciertos elementos que movían a sospechar que podía tratarse de una falsificación. Por una parte las tintas en el tiempo en que se suponía se hizo el mapa se hacían con agallas y por lo tanto contenían tanino y sales de hierro. Estos productos aparecían en las tintas del manuscrito pero no en las del mapa. Por otra parte, el mapa dibujaba claramente el contorno de Groenlandia, cuya insularidad no se había demostrado hasta 1901. Absurdamente los científicos encontraron modos de justificar estas rarezas y acabaron certificando la autenticidad del documento.

Este mapa causó conmoción. Por fin se confirmaba que los primeros descubridores de América habían sido los vikingos.

El mapa parecía haber sido dibujado en 1440, aunque las exploraciones a que hacía referencia habían ocurrido siglos antes.

A pesar de ello la comunidad científica lo acogió con reservas e incluso algunos lo tomaron por un fraude. No obstante, quedó expuesto entre las joyas cartográficas de la Biblioteca de la Universidad de Yale hasta que en 1974 su tinta fue objeto de un nuevo análisis en un moderno laboratorio de Chicago. El microscopio de polarización y la microdifracción de rayos X revelaron trazas de óxido de titanio, lo que demostraba sin lugar a dudas que aquella tinta se había fabricado después de 1920. Por consiguiente el mapa de Vinlandia era falso. Los huesos de Colón se removerían en su tumba, o en sus tumbas, con íntimo regocijo.

La última cuestión que se planteó fue ¿Quién falsificó el mapa? Era evidente que tuvo que ser una persona muy cualificada pues su trabajo es tan fino que llegó a engañar a los expertos. Se han manejado varios posibles candidatos, pero el más probable parece ser un profesor yugoslavo experto en derecho canónico, el doctor Luka Zelic,

que había fallecido en 1922. ¿Qué motivos pudo tener para falsificar el mapa? Posiblemente probar una peregrina teoría suya que se obstinaba en exponer en congresos internacionales católicos sin que nadie le hiciera demasiado caso: América había sido evangelizada por vikingos católicos antes de la llegada de Colón. Este caso, unido al del cráneo de Piltdown, demuestra que algunos científicos son capaces de cualquier cosa con tal de tener razón.

LAS PLANCHAS DE ORO QUE DESCUBRIÓ JOSÉ SMITH

Un caso curioso de posible falsificación es el de las planchas de oro del llamado *Libro del Mormón*. Y decimos posible porque estas planchas no pueden ser hoy analizadas. Ni siquiera sabemos si realmente existieron. Para los seguidores de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, los llamados mormones, las planchas existieron y su profeta José Smith las examinó y tradujo por especial concesión divina. Para otros, todo el asunto no pasó de ser una falsificación decimonónica que hoy sigue embaucando a algunos miles de ilusos.

La historia es compleja: José Smith, un norteamericano nacido en 1805, vivió en sus años de juventud las polémicas religiosas suscitadas entre las distintas sectas cristianas implantadas en los Estados Unidos, principalmente metodistas, presbiterianos y bautistas. Aunque el muchacho tenía grandes preocupaciones religiosas no sabía por cuál de estas sectas inclinarse. En 1823 se le apareció un enviado del Señor llamado Moroni que le reveló el escondite de un libro sagrado escrito por el profeta Mormón. Este libro recogía «la historia sagrada de las antiguas Américas» y en él se contenían «varios miles de años de historia religiosa acerca de los primeros colonizadores de las Américas y cómo Dios los guió desde Tierra Santa». Para traducir el libro, José Smith encontraría, en el mismo escondrijo, «dos piedras, engastadas en aros de plata, las cuales, aseguradas a un pectoral, formaban lo que se llamaba el Urim y Tumim; la posesión y uso de estas piedras era lo que constituía a los videntes de los días antiguos y que Dios las había preparado para la traducción del libro».

En efecto, José Smith encontró el libro donde el ángel le indicara, es decir, en una colina cercana a Manchester, Ontario, estado de Nueva York. El libro y el utilísimo artilugio traductor estaban ocultos dentro de una soterrada cista de piedra.

Más adelante otros ocho testigos pudieron contemplar las planchas doradas y firmaron un documento testificándolo, en el que podemos leer: «Hemos palpado con nuestras manos cuantas hojas el referido José Smith ha traducido; y también vimos los grabados que contenían, todo lo cual tiene la apariencia de una obra antigua y de hechura exquisita».

Según la historia oficial de los mormones, un colaborador de José Smith sometió al examen de un entendido una copia de los textos de las planchas así como su traducción: «El profesor Anthon manifestó que la traducción era correcta y más exacta que cualquier otra que hasta entonces hubiera visto del idioma egipcio. Luego le enseñé los que aún no estaban traducidos y me dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y árabes, y que eran caracteres auténticos».

Desafortunadamente para la ciencia el divino mensajero que había facilitado las planchas a José Smith volvió a recogerlas en cuanto las hubo traducido. Así es que la cuestión de si eran falsas o no queda al arbitrio del lector.

LA TIARA DE SAITAFERNES

El primero de abril de 1896, el Museo del Louvre expuso a la admiración de sus visitantes su adquisición más notable de los últimos tiempos. Se trataba de una tiara de oro que el pueblo ruso de Olbia había ofrecido al «gran e invencible Saitafernes» tres siglos antes de Cristo. O al menos esto era lo que declaraba la inscripción de su orla. La tiara era, en verdad, el exquisito trabajo de un hábil orfebre y, fuera de unas cuantas abolladuras que apenas le restaban belleza, su conservación era notablemente buena

si se tiene en cuenta que ya habían pasado por ella más de dos mil años, largas colas de personas se agolparon frente a la vitrina donde se exhibía el tesoro. El Louvre había añadido una joya única a la diadema de su colección de antigüedades, por decirlo como lo dijo un periódico de la época.

Pero a los pocos días estalló el escándalo. Un pintor de poca monta denunció que aquella tiara era obra de un conocido suyo, el orfebre ruso Ruchomovsky. Él mismo la había visto cuando todavía no estaba acabada. Las investigaciones le dieron la razón. El tal Ruchomovsky la había vendido por dos mil rublos a un tal Schapschelle Hochmann, un rumano tratante en granos, y éste la había vendido al Louvre como pieza legítima.

EL BROCHE DE PRENESTE

A las falsificaciones de obras etruscas habría que dedicarles un capítulo aparte porque seguramente ninguna otra cultura de la Antigüedad se ha visto tan frecuentada por excavadores clandestinos y falsificadores. Este fenómeno se podría achacar a causas muy diversas: la temprana irrupción de lo etrusco en el panorama de la arqueología occidental, la fácil detección de las tumbas etruscas, que constituyen la gran reserva de objetos arqueológicos de esta cultura, e incluso la belleza y el amor a la vida que los artistas etruscos plasmaron en los objetos que producían. La misma relativa libertad con que estos artistas creaban y la casi interminable diversidad de sus modelos, favorece, por otra parte, la labor de los falsificadores.

El famoso broche de Preneste no era etrusco sino latino. Se descubrió en 1887. A primera vista no es más que un broche antiguo de los que tanto abundan en cualquier museo de provincias, pero inspeccionado más cuidadosamente revelaba algo singular que lo hacía obra única y le otorgaba una inmensa importancia: a lo largo de su aguja presentaba una curiosa inscripción en la que la propia joya declaraba que: *Manios mea fhefhaked Numasioi* (Manió me hizo para Numerio). El afortunado descubridor de la fíbula la había hallado en una tumba del siglo VI a. de C. Por lo tanto venía a demostrar palpablemente que el latín escrito era ya cosa común en tan temprana época.

El descubridor de la fíbula no era otro que Helbig, un conocido científico alemán, reputado especialista en arqueología romana. Procediendo de él la noticia, pocos se atrevieron a formular objeciones. Por cierto que el sensacional hallazgo venía muy a propósito para promocionar a Helbig a la dirección del Instituto Alemán en Roma, del que había sido vicedirector hasta entonces, y para disipar las dudas del maestro Momsen sobre la antigüedad del latín escrito.

Helbig es un curioso personaje. Era ya uno de los más prestigiosos arqueólogos de Europa cuando sucumbió a la tentación de enriquecerse traficando con los venerables objetos de los museos, a pesar de lo cual los honores llovían sobre él. Incluso se le permitió permanecer en Roma, por deseo expreso de la familia real, cuando el gobierno italiano expulsó de Italia a los súbditos alemanes al inicio de la primera guerra mundial. En el caso de la falsificación del broche de Preneste, Helbig tuvo un cómplice igualmente cualificado: el comerciante Martinetti, un antiguo restaurador enriquecido con el tráfico de obras de arte clásicas. Se cree que fue Martinetti el que facilitó el broche y Helbig el que añadió la arcaica inscripción que lo haría famoso. Martinetti moriría a los ocho años del «descubrimiento» dejando a sus herederos un extraño legado: la casa luego llamada «de los Milagros» donde, ocultos en muros, suelos y muebles, fueron apareciendo pequeños tesoros de monedas de oro y joyas, el último y más valioso de ellos en 1933, cuando se demolió el edificio.

Helbig murió en 1915. Ha tenido que pasar más de medio siglo para que su falsificación fuese desenmascarada definitivamente gracias al exhaustivo estudio que la profesora Margarita Guardicci hizo de la famosa fíbula.

LOS TRES GUERREROS ETRUSCOS

En 1915 el director del Museo Metropolitano de Nueva York recibió una carta urgente que le enviaba desde Roma John Marshall, su comisionado en Italia para la adquisición de objetos con destino al Museo. «He encontrado algo —informaba Marshall— que le hará estremecerse: la mayor terracota jamás vista». Se trataba de la estatua que luego sería conocida como *El guerrero viejo*: la estilizada figura de un hombre de edad ya avanzada cuyo torso estaba protegido por una coraza en tanto que un casco de esbelto penacho le cubría la cabeza. Aunque algo deteriorada y hecha pedazos, la estatua estaba entera a falta del brazo derecho que no se pudo encontrar.

Marshall estaba de enhorabuena. A los dos años del hallazgo consiguió hacerse con otra pieza excepcional, la llamada *Cabeza con Casco*, otra obra de terracota que alcanzaba 1,40 metros de altura. Debía haber pertenecido a una estatua gigantesca de la que, desgraciadamente, no quedaron otros vestigios. Pero la obra cumbre del arte etrusco estaba por aparecer todavía. En 1912 el Metropolitano pudo completar su colección con el *Gran guerrero*, una monumental estatua de 2,45 metros de altura que muestra a un guerrero armado de modo parecido a *El guerrero viejo* pero en la plenitud de su forma física. El *Gran guerrero* adelanta resueltamente una pierna y se nos muestra en ademán de lanzar una jabalina o tirar un tajo con el arma invisible, por desaparecida, que su alzada mano diestra sostiene. Una espléndida obra a la que el tiempo había maltratado como a las anteriores pero que, afortunadamente, pudo recomponerse del todo puesto que se encontraron todos los pedazos. O quizá no todos, ya que le faltaba el dedo pulgar de la mano izquierda. El Museo Metropolitano de Nueva York había pagado una suma fabulosa, quizá cuarenta mil dólares de entonces, pero ahora podía enorgullecerse de poseer una colección etrusca superior a la de los mejores museos de Europa.

Los restauradores del Metropolitano aderezaron primorosamente aquellas joyas excepcionales y en 1933 se expusieron al público en un lugar de honor de la sala etrusca. Fue todo un acontecimiento del que la prensa se hizo amplio eco. Miles de personas desfilaron para contemplarlas. La noticia llegó a Europa y con ella fotografías de las estatuas. En seguida se extendió el rumor de que se trataba de una falsificación. ¿Sería la reacción envidiosa de ciertos museos europeos que habían dejado escapar la oportunidad de adquirir aquellas obras maestras? Posiblemente. No obstante, los rumores arreciaron con el tiempo y en 1937 el etruscólogo Máximo Pallottino declaró abiertamente en un artículo que, a su juicio, aquellas terracotas eran falsas. Pero todavía no era Pallottino la reputada autoridad que después sería, así que su observación no fue tenida en cuenta. En 1940 otra autoridad en la materia, Harold W. Parsons, apoyaba la tesis de la falsificación. Ya no eran sólo rumores. Había nombres y apellidos. Un tal Fioravanti se vanagloriaba de haber colocado una terracota etrusca, salida de su taller, en el museo de cierta capital europea. Había además un dato difícilmente discutible: los etruscos, maestros en el arte de cocer barro, practicaban grandes agujeros en las partes menos visibles de sus estatuas de terracota para permitir la circulación del calor por el interior, de modo que el barro se cociese uniformemente por dentro y por fuera y no se resquebrajara. Pero las estatuas del Metropolitano no presentaban huella de tales orificios. ¿Cómo se explicaba esto?

El director del Museo Metropolitano empezó a preocuparse. Se hicieron investigaciones y finalmente todo quedó satisfactoriamente aclarado. Las famosas estatuas eran obra de una banda de falsificadores profesionales integrada por los ceramistas Teodoro y Virgilio Angelino, Ricardo Ricciardi y el ya mencionado Alfredo Fioravanti, un antiguo aprendiz de sastre que se metió en el negocio de la restauración y la falsificación. En 1961 Fioravanti, ya anciano y único superviviente de la antigua banda, recibió al director del Metropolitano y, después de dar fe de la falsificación, le explicó una serie de detalles que durante muchos años habían intrigado a los eruditos. ¿Qué postura tenía el brazo desaparecido de *El guerrero viejo*? Ninguna, porque los falsificadores no

se pusieron de acuerdo sobre cómo colocárselo y al final decidieron que no tuviera brazo. ¿Cómo se explicaba que las estatuas no tuvieran agujeros de ventilación? Porque no los necesitaban, ya que los falsificadores tuvieron que romperlas para cocer los pedazos por separado. Ellos sólo disponían de un horno de modestas proporciones, no de aquellos grandes hornos en los que los etruscos cocían sus terracotas. ¿A qué se debía la desproporción observable en el cuerpo del *Gran guerrero*? A la falta de perspectiva, puesto que lo hicieron en una habitación muy pequeña y cuando lo tenían hecho a la altura del pecho vieron que la cabeza no les iba a caer. Había además una prueba definitiva. El viejo Fioravanti, encariñado con aquella obra de juventud, había conservado, durante toda su vida, el dedo pulgar que faltaba a la estatua. El director del museo, advertido de este hecho, llevaba consigo un molde de escayola de la mano mutilada del *Gran guerrero*. Tomó el dedo que le mostraba Fioravanti y lo acopló a la mano. Encajaba perfectamente: era el suyo.

Así fue como quedó definitivamente aclarado el asunto de la falsificación de las terracotas etruscas del Metropolitano. En cualquier caso, y aunque no hubiese mediado la confesión de Fioravanti, las estatuas hubiesen sido dadas de todos modos por falsas puesto que los análisis químicos de su esmalte habían revelado que el color negro contenía manganeso, lo que delataba que se trataba de falsificaciones modernas.

Pero nadie escarmienta en cabeza ajena. Por la misma época en que se revelaba el asunto de la falsificación de Fioravanti, se pusieron en circulación, vía Suiza, treinta y cuatro *pinakes* o placas de cerámica pretendidamente etruscas, decoradas con pinturas diversas. Rápidamente fueron adquiridas por coleccionistas y museos poco escrupulosos. En 1963, empezaron a circular estudios y fotografías de las piezas y algunos etruscólogos, ya muy escaldados por anteriores experiencias, empezaron a sugerir que las *pinakes* podían ser falsas. La ausencia de restos de un trazado previo, que es una de las características de las obras auténticas, era reveladora. En efecto, sometidas a pruebas de laboratorio, se reveló que eran completamente falsas.

LAS PINTURAS RUPESTRES DE ZUBIALDE

En diciembre de 1990 un excursionista llamado Serafín Ruiz Selfa descubrió pinturas rupestres prehistóricas en una cueva de Zigoitia, en Álava. Eran veinte figuras de animales, medio centenar de signos y algunas manchas de difícil interpretación. Por las trazas, las pinturas podían fecharse hacia el año 10000 a. de C. La prensa echó las campanas al vuelo y se comenzó a hablar de *la capilla sixtina del arte rupestre*, un título que antes se reservaba a las maltratadas cuevas de Altamira. Lógicamente la comunidad científica internacional se interesó por la cueva y dos expertos del Museo Británico, Jill Cook y Peter Ucko, pusieron en duda su autenticidad, como en su tiempo otros especialistas franceses habían dudado de la de las pinturas de Altamira. Se decidió someter el hallazgo a exhaustivos análisis tipológicos, artísticos, físicos, químicos, geológicos, sedimentológicos y de pigmentos con la colaboración de distintos equipos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del laboratorio del Louvre, de la Universidad de Zaragoza y del laboratorio de la Policía Vasca. Puede decirse que los mejores especialistas de Europa pertrechados con los medios más modernos, microfotografía computerizada incluida, se pusieron al servicio de la verdad.

Las pinturas de Zubialde resultaron ser tan falsas como una moneda de corcho. La falsificación se delataba por ciertos errores y arrepentimientos de las pinturas, por vestigios de esponjas sintéticas encontrados en ellas y por el uso de nueve clases de pigmentos rojos y negros. Además Serafín Ruiz, el presunto descubridor, había realizado dos series de diapositivas de las pinturas con siete meses de diferencia y en la segunda serie aparecían retoques y signos que no figuraban en la primera.

En total se habían invertido veintiún millones de pesetas en descubrir la falsificación. Con todo, el diputado de cultura responsable de la operación se mostraba satisfecho puesto que «no nos han engañado gracias a un estudio que marca un antes y un

después en las investigaciones de arte rupestre». El que no se conforma es porque no quiere.

DETECTIVES ARQUEOLÓGICOS.

Los casos de falsificaciones famosas que hemos expuesto hasta ahora tienen algo en común: que a pesar de la pericia de los falsificadores acabaron siendo descubiertos. Pero el tema nos plantea un interrogante de difícil respuesta: ¿cuántas falsificaciones no descubiertas habrán sentado plaza de obras originales en nuestros museos y colecciones?

En cualquier caso la era dorada del falsificador ha pasado ya. Hoy día es punto menos que imposible estafar a un museo con una pieza de origen sospechoso. Si el Metropolitano de Nueva York hubiese dispuesto a principios de siglo de un laboratorio equipado para pruebas de termoluminiscencia, nunca le habrían dado gato por liebre con las terracotas etruscas. El proceso para la detección de fraudes es sencillo. Recordemos que la arcilla pierde sus isótopos radiactivos al ser cocida, pero después, con el tiempo, los va recuperando. Tengamos ahora una terracota pretendidamente etrusca. El laboratorio toma un fragmento minúsculo y lo calienta a cuatrocientos grados centígrados. Después mide su grado de radiactividad y, a partir de éste, calcula la edad en que fue cocida la obra en cuestión. Claro que un falsificador que tuviese los medios adecuados podría irradiar su obra la hacerla pasar por mucho más antigua de lo que realidad es.

También existen los rayos X. Valiéndose de ellos se descubrió, en 1927, que la famosa *Virgen con Niño* de Giovanni Pisano, un artista del siglo XIII, había sido fabricada en 1916 por un tal Alceo Dossena. ¿Qué ocurrió? Sencillamente que los rayos X revelaron la presencia de clavos de hierro enteramente modernos en el interior de la escultura.

Hoy día los laboratorios equipados con todos los adelantos de la ciencia moderna empiezan a ver sus servicios cada vez más requeridos por los museos. Algunos museos disponen de laboratorio propio con toda una tradición en este campo. En este sentido goza de justa fama el Centro de Investigaciones de Arqueología y Arte de la Universidad de Oxford, fundado en 1954.

Lo que quizá no consigan evitar estos laboratorios sea la actuación de los falsificadores legales, que también los hay. Nos referimos a los restauradores aficionados que actúan sobre los monumentos del pasado a la luz del día y con absoluta impunidad.



JUAN ESLAVA GALÁN (Arjona, Jaén, 1948). Se licenció en Filología Inglesa por la Universidad de Granada y se doctoró en Letras con una tesis sobre historia medieval. Amplió estudios en el Reino Unido, donde residió en Bristol y Lichfield, y fue alumno y profesor asistente de la Universidad de Ashton (Birmingham). A su regreso a España ganó las oposiciones a Cátedra de Inglés de Educación Secundaria y fue profesor de bachillerato durante treinta años, una labor que simultaneó con la escritura de novelas y ensayos de tema histórico. Ha ganado los premios Planeta (1987), Ateneo de Sevilla (1991), Fernando Lara (1998) y Premio de la Crítica Andaluza (1998). Sus obras se han traducido a varios idiomas europeos. Es Medalla de Plata de Andalucía y Consejero del Instituto de Estudios Giennenses.